

A woman with long blonde hair is shown from the chest up, looking over her right shoulder towards the camera with a serious expression. She is wearing a dark, possibly black, top. The background is a blurred indoor setting with warm lighting.

Sophie Saint Rose

Serie oficina

Intentaré

amarte

Intentaré amarte

Sophie Saint Rose

Índice

INTENTARÉ AMARTE

Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Sinopsis

Byanna es la secretaria para todo de la empresa donde trabaja.

No hay un solo puesto que se le resista y por supuesto todo eso tuvo su recompensa. Se volvió imprescindible y cuando el gran genio informático Jefford Herdman-Scott aceptó trabajar para ellos, la necesitaron de inmediato para que le allanara el camino y que él solo se dedicara a crear programas punteros.

¡Casi dirigiría el departamento!

Aquello era un sueño.

Pero le faltaba una cosa, conocer al genio. Y conocerle iba a ser la experiencia más increíble de su vida.

Capítulo 1

Byanna recogió sus cosas y sonrió a la secretaria, que había llegado de su baja de maternidad para ocupar su puesto. —Por cierto, felicidades por los gemelos.

—Me ha dado mucha pena dejarlos, pero es lo que hay. En esta ciudad todo está carísimo y con el sueldo de mi novio no llegamos.

—Te entiendo.

—¿Tienes hijos?

Se apartó un mechón rubio tras la oreja. —No, pero tengo a mi hermana y a mi sobrino viviendo conmigo. —Hizo una mueca cogiendo la caja. —Un mal divorcio, ya sabes. El muy capullo se quedó con todo.

—Oh... Lo siento por ella. Y por ti.

—Y yo.

—¿Y ahora a dónde te vas?

—Pues no lo sé. Me lo dirán en recursos humanos. Seguramente me enviarán a donde más me necesiten.

—Te habrás recorrido todos los departamentos en el tiempo que llevas en la empresa.

—Menos en el almacén y en presidencia, ya me los he recorrido todos.

—¿Y cuál te ha gustado más?

—Mmm... —Lo pensó seriamente. —Creo que mi mejor trabajo fue en el departamento de diseño gráfico. Aprendí mucho. Aunque ahora ya no es que sirva de mucho, la verdad.

—La inteligencia artificial va a cambiar muchos puestos y los de arriba apuestan por ella.

—Hay cosas que no podrá hacer. Nosotros tenemos algo que las máquinas no tienen, corazón.

Le tendió la mano. —Me alegro de haberte conocido, Byanna.

—Lo mismo digo. —Se acercó y susurró —Llévale un café cuanto antes, hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

—Gracias por el consejo.

—Adiós. —Pasó entre las mesas y fue hasta el ascensor. Pulsó el botón y suspiró. Otro cambio, los odiaba. Cuando ya había entendido el trabajo y se hacía con el ritmo del departamento siempre debía irse. La suerte que tenía, es que como llevaba dos años allí y se había ganado el respeto de los de recursos humanos, le habían doblado el sueldo para que no se fuera o pidiera un puesto fijo. Llegó a la primera planta y puso la caja sobre la mesa de Shirley. —¿Otra vez aquí?

—Muy graciosa, lo sabías de sobra. ¿Dónde me toca ir ahora? Por Dios, no me digas que tengo que ir a contabilidad, porque me pego un tiro.

—Pero si te sabes el trabajo al dedillo.

Gruñó cogiendo un donut de una caja que tenía allí. Le dio un buen mordisco. —¿Y bien?

—Tómate el día libre.

Masticando se detuvo en seco. —Leche, eso es nuevo —dijo con la boca llena. —No pensarás en despedirme, ¿no?

—Te necesitamos mañana.

—Oh, ¿y en qué departamento?

Sonrió maliciosa.

—Vamos Shirley, suéltalo ya. —Se chupó el pulgar antes de abrir los ojos como platos. —¿Tengo que volver con la señorita Orson?

—Caliente, caliente...

—Uff, menos mal, es una pija insufrible. Caliente, caliente...

—Pensó en ello. La señorita Orson era la jefa del departamento de ventas. —No, no tengo ni idea.

Shirley se echó a reír y en ese momento salió su jefa de su despacho. —Oh, Lisa, aquí la tienes.

Sonrió acercándose. —Mi chica de oro, me alegra verte.

Sorprendida miró hacia atrás haciéndolas reír. —¿Hablas de mí?

Lisa rio por lo bajo. —Este trabajo te va a encantar.

—Empiezo a dudarlo —dijo mirándolas con desconfianza.

—Venga, ¿de qué va? Me tenéis en ascuas.

Lisa se sentó en la esquina del escritorio de Shirley y cogió un donut. —Hemos creado un nuevo departamento.

—¿De veras? —preguntó de lo más interesada. —¿Y de qué se encargará?

—Desarrollo de software. Se separará del departamento de desarrollo industrial y tú te encargarás de trabajar con un auténtico genio.

—Un genio, madre mía, preveo mucho estrés y mala leche.

—Por eso te necesitamos a ti, ya que sabes camelártelos a todos. El jefe quiere que esté a gusto. Muy a gusto, así que necesitamos a la mejor. Y por eso... —Le dio un mordisco al donut. Puso los ojos en blanco disfrutando del dulce.

—¿Quieres ir al grano?

—Llevo dos meses a dieta para la boda de mi hermana, déjame disfrutar.

—¡Lisa, ya te vale! ¡Me tienes en ascuas!

Las dos rieron por lo bajo. —Muy bien, pues la noticia es que este esfuerzo por tu parte, conllevará un aumento de sueldo de un cuarenta y cinco por ciento.

Se quedó sin aliento. —Eso es casi cobrar como un directivo.

—Te has convertido en alguien primordial en la empresa. Él será nuevo y serás el enlace entre la empresa y el departamento, porque tenemos entendido que tu nuevo jefe pasa de cosas tan mundanas como leer los memorándums y otras banalidades así. En realidad, pasa de todo excepto de trabajar en el software, es un obseso de su trabajo.

—Entiendo, así que casi tendré que dirigir el departamento. Él se encargará de los cerebritos y yo de la parte administrativa, como solicitar nuevos empleados y cosas así... ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Sabía que eras la persona adecuada, lo has pillado a la primera. Aunque las decisiones las tomará él, tú harás el trabajo sucio. Te encargarás de supervisar a los empleados, de las tareas molestas, como controlar el presupuesto, dar el coñazo con los plazos de entrega y cosas así. Vamos, que a nuestro chico de oro no le falte de nada y no tenga ni una sola queja. Él se dedicará a crear y tú a supervisar. Tus estudios informáticos y toda la experiencia que tienes trabajando con nosotros, te hacen perfecta para el puesto.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —Y eso supondrá que no tendré que trasladarme en unos meses. Será mi puesto, hecho para mí.

Lisa sonrió. —Exacto. Un puesto solo para ti.

La abrazó con fuerza. —Gracias, gracias.

Rio. —Te lo has ganado. Haz un buen trabajo y me sentiré orgullosa.

Se apartó. —Lo haré. ¿Cómo se llama el genio?

—Agárrate, Jefford Herdman-Scott.

Las miró sin comprender. —¿Se supone que tengo que conocerle?

Era evidente que no se lo podían creer.

—¿Qué?

—¡Está saliendo con Noelle Branstong! ¿Cómo no has oído hablar de él?

—Está saliendo con una de las herederas más ricas de Nueva York y deduzco que ha salido en los medios.

—Exacto —dijo Shirley. —Es famoso.

—A mí esas cosas no me interesan.

—Pues que empiecen a interesarte, porque tienes que evitar que esa niñata no intervenga en su trabajo.

Entrecerró los ojos. —No queréis distracciones.

—Ninguna. El jefe ha puesto mucha pasta en esto. Será misión tuya que durante el horario laboral no le molesten con tonterías, como la fiesta de primavera que su novia está organizando y que sale en todas las revistas porque va a invitar a la crème de la crème.

—Hecho, ¿algo más que deba saber?

—Intenta caerle bien —le rogó Lisa. —Tiene carácter y no queremos tener que buscar a otra persona.

—Tranquilas, los genios se me dan genial. —Soltó una risita y al ver que ellas no se animaban a reírse, perdió la suya de golpe.

—Me lo camelaré, ¿no me los camelo a todos? Por eso me habéis elegido.

—Muy bien, pues mañana empezarás en la quinta planta.

Estaba haciendo la cena cuando escuchó que Cassie entraba en el piso.

—¡Estoy aquí!

—¿Ya has llegado? —Apareció en la puerta de la cocina con el niño en brazos. —¿Y eso?

—¡Me han ascendido! —chilló haciendo que su hermana gritara también de la alegría.

Se acercó a ella y la abrazó. —Dios mío, felicidades.

—Gracias. —Miró al pequeño Jaxon y le besó en la mejilla antes de cogerle en brazos. —Tu tía va a ganar una pasta.

El niño de un año rio. —Sí, eso significan más regalos para ti.

Cassie se sentó a la mesa de la cocina. —Cuéntamelo todo.

Fue hasta la nevera y le sacó un zumo al niño. Lo sentó en la trona y después de ponerle una pajita al tetra brik acarició el cabello rubio del niño. —Es un puesto hecho especialmente para mí. Voy a ser la ayudante del informático jefe, aunque según tengo entendido él pasará de todo y tendré que encargarme de dirigir el departamento mientras él le da a la tecla.

Cassie impresionada separó los labios. —¿Vas a ser casi la jefa del departamento?

—Sí. —Sonrió. —¿No es genial?

—Te lo mereces, has trabajado muchísimo.

—Gracias. ¿Y qué tal tu día?

La sonrisa de Cassie se borró poco a poco. —Mike me ha llamado.

Fue hasta la salsa de tomate disimulando lo poco que le gustaba esa noticia y revolvió la salsa con ganas para evitar que se le quemara. —¿Y qué te ha dicho? —preguntó como si nada.

—Ha vuelto a insistir en que nos veamos.

Apretó los labios. —¿Y qué le has dicho? —Su hermana no contestaba y se volvió para mirarla. Estaba a punto de llorar. —Por Dios, Cassie.

—Le echo de menos.

—Se ha portado fatal contigo. Te echó de su casa y se divorció de ti antes de que te dieras cuenta.

—Tenía sus razones.

—Razones que nunca me has contado. —Se sentó a su lado y cogió su mano. —¿No confías en mí?

—Es que te vas a enfadar.

—Creo que ya lo supongo, cielo. Le fuiste infiel, ¿no?

Se echó a llorar y negó con la cabeza. Eso sí que le sorprendió. —¿No? ¿Entonces por qué te echó de casa? Creía que debía ser algo así para que te echara.

—Hace casi un año un repartidor vino a casa y entró para que yo fuera a buscar la propina. Cuando me di cuenta había cerrado la puerta.

Palideció sintiendo que el mundo temblaba a sus pies. Su hermana sollozó. —De repente sacó una navaja y me ordenó que dejara el niño en la cuna. Asustada por él lo hice. Me dijo que le mataría si no hacía lo que me pedía.

—Dios mío...

—Por favor no te enfades, no lo soportaría.

—¿Cómo voy a enfadarme? No fue culpa tuya, cielo —dijo angustiada por ella.

—Cuando Mike llegó a casa no sabía qué hacer. Ya lo había limpiado todo y me había duchado porque estaba asqueada. Me negaba a aceptar que aquello había pasado. Tenía tanto miedo... No podía hablar de ello. Mike me preguntó mil veces qué me ocurría, pero solo le decía que estaba cansada porque el niño me daba mucho trabajo y cosas así. No quería que me tocara. Me sentía sucia y ni dejaba que me besara.

—Y no lo entendía.

Negó con la cabeza. —No. Discutíamos por todo y llegó un punto que era insostenible. Me echó de casa y pidió el divorcio. Siempre pensó que veía a otro hombre. Me lo echó en cara mil veces.

—Cielo, necesitas ayuda. Necesitas sacarte esto. Y deberías empezar por denunciar.

—¿Denunciar? ¿Denunciar qué?

—Trabaja para una empresa, seguro que lo ha hecho más veces, debes denunciarle. —Apretó su mano. —Puede hacérselo a más mujeres.

—Se enterará Mike. —Se levantó apartándose de ella. —¡No quiero que lo sepa! ¡Me siento como si valiera menos para él!

Entendía lo que quería decir. Mike era un poco estirado y saber que a su mujer la habían tocado de más no le gustaría. Pero su hermana estaba muy enamorada de él y si quería volver a su lado, debía sincerarse porque el problema no había desaparecido. —Si te quiere no le importará —susurró. —De hecho, no le importa que le hayas sido infiel porque quiere que vuelvas, así que te apoyaría.

—¡No quiero que lo sepa!

—Negándote a afrontarlo no solucionarás tu relación, cielo. Él merece saberlo. ¡Por Dios, si le he llamado cabrón mil veces! ¡No es justo!

—¿No es justo? ¡Tampoco es justo lo que me pasó a mí! ¡Tenía que haber estado allí, pero como siempre estaba en el hospital! ¿Y yo qué? —gritó desgarrada.

—Dios mío, quieres que sufra por lo que te ocurrió. Le culpas.

—¡En parte tiene la culpa! Le necesitaba y no estuvo conmigo. ¡Juró que siempre estaría conmigo! ¡En lo bueno y en lo malo! ¿No dijo eso? ¡Pues no cumplió!

Viendo el estado de nervios en el que se encontraba, era evidente que su hermana necesitaba ayuda. —Tiene derecho a saber la verdad. —Se levantó. —Voy a llamarle.

—¡No!

—¡Voy a llamarle! Necesitas ayuda, Cassie. La necesitas.

—Como se lo digas no te hablo más —dijo llorando de tal manera que rompía el corazón. —No lo hagas

—Tengo que hacerlo. Es por tu bien, cielo.

—¡No! —Se tiró sobre ella para pegarla y Cassie la golpeó en el pómulo antes de agarrarla de los pelos.

—¡Basta! —Para quitársela de encima la empujó y Cassie cayó hacia atrás. Su hermana apoyó la mano en el suelo y gritó llevándosela al pecho. Sollozó antes de caer de rodillas como si estuviera derrotada. Se arrodilló a su lado y la abrazó. —Lo arreglaremos, cielo. Te juro que lo arreglaremos y este episodio de tu vida no destruirá tu futuro.

Capítulo 2

Tuvo que llevar a su hermana al hospital para que la curaran y llamó a su cuñado para que fuera de inmediato mientras la atendían en urgencias.

Mike llegó apenas veinte minutos después y cuando le explicó lo que había ocurrido y el estado de nervios en el que estaba su exmujer, perdió todo el color de la cara antes de que la rabia transformara su rostro. Sin decir ni una palabra entró en urgencias. Estuvo angustiadísima las siguientes dos horas, pero Mike terminó saliendo y se acercó a ella obviamente preocupado. —¿Puedes quedarte con el niño?

—Sí, por supuesto. ¿Cómo está?

—Ahora está sedada. Mañana haré que la vea el mejor especialista de la ciudad. Necesita terapia. —Se pasó la mano por su cabello castaño. —A primera hora llamaré a mi madre para que se encargue del niño durante un tiempo, tú tienes que trabajar. —Acarició la mejilla de su hijo. —No me puedo creer todo esto. Jamás me imaginé algo así.

Hubo algo en su tono que la preocupó como si no fuera totalmente sincero. —Yo tampoco.

—Ha pasado un año. Un año y ni una sola palabra. Ha pasado por esto sola. —Su rostro mostró una angustia un poco forzada y a

Byanna se le puso un nudo en la garganta porque tenía la sensación de que toda esa preocupación era falsa. —Si lo hubiera sabido... Joder, soy un marido pésimo, creí que me había puesto los cuernos.

—Yo también pensé lo peor de ella. No se explicaba y creí que había cometido un error que no le habías perdonado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Es horrible, pero ahora no es tiempo de recriminaciones, debemos apoyarla y ayudarla en lo que sea.

Mike asintió y dijo tenso —Te llamaré mañana.

Observó cómo se alejaba hacia la entrada de urgencias y cuando desapareció, Byanna miró a su sobrino dormido entre sus brazos. Tenía la sensación de que su hermana no iba a volver con Mike y lo sintió muchísimo por el niño. Besó su frente. —Mamá se pondrá bien, ya verás como sí. Y superaremos esto.

Sin pegar ojo en toda la noche porque no hacía más que pensar en que era una hermana horrible, salió en la quinta planta sin energía. Lo que menos quería era conocer al genio porque se moría por estar con su hermana. Los remordimientos por no haber sabido ver antes lo que había pasado, no dejaban de torturarla y necesitaba ver a Cassie, necesitaba saber que estaba bien cuidada. Temía que haberla presionado fuera demasiado para ella, pero desgraciadamente esas eran cosas que se pensaban después de haber metido la pata. ¿O no la había fastidiado? Estaba muy confusa, igual también debería visitar a un psicólogo para hablar de ello. Toda esa situación la estaba superando.

Caminó entre los empleados que trabajaban de lo más concentrados tras sus ordenadores. Mierda, llegaba tarde. Y es que la madre de su cuñado no había llegado hasta las ocho y media a recoger al niño. La pobre no sabía lo que había pasado ni porque su exnuera estaba ingresada y no dejó de hacerle preguntas que no podía contestar.

Llegó ante la puerta del que debía ser su jefe y llamó a toda prisa mirando a la secretaria que se pintaba las uñas hablando por el móvil, sin molestarse en interceptarla al menos para saber quién era.

—Adelante.

Entró a toda prisa y se detuvo en seco al ver a un morenazo sin camisa colgado de los pies mientras hacía abdominales. Menuda espalda tenía... Carraspeó. Él dejó de hacer abdominales y cabeza abajo la miró. Sintió como sus ojos pasaban por sus zapatos de tacón negros, a sus pantorrillas sin medias y de ahí subieron a su falda de tubo negra y a su camisa de seda rosa. Levantó una ceja cuando sus ojos llegaron a sus pechos donde se detuvo dos segundos más de lo necesario antes de llegar a su rostro rojo como un tomate por el escrutinio.

—¿Sí? —preguntó él con aburrimiento antes de seguir haciendo ejercicio.

Vaya, no le había causado una gran impresión. —Señor Herdman-Scott, soy...

—Jefford.

Al parecer no le iban los formalismos. —Jefford, soy Byanna Chandler, tu nueva ayudante, barra sub-encargada del departamento, barra chica para todo. Ósea la segunda al mando.

Él se agarró a la barra del techo donde sujetaba sus pies y se descolgó sin esfuerzo cayendo al suelo antes de volverse y coger una toalla. —¿Ayudante de qué?

—Te ayudaré a dirigir el departamento para que te centres exclusivamente en la programación.

—Entiendo. —Se puso la toalla al cuello y la miró a los ojos. Casi se derrite porque eran muy azules. Madre mía, de pie estaba aún más bueno y le sacaba la cabeza. Iba a ser un gustazo trabajar con él. Intentó apartar la vista de esa gota de sudor que le caía entre los pectorales. ¿Qué estaba diciendo?

Él se acercó a la mesa y tocó varias teclas del ordenador. De repente frunció el ceño y se sentó para empezar a teclear como si

ella ya no estuviera allí. Byanna entrecerró los ojos. ¿Debía decirle algo? —¿Te parece bien?

—Ajá...

Sonrió abriendo la puerta de nuevo.

—Byanna...

Se volvió.

—Dile a esa que se largue, es una pesada. Además, si tú estás aquí, ya no la necesito.

—Será un placer encargarme de eso —dijo antes de salir cerrando la puerta.

La chica la miró. —Menudo cañón, ¿no?

—Oye, maja...

—Dime.

—Date una vuelta por recursos humanos para que te busquen otra cosa, ¿quieres?

—Ni de coña.

—Es una orden. ¿O quieres que comunique tu despido?

—Pero si eres una secretaria, que te he visto antes. No puedes despedirme, ¿te crees que soy tonta?

—Me han ascendido. Aire, que tengo mil cosas que hacer.

—Agarró el pintaúñas y lo tiró a la papelería. —Por cierto, es un color horrible.

La chica se levantó furiosa y cogió el bolso.

—Eso, aire... —Agitó la mano porque era evidente que se había echado perfume para intentar impresionar a su jefe. ¿No se suponía que una de sus funciones era apartar a las lagartas del trabajo y de él? Pues pensaba hacerlo al pie de la letra.

No le costó hacerse con sus obligaciones. Ella se encargaría del trabajo administrativo y contable del departamento mientras que ellos se dedicaban a crear. Uno de los chicos se acercó a ella y susurró —Byanna, ¿crees que puede recibirme ahora?

—No —dijo sin dejar de teclear.

—Es que tengo que preguntarle algo.

Sin dejar de mirar la pantalla alargó la mano y empujó un block con un bolígrafo. —Breve descripción y nombre. Ahora está concentrado.

—Ya, claro —dijo mirando el block. —Es difícil de describir.

—Pues vete pensándolo porque no le gusta perder el tiempo. —Volvió la vista hacia él. —Te llamas Mathew, ¿no?

—Sí. —Sonrió de oreja a oreja. —Y estoy encantado de trabajar con Jefford.

Suspiró porque era el cuarto que le decía algo así y lo único que buscaban con esas visitas era hablar de informática con el genio e intentar que recordaran su nombre para medrar en el departamento. Había cometido un error con el primero, pero ya no colaba. Jefford se había puesto furioso cuando le habló de un proyecto para un videojuego. Su jefe, que según había visto en internet, se había encargado de la programación de un cohete espacial que estaba a punto de lanzarse, se puso como loco por la tontería de los marcianitos.

—Me alegro de que estés tan contento de trabajar aquí y si quieres seguir haciéndolo, te aconsejo que vuelvas a tu mesa y hagas tu trabajo.

—Es que ya lo he terminado y no sé qué más tengo que hacer.

—Oh... —Se levantó y fue hasta su ordenador. Al ver las variables en la pantalla asintió. —¿Ya es operativa esa función?

—Sí. Veo que sabes de esto —dijo encantado.

—No tanto como vosotros. Hablaré con él para ver qué quiere que hagas ahora.

En ese momento salió Jefford del despacho, guapísimo con su camisa blanca arremangada y unos pantalones de pinzas negros. Se acercó a ellos. —Dejad todas las tonterías en las que estéis trabajando.

Todos le miraron y de repente él frunció el ceño. —No sé vuestros nombres y puede que no me los aprenda nunca, así que id acostumbrándoos.

Ella levantó una ceja, no se podía ser más directo.

—Lo único que me importa de mi trabajo aquí es hacer el programa informático que logre que los nuevos coches de esta compañía, sean los más avanzados del mercado. Y para ello no solo tendrán autonomía, seguridad, sino que también a través de la inteligencia artificial deben entretener al conductor en su travesía. Y eso se hará a través de una gran pantalla de ordenador que estará en la luna delantera del coche.

Varios separaron los labios de la impresión y Byanna se sintió muy orgullosa de él. Increíblemente se sintió orgullosa de él. Por Dios, si no le conocía de nada.

—Os acabo de pasar los datos y quiero que trabajéis en grupo para buscar ideas, tanto en desarrollo como en ejecución. Nos reuniremos todos los días a esta hora y hablaremos de vuestros avances.

Un hombre levantó una mano.

—¿Sí?

—Yo estoy trabajando en los sistemas del modelo que saldrá la primavera que viene.

—¿Cuántos están en eso?

—Todos.

Juró por lo bajo. —Muy bien, dividíos en dos grupos. Quiero que acabéis con eso cuanto antes, os necesito a todos. Mañana hablaremos de ello. —Se volvió, pero de repente se detuvo en seco. —Y como alguien vuelva a hablarme de algún videojuego o alguna

mierda por el estilo, que no se sorprenda si se queda en el paro.
—Fue hasta su despacho y cerró la puerta.

Ahí llegó el problema porque todos querían formar parte del equipo de Jefford. Tuvo que pasarse dos horas repasando cuales eran sus funciones y quien debía pasar a cada grupo, lo que algunos no se tomaron nada bien porque no sabía tanto de informática como ellos. Pero aquello no se basaba en la informática sino en la organización y para eso no había nadie mejor preparado que ella en ese departamento. Cuando terminó al fin pudo volver con la administración. Jefford pedía unos materiales informáticos tan avanzados, que eran carísimos por lo que le estaban diciendo los proveedores en los mails que le estaban enviando. De hecho, quería cambiar todos los ordenadores de su departamento. Gimió porque los que ya tenían eran nuevos. Pero bueno, que los cambiaran a otro sitio cuando los necesitaran. Tendría que distribuir de nuevo las mesas porque las pantallas nuevas eran más grandes. Se mordió su grueso labio inferior y empezó a hacer un plano en el ordenador sobre cómo colocar las mesas para cuando llegaran los nuevos equipos. Estaba tan concentrada que ni se dio cuenta de cómo si iba yendo todo el mundo después de las cinco. Estaba colocando una mesa cuando escuchó una vibración. Frunció el ceño y se sobresaltó al darse cuenta de que era su móvil dentro de su bolso. Palideció porque desde la hora de la comida no había tenido noticias de Mike. Se sintió culpable por no estar más pendiente y sacó el móvil del bolso a toda prisa. Revisó los mensajes, pero ninguno era de Mike. Era Alice, una amiga de la universidad, para invitarla a una fiesta ese fin de semana. Preocupada porque su cuñado no le había enviado nada le llamó.

—Dime —dijo como si estuviera molesto.

—¿Cómo está? En tu mensaje del mediodía no decías mucho.

—El doctor la ha medicado, está dormida —dijo seco.

Apoyó los codos sobre la mesa y suspiró. —Mike, ¿qué pasa?

—Joder, estoy cabreadísimo. ¡Está deshecha! ¿Cómo se te ocurrió presionarla de esa manera?

Su labio inferior tembló. —Solo quería ayudarla.

—¿Ahora vas de psiquiatra?

Le molestó que le hablara de esa manera. —Oye, majo, que yo no fui la que me divorcié de ella. ¡Siempre estuve ahí para mi hermana y no la dejé tirada! ¡Y si no hubiera sido por mí no te hubieras enterado de una mierda! ¡Así que a mí no me hables así!

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Joder, Byanna... Es que no sé cómo llevar esto.

—¿Y crees que yo sí? ¡Pero tenemos que estar ahí para ella, así que déjate de acusar a nadie y dime cómo está mi hermana!

—Ya te lo he dicho, no quiere hablar de ello. No quiere ni mirarme.

—Iré a verla en cuanto salga del trabajo.

—Creo que no querrá verte.

—Me da igual lo que quiera, me da igual que esté cabreada, he hecho lo que consideraba mejor y tiene que empezar a enfrentarse a sus problemas. ¿Te das cuenta de que ha ocultado algo que ha destrozado su vida y no ha hecho nada para evitarlo? Ha preferido romper su familia, que decir la verdad.

—Y no te imaginas como me siento por eso —dijo con la voz rota.

Se emocionó por lo que sufría y se sintió aún más culpable por pensar mal de él. —Estaremos a su lado, para lo bueno y para lo malo.

—No sé si podré perdonárselo.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho? No fue culpa suya —siseó con rabia.

—No hablo de lo que ocurrió, sino de lo que pasó después. No me lo contó.

—¡Se avergonzaba! ¡A mí tampoco me lo contó!

—Era su marido, Byanna. Era... ¿Sabes lo que me duele esto?

Separó los labios de la impresión. —Mike, ¿qué ocurre? Creí que querías volver con ella, que todavía la querías.

—Le pedí que nos viéramos porque...

—¿Qué?

—Hace dos meses conocí a otra.

Se llevó la mano al cuello de la impresión.

—Le he pedido que se case conmigo, eso era lo que quería contarle. Voy a pedir la custodia del niño.

—¿Qué has dicho?

—Y creo que ahora es lo mejor.

Sintió que la furia la recorría. —¡Sabía que eras un cerdo desde que te conocí! ¡Y lo confirmé cuando te vi tonteando con esa zorra en la boda! Has jugado con Cassie todo lo que has querido, ¿y crees que ahora vas a quitarle a su hijo? ¡Antes te mato, cabrón! ¡Ahora entiendo por qué se puso así cuando la presioné para que te lo contara, no quería porque sabía que la rechazarías si lo supieras! ¡Tú eres el culpable de que esté así porque eres un maldito hijo de puta! —Mike le colgó el teléfono y ella gritó de la rabia tirándolo con fuerza contra la mesa. El móvil se rompió e intentó reprimir un sollozo.

De repente sobre el escritorio cayó una tarjeta y se le cortó el aliento levantando la mirada. Su jefe pasó ante ella como si nada con la chaqueta del traje en las manos y fue hasta el ascensor pulsando el botón. Sin mirarla dijo —Llámale, mi primo es un auténtico tiburón que disfruta tragándose a cabrones como ese. No tendrá piedad.

Sin saber qué decir le observó mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón. Sus ojos azules la miraron. —Pide otro móvil cuanto antes, te necesito operativa. Y buen trabajo separando los grupos.

—Gracias—susurró mientras se cerraban las puertas. Apretó los labios porque jamás había contado nada de importancia de su vida privada en el trabajo. Tenía amigas, pero sus problemas se

quedaban en casa. Y ahora su nuevo jefe sabía todo aquello. Cogió la tarjeta. Anthony Herdman-Scott. Abogado matrimonialista. ¿Un tiburón? Se mordió el labio inferior porque sería carísimo y solo tenía cinco mil dólares en la cuenta. Pero podría hacer una consulta...

Llegó al hospital y subió a la segunda planta que era donde habían trasladado a su hermana. Buscó la habitación doscientos veinticinco y cuando llegó salía una enfermera. —¿Cassandra Chandler está aquí?

—Sí, pero está dormida. La medicación, ya sabe.

—¿Puedo verla igual? Soy su hermana.

—Sí, por supuesto

La mujer entreabrió la puerta para que pasara e iba a hacerlo, pero se detuvo. —¿Cómo está?

La enfermera sonrió. —Seguro que mejorará mucho en cuanto vaya a terapia.

Cerró la puerta para que Cassie no las oyera. —¿El doctor se lo ha recomendado?

—Eso tengo entendido.

—¿Cuándo le darán el alta?

—El doctor ya lo ha hablado con su marido.

Se tensó. —No es su marido, no quiero que hablen con él de nada, absolutamente nada de lo que concierne a mi hermana, ¿entendido?

La mujer frunció el ceño. —Vaya, lo siento, pero ya ha hablado con el doctor y... Parecía muy preocupado por ella.

—Ese cabrón solo se preocupa de sí mismo. Quiero hablar con el doctor que lleva a Cassie, ¿dónde está?

—Creo que hoy tiene guardia, si quiere le llamo para que se acerque en cuanto tenga un hueco.

—Si me hace el favor... Quiero saberlo todo de la salud de mi hermana. Confié en mi excuñado porque es médico y fue un error garrafal, porque ha aprovechado esto para quitarle al niño. Necesito ayuda —susurró desesperada. —Porque como mi hermana se entere de esto, se hundirá del todo.

—Le llamaré ahora mismo. Sé muy bien lo que es tener un marido que te amarga la vida.

—Gracias, gracias... —Abrió la puerta e intentó no hacer ruido. Su hermana tumbada de costado le daba la espalda y rodeó la cama para ver su rostro. Estaba despierta y sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. Se emocionó hasta las lágrimas y se sentó a su lado en la cama con cuidado de no tocar su mano vendada. —Lo siento, lo siento... No quería esto.

—Lo sé, no es culpa tuya. —Una lágrima rodó por su mejilla. —¿Has visto a Mike?

—Desde ayer por la noche no. Hemos hablado por teléfono.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Está muy enfadado?

—Cielo, ¿no ha pasado por aquí?

—No.

Sería cabrón. Ahora que tenía al niño ya no le importaba lo que le pasara, excepto para quedarse con la custodia. —Cassie...

—Nunca le he importado. Fui imbécil al casarme con él.

—Estabas enamorada.

—Cuando ocurrió él me estaba siendo infiel con una mujer que conoció en un congreso de medicina. Creí... —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. —No se lo dije porque sabía que me dejaría. —Sollozó. —Le quería tanto...

La abrazó. —Lo siento, cielo.

—Pensé que su insistencia para quedar conmigo era porque le importaba. Soy una estúpida, no le importo nada.

La abrazó con fuerza. —Cielo...

—Quiero volver a casa, quiero ver a mi niño. —Se apartó para mirarla. —¿Dónde está Jaxon? ¿Has llamado a la niñera?

—Lo tiene Mike, su madre le recogió esta mañana.

Su hermana se tensó. —Pero te lo devolverá, ¿no?

Palideció por su preocupación.

—Byanna, ¿qué ocurre?

—Dios, no debería decirte esto ahora.

—¿Qué ocurre? —Agarró su mano. —Dímelo. ¡Dime que te lo devolverá!

—No lo sé. Quiere pedir la custodia del niño. —Sollozó angustiada por ella. —Lo siento, te juro que lo siento muchísimo.

—Vete a por mi niño —dijo asustada.

—He pensado en todo esto y eres tú la que tiene la custodia. A mí no me lo darán, no tiene por qué sino quiere.

Su hermana apartó la sábana.

—Cassie...

En ese momento se abrió la puerta dando paso a un médico de unos cincuenta años. —¿Ocurre algo?

—Me largo a mi casa.

—No se lo recomiendo.

—¡He dicho que me largo a mi casa!

—Lo siento, pero la persona responsable de usted ha firmado su ingreso y es decisión mía que se vaya a casa.

Le miraron pasmadas y Byanna se puso en pie. —¿Qué persona responsable, doctor...?

—Soy el doctor Hernández y la persona responsable era su marido.

—¡Es mi exmarido!

—Lo siento —dijo confundido. —Pero esta mañana presentó un documento firmado por usted donde le cedía este tipo de

decisiones en caso de que a usted le ocurriera algo.

—Dios mío... —dijo Cassie asombrada.

Byanna rodeó la cama para mirarla a la cara. —¿Firmaste eso?

—Cuando nos casamos creímos que era lo mejor en caso de que a alguno de los dos le pasara algo.

—¡Ese documento no es válido, ya no están casados!

—¿Usted tiene algún papel firmado de antes de este ingreso, que diga que revocaba el poder dado a su marido?

—No —dijo Cassie antes de echarse a llorar tapando su rostro.

El doctor apretó los labios. —Siento decirle que no la encuentro en condiciones para darle el alta. De hecho, venía a comunicarle que necesitaría un ingreso más prolongado.

Su hermana palideció. —¿Pero qué dice este hombre? ¿Estoy loca?

El médico apretó los labios y se sentó a su lado. —No estás loca Cassie, solo necesitas algo de descanso, terapia y descargar de esos hombros el dolor que ha ocasionado el momento más traumático de tu vida. Ayer cuando llegaste tenías una crisis nerviosa.

—¡Mi hermana es una persona que en este momento es racional, no pueden retenerla!

—Su marido ha firmado los papeles para trasladarla como le he sugerido.

Byanna perdió todo el color de la cara. —¿Pero no pueden hacer eso? ¿Trasladarla a dónde?

—¿A mi clínica en New Jersey? Su marido correrá con los gastos.

—¡Porque esto le vendrá estupendamente para obtener la custodia del niño y así usted consigue pasta! —gritó furiosa. —¡No

digo que no necesite terapia, pero un ingreso es demasiado! ¿Qué pasa? Es amigo suyo, ¿no?

El doctor levantó una ceja y dijo —¿Usted también necesita un Valium?

—¡No le digo por donde puede metérselo! —gritó fuera de sí.

Ese imbécil salió de la habitación cerrando la puerta suavemente y Cassie angustiada se llevó la mano al vientre. —Dios mío...

—Te sacaré de aquí, te lo juro.

Sollozó. —¿Cómo?

Cogió su bolso. —Haz lo que sea para no salir del hospital. —La besó en la sien. —No te hundas, arreglaré todo esto. Te juro que lo arreglaré.

—No te vayas —dijo asustada.

Se agachó ante ella. —Escúchame, sino me voy no podré ayudarte y terminarán ingresándote en esa clínica. Tengo que pedir ayuda. Serán unas horas, te lo juro. Solo unas horas. Aguanta aquí hasta que vuelva.

—¿Cómo?

—Di que te duele algo para que tengan que hacerte pruebas. Habla con la enfermera, ella te ayudará.

—¿Y si me escapo?

Se le cortó el aliento porque también era una opción. Pero mejor hacerlo todo legalmente porque si se escapaba puede que empeorara su situación. —Espera hasta mañana. Si no consigo nada lo intentamos.

—Vale.

—Tú síguele la corriente a ese cabrón.

Asintió. —¿Lo arreglarás?

—Te juro que me voy a dejar la vida si hace falta para solucionar esto, cielo.

Capítulo 3

Con el teléfono prepago que había comprado en un supermercado volvió a llamar, pero el abogado no se lo cogía y no le extrañaba porque era muy tarde para que se lo cogieran en la oficina. Desesperada corrió lo más rápido que pudo hacia el metro y cogió el tren que la llevaría a la calle de su empresa. Cada minuto que pasaba su miedo aumentaba temiendo por el futuro de su hermana y todo era culpa suya. Angustiada salió del metro corriendo escaleras arriba y cruzó la calle casi sin mirar para llegar a la puerta. El portero de noche estaba tras la mesa y ella dio dos golpes a la puerta de cristal llamando su atención. Él se levantó con una parsimonia que la sacó de quicio, así que le gritó que se diera prisa. —Ya va... —Giró la llave y abrió la puerta. —¿Sí?

Mostró la tarjeta de la empresa. —Soy la nueva ayudante del señor Jefford Herdman-Scott. Me ha llamado con urgencia para que le recoja una documentación.

—No estoy autorizado...

—Oiga, es el nuevo niño bonito de la empresa y es algo excéntrico, si quiere perder su trabajo porque no cumple sus órdenes a mí me da igual, pero yo no quiero quedarme sin empleo.

Apretó los labios. —¿Herdman-Scott?

—¡Sí! ¡Ha trabajado para la NASA!

—Pase, pero no se entretenga.

—Gracias, gracias. —Corrió por el suelo de mármol hasta los ascensores y pulsó el botón impaciente. Unas puertas se abrieron y corrió hacia el ascensor para pulsar el primer piso. Angustiada miró la pantallita donde salían los números y cuando se abrieron las puertas corrió lo que pudo hasta el ordenador de Shirley. Se sentó tras su escritorio y lo encendió. —Vamos, vamos... —En cuanto apareció en la pantalla el logo de la empresa, tecleó el número de empleada de la jefa del departamento. En ese momento agradecía haber pasado por tantos puestos, porque sino jamás habría visto a su amiga meter el número. Menos mal que tenía buena memoria. Apareció en su pantalla el registro de empleados por departamentos, pero para abreviar metió el nombre de su jefe en el buscador. Cuando apareció el expediente fue directamente a su dirección y teléfono de contacto. Cogió el block y lo apuntó antes de cerrar el expediente y apagar el ordenador para dejarlo todo como lo había encontrado, porque con aquello se estaba jugando el puesto, pero merecía la pena.

Fue hasta el ascensor y las puertas se abrieron de inmediato. Ella llegó al hall y corrió hacia la puerta. El de seguridad se levantó. —¡Eh! ¡No ha subido al quinto piso! ¿Qué hacía en el primero?

—Mierda. —Se volvió. Miente con descaro o no saldrás de esta. —Soy del departamento de informática, idiota. ¡Solo necesito un ordenador de la empresa!

El tipo se sonrojó. —Oh...

—¡Y no me entretengas, que bastante cabreado está ya! ¿Quieres que nos despidan a los dos? —Sin esperar su respuesta salió de la empresa y corrió calle abajo. Cuando dio la vuelta a la esquina sacó el papel y el móvil para marcar a toda prisa el número de Jefford. El sonido se repitió varias veces antes de que saltara el contestador. —No, no. —Volvió a llamar, pero nada. Se acercó a la acera y levantó un brazo. —¡Taxi! —Uno se detuvo y ella sin aliento dijo —A la avenida Madison con la sesenta y ocho oeste.

Se acercó al portero que estaba ante el portal. —Buenas noches.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Tengo que ver al señor Herdman-Scott. Es muy urgente. Soy su ayudante, Byanna Chandler.

El hombre carraspeó. —Está ocupado, señorita. No sé si me entiende.

—Me importa muy poco que esté con una mujer o con veinte, tengo que verle ahora mismo. Su último proyecto se irá a la mierda como no hable con él y te aseguro que como se entere de que no me has dejado pasar, se va a cabrear muchísimo.

—Le voy a llamar, pero como no lo coja no puedo dejarla subir. Lo siento, son las normas de la comunidad.

—¡No me coje el teléfono, tengo que verle!

—No se altere. Espere aquí, le llamaré.

Estupendo, ahora no se fiaba de ella y no la dejaba pasar. Estiró en cuello para ver lo que hacía y sí que se puso el teléfono al oído, pero no le vio hablar. —Vamos, cógelo. —El portero colgó el teléfono y rodeó el mostrador para acercarse apretando los labios al ver la angustia en su rostro. Abrió la puerta. —Lo siento, pero no lo coge, es obvio que no quieren que le molesten. No puedo hacer nada más.

—Tengo que verle, es muy importante que lo haga, se lo juro. —Abrió su bolso. —Me juego mucho. Tengo cien dólares y...

—Por favor, señorita, no voy a aceptar su dinero.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Necesito hablar con él. Iré al cajero, usted ni tiene que decir que me ha visto. Solo me deja pasar y haré que me he colado.

—No puedo, lo siento. —Entró en el edificio y cerró con llave.

Una lágrima rodó por su mejilla y Byanna se alejó del edificio para mirar las ventanas, pero no veía el último piso. —¡Jefford! —gritó.

La puerta se abrió de nuevo. —¡Por Dios, señorita, son las doce de la noche!

—¡Jefford! —gritó con fuerza.

—¡Está bien, volveré a llamar!

Entró en el hall y antes de que cerrara la puerta Byanna pasó por debajo de su brazo corriendo hacia las escaleras. —¡Oiga! ¡Voy a llamar a la policía!

Empezó a subir los escalones de mármol de dos en dos y en la tercera planta ya le faltaba el aliento, pero se obligó a seguir. Al llegar al séptimo ya no pudo más y tuvo que apoyarse en sus rodillas para tomar aliento. El portero no la seguía, así que seguro que había subido en el ascensor. Respiró hondo y se agarró en la barandilla para seguir subiendo tranquilamente porque era obvio que ya nadie la interceptaría hasta llegar al último piso. Cuando miró hacia arriba y al fin vio el letrero del ático, subió varios escalones muy lentamente por si se escondía en algún sitio queriendo sorprenderla. De repente vio al portero esperándola y estaba cabreadísimo. —Venga conmigo ahora mismo.

—¡Jefford! —gritó.

—¡Que se calle, joder!

—¡Jefford!

El portero empezó a bajar los escalones. —¡Tiene que irse! —La agarró por el brazo, pero ella se resistió. —¡Vamos!

—¡Suélteme!

—¿Qué coño pasa aquí?

Ambos miraron hacia arriba para ver a su jefe solo con unos vaqueros puestos y el cabello revuelto.

—¡Jefford, dile que me suelte!

—¡Roy, joder, suelta a mi ayudante!

—Se ha colado, señor. Se ha puesto como loca.

Le rogó con la mirada. —¡Necesito que llames a tu primo, no me coge el teléfono y la van a llevar a una institución mental! ¡Ese

cabrón quiere meterla en un manicomio!

Jefford apretó los labios. —Ven conmigo.

Sollozó del alivio y el portero soltó su brazo. Byanna corrió escaleras arriba y pasó la puerta de incendios para seguirle hasta otra puerta abierta. Jefford cerró en cuanto entró en el enorme salón. —Siéntate en el sofá.

Ella fue hasta uno de los sofás de piel gris para sentarse y angustiada le vio ir hacia un pasillo que debía dar a las habitaciones.

—Jeff, ¿qué pasa? —escuchó que decía la voz de una mujer.

—Tienes que irte.

—Pero...

—Ya. Tengo que hacer.

—¿No te gusto? —preguntó apenada. —Es por los pechos nuevos, ¿no? Te gustaban más los otros. Sí, es por eso. Ya me he dado cuenta de que no estás motivado y a ti nunca te ha pasado eso.

Jefford gruñó saliendo de nuevo al salón mirando el móvil que tenía en la mano. Descalzo pasó ante ella poniéndose el teléfono al oído y se acercó a un mueble bar quitando el tapón a una botella de cristal antes de servir en un vaso que tenía pinta de ser carísimo una buena cantidad de un líquido ambarino. —Tío, necesito que vengas a casa.

Cogió el vaso y se acercó a ella poniéndoselo en las manos. Byanna lo cogió de inmediato sin dejar de observarle. —Sí, no pierdas el tiempo, es importante.

Colgó y miró hacia ella. —Bébetelo, estás de los nervios, joder.

Se lo bebió de golpe y puso cara de asco—¿Qué es esto?

—¿Nunca has bebido whisky?

Hizo una mueca. —Debe ser que este es bueno y sabe aún peor que los otros.

Jefford sonrió de medio lado. —Será eso.

Una rubia guapísima salió del pasillo con cara de cabreo, subiéndose la cremallera que tenía en el lateral su carísimo vestido rojo. Pero no le pareció muy atractiva porque tenía todo el carmín corrido alrededor de los labios y los pelos revueltos. —No sé cómo te aguantó.

—Si no me aguantas, ya sabes lo que tienes que hacer, no me llames más —dijo con aburrimiento.

Asombrada vio que de repente ella soltaba una risita. —Qué más quisieras, amorcito. —Se acercó y le dio un beso en los labios. —Te llamo mañana.

Y la tía se fue tan contenta. Pero si pasaba de ella, solo había que ver su cara. Le miró de nuevo, no dejaba de observarla. —Esa no es tu novia, ¿no? —preguntó dejando el vaso sobre la mesa de centro.

—¿Qué novia?

—Una amiga me dijo que salías con Noelle Branstong.

—Me acuesto con ella cuando nos conviene a los dos. ¿Algún problema?

Se sonrojó porque no podía ser más directo. —No, claro que no. Una relación abierta.

—Ni eso. —Fue hasta una puerta y entró.

Byanna se mordió el labio inferior y se levantó porque no volvía. Sin saber qué hacer fue hasta allí y estiró el cuello para mirar lo que hacía. Estaba ante un montón de pantallas de ordenador mientras tecleaba a toda prisa. Impresionada por cómo era capaz de concentrarse tan rápido, separó los labios dando un paso hacia su despacho y se apoyó en el marco de la puerta mirando a su alrededor. Al ver una estantería al otro lado de la estancia se quedó sin aliento por todos los premios que tenía allí y fotos con personalidades como el presidente de los Estados Unidos. Pasó la vista por varios libros y todos estaban escritos por él. Por Dios, ¿es que esa mente no dejaba de trabajar nunca? Vio una foto en la que debía tener unos dieciséis años y estaba al lado de un hombre que

era muy parecido a él. Ambos reían y mostraban un trofeo de béisbol. —¿Jugabas al béisbol? —preguntó sin poder evitarlo.

—Así me pagué la carrera —respondió distraído.

—Vaya... —Se volvió. —Yo me pagué la carrera con una beca por estudios y trabajando de camarera.

Él no contestó sin dejar de teclear. Se acercó a su escritorio y pasó el dedo por la superficie del grueso cristal. —Por cierto, gracias por ayudarme.

Siguió sin decir nada y muy incómoda por importunarle salió del despacho. Se sentó en el sofá a esperar la llegada de su primo. Se apretó las manos. Al ver el vaso, lo cogió y miró a su alrededor para buscar la cocina. Lo menos que podía hacer era lavarlo. Lo más lógico es que la cocina estuviera al lado contrario de las habitaciones y fue hasta una de las puertas. Sonrió al encontrarla y a toda prisa fue al fregadero. Impresionada por las encimeras que imitaban el mármol acarició la que tenía al lado. Le encantaba ese tipo de decoración con los muebles en gris, pero nunca ganaría tanto como para permitirse una cocina así. Cogió un paño, secó el vaso lo mejor que pudo hasta dejarlo brillante y regresó al salón para ponerlo en su sitio. Se sentó de nuevo. Esperaba que no tardara mucho. Inquieta se acercó a los ventanales y se quedó alucinada al ver que daban a una terraza enorme. Abrió la puerta para salir y al mirar hacia arriba vio las estrellas. Era precioso.

—Tienes un telescopio si quieres verlas más de cerca.

Sorprendida se volvió. —¿Tienes un telescopio?

Le señaló un chisme enorme y ella se acercó a toda prisa. No sabía muy bien por dónde se miraba y soltó una risita. —¿Por dónde...?

Él se acercó y le señaló con el dedo un circulito negro de goma. —Por aquí.

Se agachó y miró por él cerrando el otro ojo. La impresionó la cantidad de estrellas que había. —Es increíble. —Le miró sonriendo antes de mirar de nuevo. —¿Eres aficionado a la astronomía?

—Me gusta, me relaja.

—Es hermoso. Aunque no tengo ni idea de lo que estoy mirando, es realmente hermoso.

—Sí que lo es.

Se enderezó y se miraron a los ojos. Y sintió una conexión tan increíble con él que la dejó sin aliento, pero Jefford se volvió entrando en la casa indicándole que no había sentido lo mismo. Deja de soñar, Byanna, bastantes problemas tienes. Entró en la casa tras él y cerró la puerta. —¿Crees que tardará mucho?

En ese momento sonó el teléfono fijo y él fue a descolgar. Podría ponerse una camisa, empezaba a alterarla un poco tanta piel al aire.

—Que suba. —Colgó el teléfono. —Ya está aquí.

—Genial —dijo muy nerviosa sentándose en el sofá.

Él fue a abrir la puerta y sin darse cuenta Byanna se fijó en los dedos de sus pies. Y los tenía bonitos. ¡Oh, por Dios! Déjalo ya, ¿quieres? Está bueno, punto.

Impaciente estiró el cuello para mirar por la puerta abierta y Jefford salió del piso girándose hacia el ascensor. Buff, menudo cuerpo tenía, era todo un monumento. Céntrate, Byanna.

—¿Qué coño pasa? —escuchó que alguien decía.

—Entra, mi ayudante tiene un problema.

Entonces apareció un tío guapísimo con traje gris. En realidad, era muy parecido a su primo pues también tenía el cabello moreno, pero sus ojos eran negros. Leche, estaban como para parar el tráfico. Cuando Anthony la miró, se levantó de golpe y dijo —Gracias por venir. —Estiró la mano. —Soy Byanna.

Él muy serio le dio la mano. —Ya tiene que ser urgente para que mi primo me haya llamado.

—Mucho. —Se mordió el labio inferior.

Anthony se quitó la chaqueta y la tiró a un lado antes de tirar del nudo de la corbata. —Tío, ¿tienes cerveza? La necesito.

Se sentó y miró hacia ella. —Bien, cuéntame.

—Mi hermana... —Se sentó. —Es que ni sé cómo empezar.

—Por el principio, siempre por el principio.

Asintió. —Mi hermana se casó hace cinco años con un capullo que se cree un genio de la cirugía. El matrimonio nunca fue bien, de hecho, me di cuenta en la boda que el muy mamón tenía un lío con una prima suya que fue dama de honor.

—Joder, qué joyita —dijo tirando de su corbata hasta quitársela. Cogió la cerveza que le ofreció su primo. —Continúa.

—Hace un año un repartidor violó a mi hermana en su casa. —Angustiada se apretó las manos. —Ella no denunció nada. Se duchó a toda prisa y no se lo contó a su marido, que por cierto se la pegaba con otra en esa época. —Anthony asintió. —Cassie siguió intentando olvidar ese suceso, pero no dejaba que su marido la tocara y se responsabiliza por el fracaso del matrimonio. Él hace ocho meses se divorció y a pesar de tener un hijo en común la echó de casa. Se quedó con todo y ella con el niño se tuvieron que ir a vivir conmigo, porque con lo que ese cerdo le pasaba no le daba ni para un apartamento. Ayer... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ayer me enteré de que Mike la había llamado. Ambas pensábamos que quería volver porque llevaba tiempo insistiendo en que se vieran. Intenté hacerle ver que es un cabrón y fue cuando ella me dijo que le echaba de menos, se echó a llorar y me contó lo ocurrido con su violación. Le dije que tenía que pedir ayuda e insistí en que se lo contara si querían arreglarlo. —Una lágrima se deslizó por su mejilla. —No debí insistir, hasta la amenacé con contárselo yo porque Mike debía saberlo si iba a volver con él. Era evidente que debía ir a terapia para intentar superar lo que le había ocurrido y no debía ocultárselo a su marido. Perdió los nervios y me pegó. La empujé para quitármela de encima y se quemó la mano. Acabó en el hospital. —Miró de reojo a su jefe que la observaba con los brazos cruzados, fue cuando se dio cuenta de que llevaba puesta una camiseta negra. Centrándose volvió la vista hacia Anthony. —Ahora viene lo mejor.

—Estoy impaciente por oírlo.

—Ayer por la noche llamé a Mike para contarle que estaba ingresada. Mi hermana en el hospital tuvo que ser sedada y él me preguntó qué había ocurrido, así que se lo dije.

Anthony apretó los labios y Byanna sollozó porque seguro que pensaba que era idiota. —Me dijo que si me podía quedar con el niño y le dije que sí. Él dijo que se encargaría de mi hermana. Jamás imaginé...

—Que os la jugaría.

—Y de qué modo —dijo con rabia. —Esta mañana la madre de Mike se presentó para encargarse del niño. Yo fui a trabajar esperando un mensaje o una llamada de Mike, pero en todo el día solo me envió un mensaje diciendo que esperaban que pasara el médico, así que después de las cinco le llamé yo. ¡El muy cerdo estaba cabreado conmigo porque la había presionado, pero después me entero de que si quería quedar con ella con tanta llamada, era para comunicarle que se iba a casar con otra y que pensaba solicitar la custodia del niño! ¡Hoy no ha ido a verla en todo el día! El muy cobarde prefería que se lo dijera yo, es evidente. Y cuando le digo lo del niño a mi hermana, muy nerviosa ha querido irse. ¡Entonces llega el médico y nos dice que la van a ingresar en un centro en New Jersey! ¡Al parecer Cassie cuando aún estaban casados firmó un documento a su marido para que tomara este tipo de decisiones si ella enfermaba y ese cerdo a pesar del divorcio lo ha usado para meterla en una clínica! —Le rogó con la mirada. —Por favor, dime que se puede hacer algo.

Anthony suspiró antes de beber de su cerveza. Entrecerró los ojos y parecía que estaba pensando en ello. Preocupada miró a Jefford que dijo —Primo...

—Espera, estoy pensando. —Bebió otro sorbo. —¿Y dices que es cirujano?

—Sí, en el Sinaí, pero hizo las prácticas en el Presbyterian que es donde está mi hermana ingresada.

—Así que conoce al personal del hospital.

—Sí, de hecho, ayer cuando llegó a urgencias no preguntó nada, simplemente pasó y nadie le dijo nada como si aún siguiera trabajando allí.

—Bien... —Se adelantó. —¿Seguro que tu hermana me tomará como abogado? No me gusta perder el tiempo.

—Solo quiere salir de allí y recuperar a su hijo.

—Ese hombre tiene mucho poder sobre ella. En cuanto empiece mi trabajo, y te aseguro que para ayudarla seré brutal, irá a verla e intentará convencerla para que yo me retire. ¿Crees que la convencerá?

—Ahora ya no. Pude verlo en sus ojos, ya no se creerá nada de lo que le diga. La ha decepcionado muchísimo.

—¿Qué vas a hacer, Anthony?

Su primo se levantó, cogió la chaqueta y la corbata. —Lo primero que haré será amenazar al hospital y para eso hablaré con la jueza Phillipson. En cuanto sepa su historia se pondrá de su parte, odia a los aprovechados que tratan mal a sus esposas y la historia de Cassie la conmoverá. Pero no voy a parar ahí, porque debo conseguir la custodia del niño. Ahí es cuando seré brutal. Interrogaré al personal de ambos hospitales, pondré en duda su reputación, recopilaré pruebas, informes... Haré lo que haga falta para destruirle en el juicio por la custodia.

—En cuanto mi hermana salga del hospital recuperará al niño, ¿no? —preguntó preocupada.

—La jueza se encargará de eso, pero te lo advierto tu hermana debe ir a terapia de inmediato, debe seguir el tratamiento que le prescriban y debe llevar una vida intachable hasta que acabe mi trabajo. Y que viva contigo no es bueno, da la sensación de que no es estable y que necesita tu ayuda. Tendré que hacer ver que ese mamón es un tacaño sin moral que no se ocupa de su hijo. —Sacó una tarjeta de la chaqueta. —Este es mi teléfono personal, envíame los datos de tu hermana y la habitación en la que está en el hospital. Necesito esos datos.

Cogió la tarjeta a toda prisa. —Gracias por ayudarnos —dijo emocionada. —Te prometo que te pagaré y...

Anthony sonrió. —Llevo tres casos pro bono al año, así que no te preocupes.

No pudo disimular su sorpresa. —Eso es muy generoso. No puedo aceptarlo, seguro que otros lo necesitan y...

—Yo elijo a mis clientes. —Fue hasta la puerta. —Primo, ¿te llamo el viernes para cenar? Invitas tú.

Jefford sonrió. —No esperaba menos.

Anthony riendo salió de la casa y cerró la puerta. Byanna miró a su jefe y dijo —Gracias, gracias por tu ayuda.

—No he hecho nada—dijo sin darle importancia. —Envíale la información mientras voy a por las llaves del coche, te llevaré a casa.

—Oh, no, puedo ir en taxi.

—Es muy tarde, te llevaré a casa. —Entró en el pasillo y Byanna se mordió el labio inferior, se sentía fatal por molestarles tanto. Era evidente que eran buenos tipos y se dijo que haría lo que fuera para compensarles. Lo que fuera. Envío al teléfono de la tarjeta todo lo que Anthony había pedido. Recordó que tenía una fotocopia de la licencia de conducir de su hermana y los datos de su número de la seguridad social porque ella se había encargado de los trámites de la guardería del niño. Se dijo que también necesitaría el acuerdo de divorcio y mentalmente pensó en todo lo que podía enviarle que pudiera ayudarle en su trabajo.

—¿Nos vamos?

Levantó la vista del teléfono, Jefford ya estaba allí con las llaves en la mano. —Sí, gracias. —Cogió su bolso y le siguió. Entonces se dio cuenta de que se había puesto unas deportivas.

Sonrió sin poder evitarlo y él se volvió para cerrar la puerta. —¿Por qué sonríes?

—Tengo el mismo modelo de zapatillas.

Pareció sorprendido. —¿Corres?

—Pues sí, bastante. Todas las mañanas, excepto si ocurre algo como hoy, claro.

—¿Incluso en invierno?

—Incluso nevando.

Él hizo una mueca pulsando el botón del ascensor.
—¿Entrenas para una maratón?

—No, he participado en cinco por el reto de poder hacerlo, pero ahora solo entreno por placer. Me recarga las pilas para todo el día.

—Odio las aglomeraciones de los maratones.

—Sí —dijo ella asombrada porque la entendiera. —Por eso lo dejé yo. En mi última maratón me dieron un codazo en toda la boca, creí que me habían roto un diente.

Jefford sonrió entrando en el ascensor. —¿La acabaste?

—Por supuesto.

—¿Cuál fue tu mejor puesto?

—Setenta y cinco.

Él silbó. —Impresionante, con todos los profesionales que hay.

Se sonrojó de gusto. —¿Y tú?

—Ciento veintitrés.

—No está mal. ¿Cuántas has hecho?

—Una, y me dije que no la repetiría jamás.

—Bueno, yo en la primera acabé la doscientas setenta y seis.
—Salieron a un garaje y se dio cuenta de que solo había dos coches.
—¿Aquí solo aparcas tú?

—El edificio es mío, así que el garaje es de mi uso exclusivo.

—Oh... —Leche, estaba forrado. Se acercaron a un jeep negro y él estiró el brazo haciendo que se encendieran las luces. —Es precioso.

—¿No te gusta más el Lamborghini?

—No, me gusta más este. No me va la velocidad y en este caben muchas más cosas. —Rio. —Y personas.

Jefford le abrió la puerta sorprendiéndola porque los hombres cada vez eran menos caballerosos y se sentó a toda prisa para no hacerle perder el tiempo. —Gracias.

Asintió cerrando la puerta y rodeó el jeep por delante. Se sentó tras el volante y llegó hasta ella el olor de su colonia. —¿Dónde vives?

—En el doscientos treinta y tres de la cincuenta y nueve este. —Se sonrojó. —No está muy lejos, podría hasta ir andando.

—A estas horas ni hablar. —Él encendió el motor del coche y giró el volante.

—No sé cómo darte las gracias. —Subieron una rampa y al llegar arriba la puerta ya estaba abierta. —Sé que he sido inoportuna y te...

—Byanna.

—¿Sí?

—Deja de dar las gracias.

Se sonrojó porque tampoco quería ser pesada. —Te aseguro que seré la mejor ayudante que has tenido jamás.

—Nunca he tenido ayudante.

—Oh, ¿y qué tenías?

—Secretaria e informáticos, que me morían por ganarse mi favor.

A ver si pensaba que ella sobraba. —Tú no tendrás que ocuparte de nada en el departamento, excepto de hacer ese programa, claro. Yo me encargaré de la administración y los temas con los empleados para que no entorpezcan tu trabajo. Intentaré allanarte el camino todo lo posible, te lo prometo.

—Bien.

Como no había casi tráfico no tardaron en entrar en su calle. Se detuvo delante del pequeño edificio de ladrillo rojo y él miró hacia

allí. —¿Vivís encima de una lavandería?

—Sí, el dueño nos deja hacer la colada gratis, ¿no es genial?
—dijo encantada.

—Pero tiene que ser muy ruidoso con las máquinas funcionando día y noche.

—Esto es Manhattan, es ruidoso en general, yo ya ni me doy cuenta. —Abrió la puerta. —Gracias por traerme. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Salió del coche y cruzó la calle. Empujó las puertas de la lavandería para entrar. Pasó por encima de Cliff, que esa noche había decidido dormir ante la puerta. Después de pasar entre las máquinas cogió su llave y abrió la puerta. Subió las escaleras después de asegurarse de que estuviera bien cerrada y cuando llegó arriba fue hasta la puerta de la izquierda. Cuando entró en casa cerró con las tres cadenas. Al volverse vio los juguetes de su sobrino sobre el sofá y apretó los labios. Necesitaba enviarle la documentación a Anthony.

Capítulo 4

Cuando Jefford llegó al día siguiente, ella ya estaba tras su mesa revisando el plano que había hecho de las nuevas mesas. —A mi despacho, ya —dijo entre dientes.

Sorprendida se levantó. —¿Ha ocurrido algo?

Él no contestó entrando en el despacho y dejando la puerta abierta. Mierda, estaba cabreado. Fue hasta allí a toda prisa con un block en la mano y cerró la puerta. —¿Qué pasa? ¿Algún problema con el programa?

—Me ha llamado mi primo —dijo furioso. —¿Has dormido algo?

—¿Qué?

—Que si has dormido algo. Porque Anthony me ha dicho que te has pasado toda la noche enviándole documentación. ¡Tu último mail fue a las cinco y media de la mañana! ¡De hecho, me ha dicho que podrías ser su pasante, porque ya le has montado el caso!

Sonrió encantada. —¿De veras? Cuánto me alegro.

—¿Has salido a correr?

—Claro.

—¡Y ahora estás trabajando!

—Y he hecho un plano con la nueva disposición de las mesas que me gustaría que vieras. Oye, ¿Anthony te ha dicho algo sobre si mi hermana sale hoy del hospital? No he querido llamarle para no molestar.

—Llevas dos putos días sin dormir, porque estoy seguro de que la noche que ingresaron a Cassie no pegaste ojo.

—Pues no.

—¿Te das cuenta de que esto no puede continuar?

—Estoy bien —dijo bastante sorprendida porque se preocupara tanto. Qué buen jefe tenía. No entendía por qué su carácter tenía tan mala fama. —En cuanto vuelva mi hermana y el niño...

—Cassie no saldrá hoy.

Perdió todo el color de la cara. —¿Por qué?

—Tranquila, es que Anthony no pudo encontrar a la jueza, no llegará hasta el lunes.

—Quedan cinco días para el lunes. ¡Se la llevarán!

—No, Anthony ha conseguido que no se les ocurra sacarla del hospital. Mi primo ha amenazado con ir a los medios y con interponer una demanda si no paralizaban su traslado. Y han terminado aceptando hasta que la jueza no dictamine si ese poder que le dio tu hermana a su marido es válido.

Suspiró del alivio. —Menos mal.

—¡Así que tómate las cosas con calma, joder!

Sonrió radiante. —Vale. —Emocionada le miró. —¿Te traigo el plano?

Antes de que pudiera contestar ya había salido corriendo. —Será posible —dijo él parpadeando cuando entró de nuevo loca de contenta y le puso el plano ante la cara.

—¿Qué? ¿Qué te parece? Así el espacio se aprovechará mejor, ¿no crees?

Él le arrebató el plano y la miró con desconfianza. —Tú tomas algo, ¿no?

—Hasta ahora un café.

—¿Ni has desayunado!

—Me he traído un donut.

—Muy sano. —Miró la hoja y gruñó antes de tendérsela. —Me parece bien.

—Genial. Puedes quedártela, puedo imprimir otra. —Él se la dio. —Oh, vale. Esto no te interesa. —Soltó una risita. —Ya te voy pillando.

—Que no me molesten con tonterías.

—Ok, pero tenemos que hablar del nuevo sistema de seguridad.

—¿Qué nuevo sistema de seguridad?

—Vamos a hacer un programa puntero, que conllevará la revolución en los nuevos vehículos. Muchas empresas matarían por ese material y siento decirte que no tenemos la seguridad necesaria para salvaguardar tu trabajo.

Él frunció el ceño sentándose en la esquina del escritorio. —Ya tengo cortafuegos.

—Sí, ya sé que tendrás la seguridad más avanzada del mundo para proteger tu trabajo ahí —dijo señalando el ordenador antes de señalar el suelo ante sus pies. —Pero aquí no hay nada.

—No me jodas. ¿No tienen contratos de confidencialidad?

—¿En serio? ¿Me estás hablando de un papelito que dice que no pueden decir nada cuando pueden hackear el pentágono? Podrían chivarse y no se enteraría nadie. Podrían sacar la información en un pen-drive oculto en un boli y nadie podría hacer nada.

—Eso pasa en todos los sitios.

—Entonces igual deberías encargarte de hacer un programa que protegiera a las empresas de este tipo de cosas. Bueno, ¿qué

hacemos?

Él suspiró yendo hacia la gran sala donde todos estaban trabajando. —Muy bien, escuchadme todos.

Los chicos se volvieron en sus sillas para darle toda su atención. —Solo lo voy a decir una vez, jamás nada de lo que se hable aquí saldrá de esta sala, nunca se sacará nada del trabajo fuera de la oficina y no comentaréis esto con nadie. Y para quien tenga la tentación de hacer algo por el estilo, tengo un satélite vigilándoos. —Le miraron con los ojos como platos. —¿Lo habéis entendido? —Varios asintieron. —Pues a trabajar.

Atónita mientras regresaba a su despacho se dio cuenta de que esos idiotas se lo habían creído. Entró en el despacho tras él y cerró la puerta. —¿En serio les has dicho eso?

—Ha colado, ¿no? Al fin y al cabo, he trabajado para la NASA. Tengo que aprovecharlo.

—Un satélite... —dijo Byanna pensando en ello. —Como en aquella película de Will Smith... —Chasqueó la lengua. —¿Dónde se consigue un satélite?

—¿Hablas en serio?

—Oye, que si lo hicieron en esa peli hace mil años, ahora con más razón saldría bien. ¿Dónde se consigue? Venga, ajustaré el presupuesto. Los de arriba puede que protesten un poco, pero soltarán la pasta. ¡Si te adoran!

—Byanna...

—Dime.

—Fuera de mi despacho.

—Vale, hablaremos de esto después. ¿Un café? Te traeré uno. Y te pondré el donut, el azúcar te vendrá bien para que se espabilen las neuronas. —Loca de contenta salió del despacho y él pasmado juró por lo bajo antes de que escuchara decir bien alto —¡Betty Anne aquí se viene a trabajar, liga en tus ratos libres!

Anthony apretó los labios antes de beber de su whisky.

—Va por la oficina como si fuera un sargento intimidando a mis chicos, ha cambiado mil cosas en dos días y lo hace todo —dijo asombrado. —Y cuando digo todo me quedo corto, solo le falta limpiarme los mocos.

Su primo se echó a reír. —Exageras.

—Te juro que no. Entra en mi despacho a hurtadillas y me coloca una botella de agua al lado con comida. Cada dos horas hace sonar el teléfono y me dice que es hora de tomar un descanso porque así seré más productivo. Hasta ha hecho que me trajeran esta mañana una cinta para correr porque dice que me paso mucho tiempo sentado. He avanzado más en dos días de lo que en la NASA avancé en un mes. No recibo llamadas, ni mails, ni repartidores, ni cartas... Es el rottweiler de las ayudantes, te lo aseguro. —Bebió de su cerveza. —Parece que se ha chutado algo y que tiene la energía de veinte personas.

—Está nerviosa por lo de su hermana, se siente responsable.

—¿Y cómo va eso?

—Hoy he ido a verla al hospital. —Apretó los labios. —Ese cabrón... Joder, tenías que verla, es dulce, inocente... —Se bebió el whisky de golpe. —Entre esos dos hijos de puta la han destrozado. Estaba rota.

—Debe ser duro pasar por algo así.

—He estado investigando. Pillaron a ese tío. Se llama Andrew Stewart.

Sorprendido separó los labios. —No me jodas.

—Mismo modus operandi. Le pillaron en casa de una de sus víctimas. El padre de la chica llegó en ese momento y le dio una paliza que casi le mata. Le condenaron hace unos meses a siete años de cárcel.

—¿Se lo has dicho a Cassie?

—No me he atrevido. Además, tampoco estoy convencido al cien por cien.

—Sí que lo estás.

—Si tuviera que apostar no dudaría, pero solo una identificación de Cassie sería definitiva. Podría certificar por la empresa de paquetería que tuvo un pedido allí ese día, solo necesito una orden del juez para que me den los archivos. Colaborarían, su imagen está en juego, tenían a un violador trabajando para ellos.

—Se pasó la mano por la nuca como si estuviera agotado.

—Tío, necesitas descansar.

—Estos tres últimos días no he dormido mucho.

—Anthony, ¿qué pasa?

—No sé. Este caso me ha tocado la fibra o puede que necesite unas vacaciones.

—El lunes le darán el alta y recuperará a su hijo.

—Más vale que sea así —dijo muy serio. —Porque sino ese cabrón de Mike ya puede prepararse para la que se le caerá encima.

Sonrió malicioso. —¿Qué piensas hacer con él, primo?

—¿Con su marido? —Sonrió. —Está en el paro, aunque no lo sabe. Cuando acabe con él tendrá que irse de la ciudad sin un dólar en el bolsillo. Dudo que pueda pagar la boda.

Su nuevo teléfono no dejaba de sonar y Byanna empapada salió del baño rodeando su cuerpo con una toalla para ver quién era. Al leer en la pantalla que era su cuñado colgó y tiró el teléfono sobre la cama. El teléfono volvió a sonar, pero lo ignoró para ir hasta el lavabo y coger el cepillo. Ese mamón iba a amargarle el día libre. Regresó a la habitación y deslizó el botón verde. —¡Qué quieres, imbécil!

Alguien gruñó al otro lado y Byanna frunció el ceño. —¿Estás ahí? —Miró la pantalla y al leer Jefford casi le da algo. Gimió antes de acercar el teléfono al oído y dijo con voz suave —¿Diga?

—¿Has ido a ver a tu hermana?

—Voy a ir ahora, ¿por qué?

—Esta tarde tenemos trabajo, así que vete cuanto antes porque luego estarás ocupada.

—Pero...

—A las seis en mi casa —dijo antes de colgar.

Asombrada miró el teléfono. —¡Esto te pasa por contestar en tu día libre! ¡Por contestar sin mirar! —Fue hasta el armario. —Aunque para qué negarlo si hubieras sabido que era él, hubieras contestado igual. —Miró su vestuario. —No puedes ponerte un vestido de los que usas para la oficina, pero ir en vaqueros tampoco es apropiado. Qué tontería, si tiene tías de sobra, le va a dar igual lo que te pongas. Pero por intentar parecerle un poquito más atractiva no pasa nada. Solo por catarlo un poquito... Dios, en la cama debe ser la leche. —Sus ojos brillaron y estiró la mano para sacar un ligero vestido verde. Sería informal con unas sandalias bajas. Sí, era perfecto.

Llegó al piso casi corriendo porque llegaba tarde. Hablando con su hermana había perdido la noción del tiempo y cuando miró el reloj ya eran las seis menos veinte. Pasó ante el portero guiñándole un ojo y corrió al ascensor. —Viene un pedido de comida, ¿te encargas, Roy? Gracias.

Subió al último piso y cuando llegó a la puerta respiró hondo antes de pulsar el timbre.

Esperó unos segundos y se pasó la mano por su cola colocando su cabello sobre el hombro. Pasaron unos segundos más

y no abría. Volvió a llamar a la puerta. Qué raro. —¿Jefford? —Volví a llamar. A ver si le había pasado algo. Golpeó la puerta con el puño. —¡Jefford!

La puerta se abrió de golpe y ella se quedó con el puño en alto mientras él gritaba —¿Por qué tanto escándalo?

Suspiró del alivio. —Creí que te había pasado algo. —Sonrió radiante. —Menos mal que no es así. —Pasó ante él. Dios, estaba guapísimo en pantalones cortos y camiseta. —Ya estoy aquí.

—Pasa al despacho.

Fue hasta allí y esperó junto a la mesa. Las pantallas estaban encendidas, así que estaba trabajando. —Está bien que te tomes días libres, ¿sabes?

—¿Lo dice la obsesa del trabajo?

—¡Eh, solo soy eficiente! ¿Qué pasa? Yo de informática lo justito, no soy como tú.

—Te necesito para otra cosa. —Abrió un cajón que había bajo los estantes y sacó dos carpetas gordísimas llenas de papeles. —Necesito que restructures esto y lo mecanografíes.

—¿Qué es?

—Son capítulos que he ido escribiendo de mi nuevo libro. Te pagaré las horas extras, pero tendrás que hacerlo desde ese ordenador. —Le mostró un portátil que había sobre la mesa de cristal. —Podrás llevártelo a casa, pero sería mejor que trabajaras cerca de mí por si tienes que preguntar algo.

Levantó la tapa de la primera carpeta para ver que estaba escrito a mano y con una letra horrible. Le miró sorprendida. —¿Y esto?

Él gruñó. —No sé qué me pasa, pero a la hora de escribir textos tengo que hacerlo a mano para concentrarme. Puedo estar programando horas y a la hora de crear un párrafo coherente tengo que escribirlo a mano.

—¿Esto no debería hacerlo tu editorial?

—Yo escribo y luego lo propongo, no me gusta tener al editor encima para cumplir plazos.

—Entiendo. ¿Y con los demás libros cómo lo hiciste si no me tenías a mí?

—Pues tuve que hacerlo yo, pero ya he retrasado su publicación casi seis meses. Sabes que tengo mucho trabajo y ya que te tengo a ti...

Sonrió. —¿Cuánto?

—Al fin llegamos al meollo del asunto. —Se cruzó de brazos mirándola fijamente. —Cinco mil.

—Siete.

—Seis y vas que chutas.

Jadeó indignada. —Oye, que esto es mucho trabajo.

—Byanna no me des la plasta. —Fue hasta su sillón y se sentó. —Puedes trabajar en el salón. La mesa es grande.

Seis mil dólares le vendrían de perlas. Agarró las dos carpetas, el portátil, cogió unos bolis y salió del despacho. —Espero que tengas café.

—Hazte el que quieras —dijo ya distraído.

Ella salió dejando la puerta abierta y fue hasta la enorme mesa de cristal para colocarlo todo. Se sentó y abrió la carpeta, pero allí no estaba el título. Y en la otra tampoco estaba, pero sí que había una frase subrayada que le llamó la atención. Ventajas y peligros de la Inteligencia Artificial. Frunció el ceño y empezó a leer. Se quitó los zapatos concentrada en la lectura y no era para menos porque parecía que aquel texto lo había escrito un médico, lo que demostraba que su mente iba más rápido que su mano y escribía muy deprisa. En ese capítulo hablaba de lo beneficiosos que serían esos avances para determinados campos como para la medicina en todas sus especialidades dando como ejemplo la investigación. Las posibilidades eran infinitas. Pero también advertía que los humanos no estaban preparados para tener en sus manos tanto poder y que al final alguien la fastidiaría, dejando salir al sistema interconectado

de internet esa herramienta tan poderosa que se retroalimentaba de la información, por lo que la IA llegaría a tener tanto conocimiento y poder, que sería imposible detenerla. Alguien que conoce como programarse a sí mismo, sería imposible de detener y las consecuencias serían terribles. No solo a nivel bélico, sino a nivel económico, pues la única manera de pararle era volver a la Edad Media mediante la desconexión de todo sistema eléctrico. Sin aliento miró hacia la puerta del despacho de Jefford y se levantó para ir hacia allí. Se detuvo ante él y Jefford la miró de reojo. —¿Qué ocurre?

—¿Este libro es una advertencia?

—Sí.

—¿Crees que va a pasar?

—Estoy convencido, sí. Y no creas que va a pasar mucho tiempo para eso. Hay mucho descerebrado trabajando con la IA. Muchos no saben lo que hacen siquiera. Pasará.

—Dios mío...

—Ten dinero en casa y vete preparándote. La sociedad va a cambiar y retrocederemos a la Edad Media. —La miró a los ojos. —Sabes muy bien, porque vives aquí, lo que ocurre con los apagones. No habrá gasolineras, cajeros, las tiendas serán saqueadas. No habrá ingresos ni gastos, los bancos se fundirán en negro, adiós a tu dinero. Las fuerzas de seguridad no darán abasto y al final se retirarán para salvar a sus familias. Cada uno tendrá que defenderse por sí mismo.

—Eso es algo horrible. Si publicas este libro cundirá el pánico.

—Los del gobierno no nos están haciendo caso. Y no hablo solo de mí, hablo de cientos de programadores en todo el mundo. Debemos exponer el problema a la opinión pública para que haya más control en la red. Porque ellos son muy conscientes de lo que puede ocurrir. —Sonrió con ironía. —¿Por qué crees que todos los gobiernos se están rearmando? ¿Por qué crees que sus reservas de oro están creciendo? Acumulan grano, acumulan alimentos. Nuestro gobierno apuesta por la ganadería y la agricultura después de años

de ignorar a esos sectores. Millones de personas se quedarán sin trabajo de la noche a la mañana y deberemos volver al antiguo Oeste para sobrevivir.

—¿Tú estás preparado?

Él sonrió. —Hace cuatro años compré una casa en el Valle Central de California donde los pastos son los más productivos del mundo. Un hombre me cuida la finca y los animales. Tiene un búnker y reservas de comida para cinco años. Todo se alimenta de energía solar, incluso los coches.

Separó los labios de la impresión. —¿Cuánto nos queda?

—No puedo darte una fecha exacta, pero al paso que se desarrolla la IA calculo que como mucho y siendo generoso cinco años.

Dio un paso hacia él. —Dime que estás haciendo algo para evitar esto.

—¿En qué crees que estoy trabajando en mis ratos libres? Llevo en esto desde que me di cuenta de que los gobiernos no iban a hacer nada. En las redes sociales se hablan de teorías conspiranoicas y mil cosas más, ¿pero has visto que alguien haga algo para impedir esto? No, porque los gobiernos y la ley siempre van por detrás de los problemas, actúan cuando hay que tapar la herida, no antes. Nosotros no nos enteraremos de lo que ocurre hasta que apaguen el sistema. Y ese es el problema, que mi programa no se podría usar a no ser que se diera la luz de nuevo y los gobiernos no lo permitirán. En este momento estoy intentando solucionar eso.

—¿Está terminado ese programa?

—Casi. Ahora solo lo estoy reforzando.

—Entiendo.

Él suspiró. —No quiero asustar a nadie, ¿sabes? Solo quiero que estén preparados. Que estén advertidos puede salvar muchas vidas. En ese libro advierto sobre las posibles brechas y si hacen algo mejor que mejor.

—¿Has hablado con alguien del gobierno sobre esto?

—¿Por qué crees que acepté ese trabajo en la NASA? Pero solo les interesaba el maldito satélite para espiar a los vecinos. Presenté un dossier con los problemas que podrían ocurrir y un mes después me enteré por boca de un asesor del gobierno que no podían hacer nada. ¿Cómo iban a poner freno a la IA con lo beneficiosa que puede ser económicamente para las empresas americanas? Estamos hablando de la era de la automatización. Los gobiernos se mueven por intereses económicos. Además, da igual que solo un gobierno se ponga de mi parte. Si no colaboramos todos en esto, dará igual. ¿Quién te dice que un tío desde un ordenador en Bangladesh no puede liarla hasta dejarnos a todos sin luz? Es imparable.

Asintió saliendo del despacho. Volvió a sentarse ante aquellos papeles y fue consciente de lo importante que era aquel trabajo. Y si podía aportar su granito de arena para que solo una sola persona estuviera advertida, iba a hacer lo que fuera.

Capítulo 5

Concentrada y sin dejar de leer el folio fue hasta la puerta para abrir. El portero tenía la bolsa en la mano y se la tendió. —Gracias majo, ¿has cenado?

La miró sorprendido. —He traído la cena.

Sonrió. —Pues buen provecho.

Él sonrió débilmente antes de irse. Byanna cerró la puerta con el pie y fue hasta la mesa. —La cena.

Dejó la bolsa sobre la mesa y siguió leyendo fascinada por el tema. Sintió a Jefford tras ella. —¿Qué opinas?

Ella hizo una mueca dejando la hoja sobre el montón. —Sí que hay que reestructurarlo, pero el tema es la leche. Lo has planteado de una manera muy atractiva, sin ser demasiado alarmista, pero dejando las cosas claras. Dará que hablar.

—Eso espero. —Abrió la bolsa y sacó dos tapers grandes. —¿Qué es? Huele de maravilla.

—Raviolis y escalopines con salsa de queso. Lo he encargado al lado de mi casa.

—Joder, estoy muerto de hambre.

Ella le arrebató el taper cuando lo iba a abrir. —Vamos a comer como personas civilizadas por mucho que todo lo que nos

rodea se acabe, ¿me has entendido?

Jefford gruñó y pasó ante él con la comida en la mano.
—Puede que sea una obsesa del trabajo como tú, pero tengo límites.

—Eso no te lo crees ni tú. No has dormido en días en condiciones reestructurando el departamento.

—Pero que no haya dormido no tiene que ver con el trabajo. Si he trabajado es porque así pensaba en otra cosa.

—¿Qué tal tu hermana?

Hizo una mueca dejando la comida sobre la encimera y él abrió un armario para sacar unos platos. —Mal, ¿eh?

—Está algo mejor, pero lo que le ha ocurrido ha sido un golpe muy duro. Otro más, y esta vez ha sido por mi culpa.

—Tarde o temprano tenía que contarlo.

—Pero si yo hubiera reaccionado de otra forma... —Él se mantuvo callado sacando unas fuentes. —Sí, la cagué bastante.

—No, tú solo querías ayudarla.

—Eso no me excusa, no debería haberla presionado. No hubiera pasado todo esto y no hubiera perdido a su hijo. —Apretó los labios intentando que no se le salieran las lágrimas.

—Anthony lo arreglará.

—Eso espero.

—No, te estoy diciendo que mi primo lo arreglará. Se lo ha tomado de manera personal. Tu cuñado no tendrá donde esconderse.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿De veras?

—Te lo aseguro. —Ella abrió la boca. —Como vuelvas a darme las gracias, te despido.

Cerró la boca en el acto y reprimió la risa echando el contenido de la comida en las fuentes mientras él ponía la mesa.

—¿Cerveza?

—Sí. —Cogió las fuentes y las llevó a la mesa. Cuando él regresó lo hizo con las servilletas y las cervezas. Se sentaron a la

mesa y ella cogió su plato para servirle los raviolis. —Te van a encantar. —Le miró de reojo y Jefford hizo un gesto con la mano para que no le sirviera más. Le puso el plato delante mientras él se servía la cerveza en el vaso. —¿Anthony está casado?

Él levantó una ceja y se sonrojó sin poder evitarlo. —No es para mí.

Dejó la botella sobre la mesa mientras ella se servía. —No sé si tu hermana está preparada para él. Es...

—Dime —dijo interesada.

—No suele tomarse a las mujeres en serio.

—Entiendo. No sería lo mejor para mi hermana y menos como se encuentra en este momento.

—Yo no lo habría dicho mejor. ¿Te ha hablado de él?

—La dejó impresionada con su seguridad en sí mismo. Mike también es así —dijo preocupada.

—Te aseguro que Anthony no se parece en nada a ese cabrón. Jamás le hubiera hecho algo así y te aseguro que se hubiera enterado de lo de ese repartidor el mismo día en que ocurrió, porque si algo no le cuadra no para hasta descubrir qué es. Mi primo es de ir de frente, no le gustan las dobleces.

—Temo que en el estado en que está Cassie se vuelque demasiado y ponga sus ilusiones en él. ¿Crees que tendrá tacto con ella a la hora de rechazarla?

—Tranquila, tiene mucha mano izquierda cuando quiere. Es abogado, tiene labia para todo.

Byanna masticó los deliciosos raviolis.

—¿Y tú? —Ella le miró sin entender. —¿Tienes novio?

Se sonrojó porque no se esperaba la pregunta. —Hace unos meses que no salgo con nadie.

—¿Has estado casada?

—No. ¿Y tú?

—Una vez.

Le miró sorprendida y él sonrió. —No me soportó mucho tiempo. Decía que no la comprendía, que no la atendía y que aunque le gustaba todo el dinero que ganaba, llegó un momento en el que ni eso la motivaba a seguir siendo mi mujer, porque se aburría de comprar bolsos para llenar su vida.

—Leche, ¿te dijo eso?

—Y mil cosas más que mejor me ahorro. Pidió el divorcio y se llevó una buena cantidad de dinero. Eso sí que la motivó.

—Me alucina lo cruel que puede llegar a ser la gente.

—Eso me demuestra lo inocente que eres. —Sonrió irónico antes de beber de su cerveza. —¡Vives en una lavandería!

—Vivo en el piso de arriba.

—Por Dios, tiene que ser inseguro. Abre las veinticuatro horas.

—Bah, ya me he hecho amiga de dos indigentes que duermen allí. No dejarían que me pasara nada.

—Les pagas, ¿no?

—¡No les pago! —Se sonrojó. —Vale, les doy algún dólar de vez en cuando para comida.

—Joder...

—¡Es barato y es un lujo en esta parte de la ciudad! Además, el piso es grande, tiene tres dormitorios.

Se la quedó mirando. —Hay un piso libre en este edificio. Tiene tres habitaciones, es moderno y amplio. Puedes mudarte cuando quieras.

No se lo podía creer. —¿Por qué?

—¡Porque no quiero que viváis encima de una lavandería donde puede pasaros cualquier cosa, joder! ¿Sabes cuánta gente debe saber que vivís ahí?

Se mordió el labio inferior. —¿Cuánto cuesta el piso de aquí?

Él suspiró. —Haremos una cosa, ¿de acuerdo? Tú haces los trabajos extras que necesito y te dejaré el piso por lo que pagas

encima de ese antro.

—Pago mil quinientos al mes.

—Pues perfecto.

—Te pagaré dos mil.

—Byanna, déjalo ya. Pídele las llaves a Roy, las tiene él.

Se moría por verlo. Lo visitaría en cuanto se fuera. —Gracias, a Cassie le encantará. Aunque Anthony nos dijo que tenía que vivir sola... Pero esto es un piso de lujo, ¿crees que le importará a la jueza? Lo hablaré con Anthony. —Sus ojos brillaron. —Podría decir que lo ha alquilado ella. —Vio que se acababa los raviolis y sin decir nada se servía los escalopines. —¿Qué te gusta hacer en tus ratos libres sin ordenador?

—¿Por qué?

Se sonrojó. —Por hablar de algo que no sean problemas informáticos y el tema de mi hermana.

Él carraspeó como si estuviera incómodo. —Hago ejercicio. Esto está buenísimo.

—Me alegro de que te guste. —Le miró fijamente. —¿Qué me ocultas?

—Nada.

—Venga, ¿qué es? —preguntó divertida. —Eh, puedes contármelo, ¿sabes? De hecho, estoy deseando saberlo para confirmar que eres de carne y hueso. Venga, empezaré yo. Tengo un hobby que me hace olvidarme de todo.

—Sí, ¿cuál?

—Hago maquetas de habitaciones o de pequeños negocios como heladerías o cosas así. De esas que vienen en kits y tienes que montar desde cero y ponerles hasta el papel pintado, ¿sabes?

Parpadeó. —¿Es coña?

Soltó una risita. —No, de verdad, me encantan. Los fines de semana se me pasan las horas haciéndolas y me relajan mucho. Me

muerdo por hacer una gran casa de muñecas, pero esos kits son carísimos.

Él se levantó y cogió su mano. Sorprendida le siguió sin dudar y atravesaron el salón. —Jefford, ¿a dónde vamos?

Entraron en un pasillo y él le guiñó un ojo antes de abrir la puerta. Asombrada vio una gran maqueta de Nueva York. Jadeó entrando en la enorme habitación fascinada por lo bien que estaba hecha. —¿Lo has hecho tú? Dios mío, el Empire State...

Él se acercó y pulsó un botón bajo la mesa haciendo que se encendieran las luces de la ciudad. —Me encanta —dijo ella excitadísima. —Tienes que enseñarme a poner la luz. He visto tutoriales, pero tengo miedo de meter la pata y fastidiar todo el trabajo.

—Es muy fácil.

—Es increíble. —Fascinada la rodeó. —Te ha debido llevar años.

—Dos años.

—¿Solo?

—Tengo maquinaria.

Ella se volvió para ver otras maquetas más pequeñas expuestas en estanterías y una gran mesa de trabajo donde estaban las herramientas. —Esto es una pasada —dijo acercándose a una casa de madera pintada de amarillo pálido con ventanas blancas. Parecía una casa muy antigua. Incluso tenía caballos tras una valla blanca. —Esta es hermosa.

—Es la casa de California.

—Es preciosa.

Él se acercó y señaló la puerta doble de madera que estaba en el prado. —Este es el búnker. —Abrió las dos puertas para mostrar las escaleras que bajaban.

Ella rio y cuando encendió la luz aplaudió. —Fantástico. Parecen muy profesionales. ¿Hace cuánto que las haces?

—Hace muchos años ya, era un niño cuando mi abuelo me regaló un barco pirata en un kit como los que usas tú. Pero como has dicho, para hacer algo grande son muy caros, así que aprendí a hacerlo todo yo.

—Son preciosas, Jefford. Realmente preciosas.

—Gracias.

—¿Están aquí todas tus maquetas?

—No, están casi todas en California. En un desván.

—¿Vas mucho por allí?

—Cada vez que puedo.

—Debe ser genial. —Admiró la maqueta. —¿Montas a caballo?

—Sí, ¿y tú?

—No —dijo con pena. —Nunca he tenido la oportunidad de montar.

—Quizás algún día.

—Sí.

Regresaron a la cocina hablando de las maquetas y terminaron de cenar. Él sacó un envase de helado de chocolate y ella sonrió. —Mi favorito.

—Esto empieza a parecer muy raro.

Ella sonrió, pero también le había pasado ese pensamiento por la cabeza porque eran muy parecidos. A los dos les gustaban las mismas cosas, los dos se entregaban a su trabajo, salían a correr por las mañanas, tenían el mismo hobby... Pero sobre todo la volvía loca todo en él y eso la preocupó, la preocupó muchísimo.

—¿Así que está en tu casa? —preguntó Anthony antes de meterse el pedazo de solomillo en la boca.

—Sí, por eso te he llamado. —Entrecerró los ojos. —Aquí está pasando algo que me mosquea un poco —dijo sin ser capaz de probar bocado. Apartó el plato.

—¿El qué?

—Joder, no lo sé.

—Tío, tienes una mujer en tu casa que es estupenda en su trabajo, que le gusta hacer lo mismo que te gusta a ti y que entiende que te pases horas ante el ordenador, no sé qué tiene de malo. Tíratela y si es buena en la cama, cástate con ella antes de que se te escape.

—Muy gracioso —dijo entre dientes.

—Oh, es verdad que dijiste que no te casarías nunca más en la vida. Te voy a dar la clave, acuerdo prematrimonial.

—A Byanna no le importa el dinero. —Apretó los labios. —Además, ella no me mira así.

—¿Así cómo?

—Como pareja. Habla conmigo como si fuéramos amigos.

—¿No se te ha insinuado todavía? Tío estás perdiendo tu sex appeal.

—Hoy estás muy gracioso.

—Es que estoy muy contento.

Jefford entrecerró los ojos. —¿Qué has hecho?

—Ese idiota de Mike ha intentado entrar en el hospital quebrantando la orden de alejamiento. —Hizo una mueca. —Aunque no ha servido de mucho, ese capullo ya está suelto porque Robert ha conseguido sacarle, pero esto nos da una baza enorme a la hora de pedir la custodia.

—¿Orden de alejamiento?

—Que no pudiera hablar con la jueza Phillipson no significa que no pudiera hablar con el juez de guardia. Fui a verle de inmediato en cuanto me enteré de que la jueza no estaba. Hablé con

él para exponerle los hechos. Hasta me dio una orden de alejamiento en espera de la investigación.

—¿Investigación?

—Estamos hablando de un delito penal, le van a acusar de abusos psicológicos continuados. Esto ya no es solo una demanda civil por la custodia de un niño.

—No me jodas, Anthony. ¡Saldrá a la luz la violación de Cassie y no está preparada para eso!

Anthony apretó los labios y a Jefford le pareció raro que se mantuviera callado. —¿Qué pasa?

—El agresor de esas mujeres fue atendido en el hospital por el marido de Cassie.

Separó los labios de la impresión. —Una casualidad muy sospechosa.

—Creo que ese mamón le envió allí para agredir a su mujer.

—No puedes estar seguro de eso.

—Ah, ¿no? Esto no te lo había contado porque no tengo pruebas todavía, pero una mujer atacada por un repartidor murió hace dos años por siete puñaladas. Ella no tuvo suerte de poder contarlo.

—¿Y por qué no se lo cargaron a él?

—Porque no había pruebas fisiológicas y el fiscal no quiso perder las condenas por violación por un asesinato del que había dudas. Pero eso no es todo, estoy convencido de que Andrew Stewart estuvo implicado en la muerte de más mujeres porque esa gente lleva un patrón que rara vez altera. La noche que ese cabrón ingresó en el hospital de Mike, tenía una herida en la mano. He investigado un poco, esa misma noche murió una mujer a dos calles del hospital. Habían entrado en su casa y un amigo que tengo en la policía me enseñó las fotos. Había un paquete sobre la mesa del hall. Un paquete repartido por la misma empresa donde trabajaba ese mamón.

—Crees que la mató y que al herirse fue al hospital.

—Donde le atendió Mike. Todavía no sé la razón para que le atendiera él porque es cirujano, pero sí aparece en su informe. No hay duda, le atendió él.

—¿Cómo has llegado a pensar que estaban relacionados en la agresión de Cassie?

—La violó, Cassie me dijo que cuando se puso sobre ella la cogió por los brazos con fuerza, ¿y su marido no se dio cuenta de sus morados? ¿No la vio desnuda en días? ¿No notó su nerviosismo ni su cambio de personalidad? ¡Por Dios, es médico! No quiso verlo, no quiso ver nada. Mi detective es muy eficiente en su trabajo y cuando le dije que buscara la conexión no tardó en encontrarla. Ayer por la tarde informé a la fiscalía y la policía está ya en ello. Seguramente no encontrarán nada porque la relación entre ellos será circunstancial, pero el juez no se tragará tanta coincidencia y la duda ya es suficiente para apartarle de ella y del niño a toda prisa en el caso civil de la custodia. A ningún juez le gusta ver su nombre al lado de un suceso así en las noticias y que le relacionen con una negligencia judicial.

Apretó los labios pensando en ello. —¿Crees que intentó matarla?

—He llamado a Cassie para hacerle algunas preguntas y entre ellas he metido las que realmente me interesaban. Necesitaba el divorcio, necesitaba quitársela del medio.

—¿Por qué?

—Su amante entonces y su ahora nueva prometida son la misma persona. Es la hija de Robert Foster.

—¿De qué me suena ese nombre?

—Es el dueño del Foster Hospital en Los Ángeles.

—Hostia, un millonario.

—Exacto. ¿No te parece todo muy raro? Joder, estoy seguro de que todo esto tenía un fin último que aún no he descubierto. Pero lo descubriré. No sé aún si quiso matarla, pero apostaría todo lo que tengo a que su marido tiene mucho que ver.

—La verdad es que tiene mala pinta. ¿Pero por qué no la mató? ¿Y si ordenó que la violaran con qué fin?

—¿Ponerla de los nervios? ¿Provocar una ruptura? ¿Inestabilizarla mentalmente para quedarse con el niño?

A Jefford se le cortó el aliento. —Como acaba de ocurrir.

—Exacto. Al fin ha reventado todo y ha podido llevárselo.

—Pero si la hubiera matado se lo habría quedado mucho antes.

—Creo que es más retorcido de lo que creemos. Una violación se puede ocultar, pero un asesinato no. Y tener una esposa asesinada ligada a su apellido, es algo que no se puede permitir con el suegro que va a tener. La prensa sería un grano en el culo con ese tema, nunca se lo quitaría de encima.

—Así que pensaba decirle a su mujer que no dijera nada de la violación, que no lo denunciara.

—Que se callara para no perjudicar su carrera. Que nadie del hospital debía enterarse de algo así. Pero su esposa no dijo nada porque ya sabía que su matrimonio estaba pendiente de un hilo y esto sería el fin. Cassie no es tonta, conoce muy bien a su marido.

—Joder, qué cabrón.

—De todas maneras, aunque eso no esté probado sí se pueden probar los abusos. Ayer por la tarde Cassie me entregó su móvil y pude ver los mensajes. Te juro que si en ese momento lo hubiera tenido delante le hubiera partido la cara a ese cabrón. Cuando se separaron le decía que no valía para nada y mil cosas más. No sé cómo está cuerda todavía. Ha jugado con ella lo que ha querido.

Jefford apretó los labios. —¿Cuál es el siguiente paso?

—Mañana al fin hablaré con la jueza para que revoque el poder del hospital y sacarla de allí. Haré que le devuelva al niño. A Mike le detendrán por los abusos y con eso conseguiré una condena. Entonces pediremos la custodia total del niño. No le cuentes nada de

esto a Byanna, veremos cómo se da el asunto. No adelantemos los acontecimientos, las iré informando según vayan saliendo las cosas.

—Está bien.

Cuando llegó a casa, su ayudante no estaba en la mesa del comedor donde la había dejado trabajando. Debía haber ido a ver a su hermana. Se acercó a su trabajo y vio un post-it sobre los papeles.

"Volveré a trabajar después. Le pediré a Roy que me abra si te parece bien. Si no es así, llámame. Por cierto, ¿me prestas el coche para el traslado?"

Él suspiró. —Jefford, te estás metiendo en un lío...

Capítulo 6

—¿De veras? —preguntó su hermana ilusionada. —¿Y hay sitio para el niño y para mí?

—Claro que sí —dijo excitadísima. —Es enorme y tiene una pequeña terraza donde podemos poner una mesa. ¡Y está amueblado de lujo!

—Qué amable. Pagaré mi parte del alquiler.

—No es necesario, ahora cobro más. —Se sentó a su lado. —¿Cómo estás?

—Más tranquila. Anthony es muy amable y me ha asegurado que recuperaremos al niño.

—Claro que sí. Anthony y Jefford son geniales, ¿no?

—Sí. Parece que al fin tenemos suerte.

Perdió la sonrisa poco a poco. —Cielo, no quiero que te hagas muchas ilusiones con Anthony.

—¿Crees que no conseguirá que me devuelvan al niño?

—Oh, no, no es eso. Es que creo que te atrae un poco y...

Cassie se sonrojó. —No, qué va. —Byanna se quedó en silencio. —Es que es tan amable... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Soy idiota.

—No eres idiota y odio que te castigues así. Es lógico que te sientas atraída por él. Te sientes sola y Anthony ha sido muy bueno contigo. Te está ayudando, protegiendo, pero...

—No le intereso.

—No puedo decir eso, no le conozco, pero tómatelo con calma. Creo que necesitas tiempo para aclarar tus ideas, lo que sientes.

Asintió. —Sé que tienes razón, pero es que es tan guapo que cualquiera lo pensaría.

Rio por lo bajo. —Sí que lo pensarían. Leche, se deben desmayar a su paso en los juzgados.

Cassie rio. —Pues sí, no debe haber jueza que le lleve la contraria. ¿Tu jefe es tan guapo?

—Más.

—Venga ya.

Rio. —Para mí sí.

—¿Y tú te has hecho ilusiones?

—No, claro que no.

—Hablas en serio —dijo sorprendida. —¿Por qué? Eres soltera, guapa, lista... ¿Por qué?

Se sonrojó apartando la mirada. —Es mi jefe y ahora mi casero, sería mejor no liar las cosas.

—Esto no tendrá que ver con lo de papá, ¿verdad?

—No quiero hablar de ello.

—Claro que es eso, siempre nos decía que éramos unas estúpidas que jamás llegaríamos a nada y crees que no eres bastante para él.

—Déjalo, ¿quieres?

—Estaría encantado de verme aquí, le estoy dando la razón en todo al muy mongrelo.

La miró sorprendida porque jamás había hablado mal de su padre. —Bravo, es la primera vez que te oigo hablar de él así.

—La psiquiatra ha venido a verme esta mañana y hemos hablado mucho de él. Después me ha puesto la grabación y al oír todo lo que le había dicho me di cuenta de toda la maldad que papá tenía dentro. La doctora dice que a veces los niños tendemos a repetir el patrón con las parejas.

—Por Dios, ¿Mike te hablaba así?

Agachó la vista. —A veces, cuando estaba disgustado.

Apretó los puños con rabia y cogió su mano sana. —Eso ha quedado atrás. Pero prométeme que seguirás con la terapia, parece que te va muy bien.

—Sí, tienes razón. Eso ha quedado atrás y yo tengo que recomponer mi vida, antes que nada. Pero tú tienes derecho a ser feliz. Y te mereces al mejor hombre del mundo. ¿Por qué no este? Para encontrar tu príncipe azul hay que besar a muchas ranas, cielo. ¿No te gustaría tener hijos? ¿Una familia?

—Sabes que sí.

—Pues ábrete un poco, igual te llevas una sorpresa y sí que le gustas.

Se sonrojó. —No lo parece.

—Deja de ser tan negativa. ¿No ves que nuestra suerte ha cambiado?

Entró en el piso y gritó —¡Ya estoy aquí! ¡Traigo la cena!

Pasó ante el despacho y no estaba allí. —¿Estás con la maqueta?

—¡Ven un momento!

A toda prisa dejó la cena sobre la mesa con el bolso y se acercó a la habitación de la maqueta, pero tampoco estaba allí. Frunciendo el ceño miró el pasillo. —¿Dónde estás?

—¡En la habitación! ¡Al final del pasillo!

Ay, madre... Caminó hacia allí y empujó la puerta para verle otra vez boca abajo colgado del techo. —Oh, por Dios, ¿quieres dejar de hacer eso? ¡Un día te va a dar algo y te vas a quedar ahí tieso!

Él hizo otra abdominal. —Me ayuda a desestresar.

—Perfecto. —Se acercó. —Existen unos bancos para abdominales, ¿lo sabías? Qué necesidad de que toda la sangre te baje al cerebro. —Puso los brazos en jarras y miró hacia arriba. Cuando sus ojos pasaron por su entrepierna vio que algo se movía dentro de los pantalones y disimulando el calor que la recorrió de arriba abajo elevó la vista hasta sus pies. —¿Qué pasa? ¿Qué necesitas?

Jefford carraspeó antes de elevarse y agarrarse a la barra antes de bajar de un salto. Qué espalda tenía, leche. Así tan sudorosa que necesitaba una ducha. Ummm, una ducha. Ay, madre, aquello se estaba poniendo muy negro. Él se volvió. —Se ha caído la cortina.

Volviendo a la realidad le miró a los ojos. —¿Qué?

—La cortina, se ha caído. Si no la pongo, mañana me despertaré antes de tiempo.

—Oh, sí claro. —Miró hacia la pared y vio la barra en el suelo. —Ya veo, has intentado mover la cortina y se ha desplazado la barra.

—Si quieres aviso a Roy.

—No, claro que no. Ya estoy yo aquí. —Soltó una risita al ver que ya había colocado las sillas debajo y se quitó los zapatos antes de agacharse para coger la barra. —Vamos allá.

Él cogió el otro extremo y ambos subieron a la vez a la silla para colocar la larga barra en los soportes. —Joder, ya es la tercera vez que me pasa.

—Tranquilo, que no te va a pasar más. —Tiró de la goma de su coleta, la enrolló en el soporte y la barra antes de colocar bien la

cortina para que la goma no se viera. —Ya está.

—¿Eso funciona?

—A mí no se me caen. Mañana traeré otra goma para el otro extremo y será totalmente efectivo. Garantizado. —Bajó de la silla de un salto. —Venga, dúchate mientras pongo la mesa.

La cogió por la cintura pegándola a él para atrapar sus labios de una manera que le provocó un vuelco al corazón. Cuando sus lenguas se rozaron fue tan increíble que le saboreó impaciente y él hizo lo mismo cogiéndola por la cintura para llevarla hacia la cama. De repente la soltó para dejarla caer en el colchón y mirándola intensamente metió las manos bajo su vestido para acariciar los muslos hasta llegar a sus braguitas. Por Dios, ¿pero qué había pasado? Porque por cómo la miraba la deseaba muchísimo. De hecho, jamás se sintió tan deseada como en ese momento y con la respiración agitada dejó que le quitara las bragas hasta sacarlas por sus tobillos. Jefford las dejó caer al suelo y acarició sus pantorrillas. —Nena, ¿me pongo condón?

Sintiendo sus caricias gimió de placer y apenas pudo susurrar —No.

Él acarició el interior de sus piernas hasta llegar cerca de su sexo. Su mano pasó por sus húmedos pliegues retorciéndola de placer y maravillada por sus caricias inclinó su cuello hacia atrás sintiendo que perdía el juicio. Aquello no estaba pasando. Jefford deslizó un dedo en su interior y rozó algo que la hizo gritar de placer. Necesitando asirse a algo agarró la colcha entre sus manos y entonces sintió sus labios. Instintivamente quiso apartarse, pero él la agarró por los glúteos reteniéndola para seguir torturándola. Creyó que moriría de placer y gritó apoyando los pies en el colchón mientras él no dejaba de darle más. Su lengua recorrió su clítoris en una dulce tortura y su cuerpo se tensó con fuerza hasta el punto de quebrarla. Cerró los ojos y él agarró su clítoris entre el índice y el pulgar antes de pasar su lengua por él de nuevo. Fue como si una descarga la recorriera haciéndola explotar en un orgasmo increíble que le robó el aliento mientras su cuerpo se estremecía.

—No me has aguantado mucho, preciosa. Espero que ahora resistas un poco más porque quiero que aprietes mi polla todo lo que puedas. ¿Podrás hacerlo? —Entró en ella de un solo empuellón y Byanna gritó sintiendo que el placer se multiplicaba. —Joder, como un guante.

Embriagada de placer abrió los ojos y él entró en su ser de nuevo con fuerza. La agarró por la pechera del vestido y tiró de ella para atrapar su boca devorándola. Byanna se abrazó a su cuello desesperada por él y Jefford la agarró por el trasero elevándola para dejarla caer sobre su miembro. Cuando la llenó gritó en su boca y tuvo que apartarse para tomar aliento. Cuanto más empujaba en su interior, más aumentaba su placer y llegó a unas cotas inimaginables. Su interior se tensó con fuerza alrededor de su miembro y creyó que se volvería loca. —Eso es nena, apriétame. —La agarró por el cabello para que le mirara. —Preciosa, es imposible que seas tan perfecta. —Entró en ella con fuerza y ambos saltaron al abismo para zambullirse en el placer más increíble que conocerían jamás.

Intentaron recuperar el aliento y Jefford la abrazó con fuerza. Byanna le miró a los ojos. —¿Y ahora qué?

—Ahora cenaremos y después quien sabe. No intentemos definir lo que aún no se ha escrito.

Sentada tras su ordenador escuchó como Jefford le echaba la bronca a uno de los chicos, porque había hecho mal un rollo de los suyos. Madre mía, no entendía ni la mitad de lo que decía. Era evidente que sus cursos de informática no habían sido suficientes. Debía hacer algo porque no quería quedar mal ante todos. Seguro que en la biblioteca había libros de informática de un nivel intermedio que pudiera estudiar.

El teléfono sonó y lo cogió distraída con el albarán de los ordenadores nuevos. —Dirección de programación, ¿dígame?

—¿Está Jefford? —preguntó una voz femenina.

Se tensó. —¿Quién le llama?

—Soy Noelle Branstong.

Uy, uy... Que esta quería quitarle a su chico. Y después de catarle ni de coña. —Disculpe, pero no la conozco. ¿De qué departamento es?

—No soy de ningún departamento, soy su novia.

¿Cómo que novia? Él la consideraba un rollo de vez en cuando. Esta se tomaba muchas libertades. —Ah, que es un tema personal.

—Pues sí, pásame con él, como te llames.

—Me llamo Byanna Chandler y soy su mano derecha en la empresa. Y siento decirle que no me ha hablado de usted. Si es un tema personal tiene que llamarle a su móvil, señorita como se llame.

—¿Pero cómo te atreves?

—¡Aquí se viene a trabajar, sus asuntos personales los trata después de su horario laboral! —Colgó el teléfono y siguió trabajando como si nada.

—Byanna...

Volvió la cabeza hacia Betty Anne que estaba a su lado con un papel en la mano.

—Me preguntaba... —dijo tímidamente poniéndole la hoja delante. —Si podrías darle esto al jefe.

—¿Por qué no se lo das tú?

Se sonrojó y muy nerviosa se pasó un rizo castaño tras la oreja. —Oh, ahora está ocupado.

—¡Sal de aquí! —gritó Jefford haciendo que el informático saliera prácticamente corriendo.

—¿Qué es? —dijo Byanna cogiendo la hoja. Parecían datos de un programa.

—Es para que los datos del móvil salgan en la pantalla cristal.

—Perfecto. —Se levantó y fue hasta la puerta para entrar sin llamar. Jefford estaba cabreadísimo y era evidente que intentaba relajarse porque se había quitado la camiseta y se estaba poniendo las agarraderas de los tobillos.

—Nena, ahora no.

—Betty Anne ha hecho esto, quiere que lo veas, pero no se atreve a entrar.

Él agarró la hoja y frunció el ceño. —¿Qué coño...?

Se acercó para mirar la hoja. —¿Es bueno?

—Dile que pase.

Fue a toda prisa hasta la puerta y la abrió. —¿Betty Anne?

La escuchó gemir y la chica entró tímidamente en el despacho. Atontada al verle sin camiseta se quedó sin habla.

—Háblame de esto —dijo él sin darse cuenta de su pasmo antes de agarrarse a la barra y empezar a hacer abdominales.

La pobre no sabía reaccionar y tuvo que darle un codazo para que se espabilara. —Oh, sí. He pensado que si la pantalla es táctil como habíamos pensado, podemos incorporar llamadas y videollamadas, seguro que ya lo habías pensado.

—Sí, pero esto es otra cosa.

—Nadie quiere que escuchen sus conversaciones cuando va en el coche. Con ese módulo de programación podemos hacer que solo vea el conductor los mensajes, las videollamadas y las llamadas.

—Pero el resto de los ocupantes lo oirán —dijo Byanna.

—No, porque del techo saldrán unos cascos solo para él.

—¿Seguro que el pasajero trasero que va tras el conductor no verá la pantalla principal? —dijo él sin dejar de hacer ejercicio.

Betty Anne apretó los labios. —Déjelo jefe, es una chorrada.

—No, no es una chorrada —dijo él. —Tienes razón debemos proteger la privacidad del conductor en caso de llevar pasajeros. Lo

de los cascos me gusta. Podemos hacerlos gafas también y que vea la videollamada o cualquier cosa que quiera de manera privada.

Betty Anne sonrió. —¿Le gusta la idea?

—Sí, me gusta, ponte a trabajar en ello.

La chica sonrió encantada y salió a toda prisa.

Se acercó a él.

—¿Qué opinas, nena?

—Me gusta, pero he estado pensando en lo de la inteligencia artificial.

—Será algo básico. Hacer videos, editar fotos y cosas así.

—Se quedó abajo y se miraron a los ojos. —Algo controlado, no te preocupes.

Asintió. —Tú sabes lo que haces. —Frunció el ceño al sentir que le acariciaba las piernas y miró hacia abajo. —Será posible, eso no es nada profesional. —Riendo se apartó. —Tengo trabajo y tú también.

—¿Esto es porque no te he dejado ir a correr esta mañana?
—preguntó divertido.

—Como si no hubiera hecho bastante ejercicio durante toda la noche.

Entonces sonó su móvil y salió corriendo para cogerlo de encima de la mesa. Era su hermana y descolgó enseguida. —¡Sí!

—Estoy libre. Solo tengo que tomar unas pastillas hasta mi siguiente consulta con mi psiquiatra y puedo elegir el que yo quiera, no tiene que ser del hospital.

Suspiró del alivio y vio a Jefford en la puerta observándola. Fue hasta el despacho y cerró la puerta. —¿La jueza ha dado su consentimiento?

—Sí, está aquí Anthony, si quieres te lo explica él.

—Sí, dile que se ponga. —Escuchó como conectaba el manos libres. —¿Anthony?

—Voy conduciendo.

—¿La jueza ha dado su consentimiento?

—Sí, después de explicarle los hechos y mostrarle los mensajes que Mike le enviaba a Cassie, ha invalidado el poder que firmó.

—¿Qué mensajes?

—Hermana...

—¿Qué mensajes?

—Cuando nos separamos no enviaba mensajes muy agradables, ya sabes cómo va esto.

Apretó los labios. —Será cabrón.

—Lo importante es que la jueza ha impuesto que se cumpla el acuerdo de divorcio y que se le devuelva la custodia a tu hermana —dijo Anthony. —Vamos a por el niño.

Preocupada miró hacia Jefford. —¿Vais solos?

—Una patrulla nos acompaña por si se pone feo. Mi detective dice que el niño está con la exsuegra de Cassie en la casa de Mike.

—Anthony, cuando le recuperéis llévala a mi casa —dijo Jefford.

Sorprendida dijo —Pero...

—Nena, es mejor que no volváis al piso de la lavandería. Mike puede ir allí y sin embargo no sabe que estaréis en mi edificio. Es más seguro para evitar problemas.

—De acuerdo —dijo Anthony. —Te llamo luego.

—No he mudado nada todavía.

Jefford fue hasta la mesa y cogió las llaves. —Tienes el coche abajo. Intenta no entretenerte, mi primo no ha comentado nada de que se fuera a detener a Mike por abusos psicológicos, así que creo que no hay orden de detención contra él.

—¿Orden de detención?

—Era una posibilidad. Ya sabes que mi primo juega duro. Venga, no pierdas el tiempo. Ese tío no me gusta nada.

Agarró las llaves y le dio un beso rápido antes de salir corriendo. De la que pasaba cogió su bolso pensando que menuda suerte tenía al haberles conocido. No sabía cómo iba a agradecerles todo lo que estaban haciendo por ellas, pero pensaba hacerlo.

Estaba metiendo la ropa del niño en bolsas cuando escuchó un ruido en la puerta. Se le cortó el aliento saliendo de la habitación infantil y escuchó atenta. Las cadenas estaban puestas e intentó no hacer ruido. Escuchó como metían una llave en la cerradura y asustada regresó a la habitación para coger el móvil de encima de la cama. Llamó a emergencias y en ese momento dieron un golpe a la puerta, pero no se debieron romper todas las cadenas porque siguió golpeando una y otra vez. Con mano temblorosa se acercó el teléfono al oído y susurró muerta de miedo —Han entrado en mi piso, el doscientos treinta y tres de la cincuenta y nueve este. —Vio a Mike y se le heló la sangre porque su rostro se retorció de furia.

—Maldita zorra, ¿dónde están? ¡Me ha llamado mi madre!

—¿De qué hablas?

—¿Dónde están? —gritó entrando en la habitación.

Asustada dio un paso atrás. —No te acerques.

—¿Dónde está mi hijo? —gritó fuera de sí.

Saltó la cama e intentó rodearle, pero él la agarró del cabello tirándola contra el marco de la puerta. Se golpeó la cabeza y medio mareada ni sintió que la volvía. Cuando su vista se aclaró vio su rostro y pensó que iba a morir. —¿Dónde está?

Tenía que lograr que la soltara y se dio cuenta de que la agarraba con la mano derecha. —Eres un mierda.

—¿Qué has dicho? —siseó escupiéndola. Entonces la soltó para golpearla y Byanna se agachó para tirarse sobre su vientre haciéndole caer sobre la cama. Corrió hacia la puerta y al ver a

Jefford entrando en la casa se echó a llorar tirándose a él. Jefford la agarró por los brazos para apartarla y sin dejar de mirar a Mike que en ese momento salía de la habitación le dijo —Nena, vete abajo.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Mike.

—No Jefford, vámonos —dijo muy nerviosa.

—¿Te la tiras? —Mike sonrió mirándola con burla. —No llegarás a nada con ella. Está fatal de la cabeza por culpa de su padre. Es que no la quería, ¿sabes? De hecho, se la entregó a su tía para que la criara. Cada vez que la veía, lo más bonito que le decía era escoria. Y lo es, al igual que su hermana.

—¡Cállate! —gritó ella sintiendo que se le retorció el corazón.
—¡Era un cabrón como tú!

—¡Cierra la boca, puta!

Jefford le pegó un puñetazo que le tiró contra la pared y Mike le miró con odio con sangre en la boca antes de lanzarse contra él. Byanna gritó de miedo porque empezaron a golpearse con saña y aunque Mike iba perdiendo claramente, sintió miedo porque le diera un mal golpe. Mike le agarró por los brazos empujándole y cayeron sobre el sofá. Su cuñado cogió una figura de la mesilla que estaba junto a él e iba a golpearle con ella cuando un disparo le detuvo en seco. Byanna sin aliento miró a su derecha para ver que una policía con el arma en la mano ordenaba —¡Suelte eso!

Mike abrió la mano dejándola caer al suelo haciéndola añicos y los ojos de Byanna se llenaron de lágrimas porque era la figura favorita de su tía. —¡Sepárense! —gritó sobresaltándola.

Jefford se levantó del sofá. —Nena, no llores.

—¿Ha llamado usted, señorita? —preguntó la chica antes de que otro policía entrara en el salón.

—Sí. —Señaló a Mike y sollozó aún muy asustada. —Ese hombre ha entrado en mi casa por la fuerza, ha reventado las cerraduras y ha intentado matarme. En ese momento llegó mi jefe, me ha defendido y ha pasado lo que ha visto.

El policía se acercó a Mike sacando las esposas. —Dese la vuelta.

Mike sonrió. —¿Que he intentado matarla? Miente más que habla. Soy su cuñado y solamente preguntaba dónde está mi hijo.

—¿No me diga? —preguntó el policía cerrando las esposas. —Esto se pone interesante. Me pregunto si trata así a su exmujer.

Le fulminó con la mirada.

—Eso es que sí —dijo el policía divertido.

—Soy un cirujano muy reputado con un abogado muy caro. Saldré antes de una hora.

—No esté tan seguro —dijo la chica enfundando el arma antes de mirarla. —Tendrán que ir a la comisaría a declarar. —Sacó el móvil y empezó a sacar fotos de la puerta. —Para el informe.

—Siempre tan concienzuda, Smithson —dijo su compañero.

La policía sonrió sin dejar de sacar fotos del salón.

—Me atacó en la habitación que es donde me escondí cuando... —dijo señalando la puerta.

La chica fue hasta allí y sacó varias fotos. —¿Se iba a mudar?

—Mejor que no supiera donde vivimos.

—Buena idea.

—Llamaré a Anthony —dijo Jefford sacando su móvil. —Creo que ha quebrantado una orden de alejamiento. Este es el domicilio de su mujer y no se puede acercar a ella.

—Al parecer hoy es nuestro día de suerte —dijo el policía tirando de él hacia la puerta, hizo que tropezaba y Mike se golpeó con el marco. —Joder, lo siento, ¿está bien?

Se volvió para mirarle con sangre en la nariz. —Lo ha hecho a propósito.

—Demándame, capullo.

—Anthony —dijo Jefford alejándose hacia la ventana.

Preocupada le miró y la policía se acercó a ella. —¿Es buen abogado?

—Sí.

—Ha tenido mucha suerte, ¿sabe?

Pálida asintió. —Sí, lo sé.

—Cuidado con las víboras, te muerden cuando menos te lo esperas. He visto muchos como él y el noventa por ciento no se intimidan por un papelito que diga que no se pueden acercar. Yo que usted me compraría un arma. —Le dio una tarjeta. —Les espero en comisaría.

Cuando salió, se giró hacia Jefford que decía —Sí, nos veremos allí. —Colgó el teléfono y se acercó a ella. —¿Estás bien?

Intentando no mostrar lo nerviosa que estaba asintió y Jefford apretó los labios antes de abrazarla. —Ya pasó, nena.

—¿Tú estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí.

—Dios, ha sido horrible.

Él sintió como temblaba. —Ya ha pasado todo y no se volverá a acercar a ti, te lo aseguro. Debemos irnos, Anthony ya debe estar de camino a la comisaría. Me dijo que estaba con tu hermana en el piso nuevo. —La besó en la sien acariciando su espalda. —Tranquila, no saldrá de prisión hasta el juicio. Ni todo su dinero le libraré de esta. Con lo que ha hecho hoy, ha cavado su propia tumba.

Capítulo 7

Al parecer Mike sí que tenía una orden de alejamiento y que le hubieran detenido después de quebrantarla le ponía las cosas muy feas. Anthony estaba cabreadísimo, no dejaba de gritar que su clienta y su familia estaban en peligro. Exigía que el fiscal se presentara enseguida y a pesar de que la policía le decía que ya le habían avisado, le llamó él mismo diciendo que era algo en lo que estaba implicado un menor y que si no quería salir en la prensa moviera el culo hacia la comisaría enseguida.

El fiscal, un hombre de unos sesenta años que demostraba que estaba más que quemado en su puesto, llegó a la comisaría a las diez de la noche. Y después de volver a escuchar todo lo que tenían que decir, estuvo de acuerdo con la imputación por intento de asesinato. Dijo que irían al juez por la mañana y que se pasaría detenido toda la noche.

Escuchando como hablaban de la fianza ella preguntó —¿Cómo que fianza? ¿Va a salir?

—Se le impondrá fianza —dijo el fiscal con aburrimiento. —Es un miembro intachable de la sociedad y jamás ha cometido un delito.

—¡Ha cometido varios!

—Todavía no se le ha condenado por ellos. Será imposible que pueda meterle en prisión provisional con lo que tenemos. Se llama presunción de inocencia, señorita.

Sin poder creérselo miró a Anthony. —¿Y mientras tanto quién nos protege?

—Tranquila —dijo Anthony.

—¿Tranquila? Ese cabrón asaltó mi casa, me agredió, ¿y ahora le van a dejar libre?

—Así es el sistema judicial —dijo el fiscal. —Como mucho podré conseguir que le pongan una pulsera telemática para que no se acerque a ustedes.

En ese momento salió de una sala un hombre de traje y al ver a Anthony sonrió con ironía acercándose a ellos. —En esto no vas a ganar, Herdman.

—Te aseguro que sí —dijo entre dientes.

Ignorándole miró al fiscal. —Potter, no hay sangre. ¿Intento de asesinato?

—Asaltó la casa de la señorita Chandler.

—Buscaba a su hijo, se lo había llevado una mujer con problemas psiquiátricos y estaba asustado por su seguridad. No sabía que se lo habían llevado con orden judicial, su madre no se lo dijo por teléfono.

—Serás cabrón, ha quebrantado dos veces la orden de alejamiento.

—¿De veras? La primera vez no la había leído, estoy muy ocupado y me paso mucho tiempo por los juzgados, así que no había recibido ninguna notificación del juez todavía y mi cliente tampoco. Y en esta ocasión su exmujer no estaba en la casa. Solo estaba su hermana y la orden de alejamiento no la protege a ella.

—Sabemos cuál era su intencionalidad.

—Todo ha sido un desafortunado malentendido. No soy especialista en derecho penal, pero esto no tiene ningún recorrido.

—Ya lo veremos en la sala.

Asombrada vio cómo se reía por lo bajo antes de alejarse.

—¿Tiene razón?

—Si lo plantea así... —dijo el fiscal.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Jefford. —¡Primo, di algo!

Anthony apretó los labios. —Tenemos pruebas de los abusos continuados, ha quebrantado una orden de alejamiento y tenía que haber llamado a la policía si creía que el niño estaba en riesgo, cosa que es mentira como todos sabemos. El juez no se tragará su versión.

—No estés tan seguro, Herdman. —El fiscal suspiró. —Las cárceles están saturadas de auténtica bazofia. Él es un cirujano sin antecedentes, pondrá cara de inocente y puede que el juez se lo trague. Al menos le dará el beneficio de la duda como dice la ley. ¿Unos mensajes en proceso de divorcio...? No, no es suficiente.

—¿Y si vuelve a quebrantar la orden de alejamiento? —preguntó ella. —¿Qué pasará entonces?

—Entonces irá a prisión. Lo que ha ocurrido en estos días puede colar por temas de comunicaciones, pero si vuelve a ocurrir algo así, el juez no tendrá piedad. Prisión incondicional. —El fiscal asintió con la cabeza. —Ahí hay intencionalidad.

Byanna se volvió y Jefford preguntó asombrado —¿A dónde vas?

—¡A comprar un arma!

Anthony carraspeó mientras su primo salía corriendo tras ella y dijo al fiscal —No lo piensa en serio.

—Pues yo lo pensaría, porque después de dos quebrantamientos de la orden de alejamiento, es evidente que no se va a dar por vencido. —Levantó una ceja. —Y lo que sabemos tú y yo del violador de Cassandra es más que preocupante.

Se tensó. —¿Los detectives han encontrado algo más?

—Tres asesinatos más en la zona en los últimos cinco años. Es evidente que las mujeres se resistieron y terminó matándolas.

Todas tenían cortes en los brazos y fueron violadas post-mortem.

—Joder. Así que mataba a las que se resistía.

—A las que le ponían las cosas difíciles antes de la violación, estoy seguro.

—¿Y han encontrado alguna relación más entre Mike y él?

—Aparte de esa visita en urgencias, no. Y puede que nunca la encontremos.

—¡Byanna espera!

Con los ojos llenos de lágrimas de frustración se volvió con rabia. —¡Mike hace lo que le da la gana y ellos no van a hacer nada! ¡Tú no viste su mirada antes de que llegaras, iba a matarme!

—Nena, te creo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. —¿De veras?

Él la abrazó. Temblaba todavía. —Por supuesto que te creo.

—Quiero comprar un arma.

—¿Sabes usarla? —preguntó suavemente.

—No, pero he visto un montón de películas y eso tiene que servir de algo, ¿no? Es como ver mil tutoriales de internet.

Él sonrió. —Pues tienes razón.

Elevó la mirada hacia su rostro. —¿Me acompañas a comprarla?

—Es más, te la voy a regalar.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿De veras? Eso es que estás de acuerdo.

—Después de lo de hoy estoy totalmente de acuerdo. —Besó suavemente sus labios. —Vamos a por el coche y después la compraremos. Tengo entendido que hay una armería abierta veinticuatro horas en Little Italy.

—Genial.

En ese momento salió su primo de la comisaría y ella le fulminó con la mirada. —Inútil.

—¡Eh!

—¡Me dijiste que ya estaba hecho!

—Esto se está complicando bastante.

—¿Orden de alejamiento? ¡No nos has dicho nada de eso! ¡Nos has ocultado cosas, sobre todo a mí porque ni sabía nada de esos mensajes que Mike le enviaba a mi hermana!

—Ella me pidió que no contara nada. Sobre todo a ti.

Palideció. —¿No confía en mí?

—Nena, no pienses en eso. No quería que te preocuparas más por ella, eso es todo.

—¿De veras? —preguntó a Anthony que asintió. —¡Voy a comprar un arma!

—Me parece bien —dijo su abogado. —Y compraría otra para tu hermana. Es más, hasta la pagaré yo.

Atónita miró a uno y después al otro. Eran muy parecidos, mucho. —¡A este le gusta mi hermana! —dijo asombrada.

Anthony carraspeó mientras su primo intentaba reprimir la risa. —Nena, no puede liarse con ella, es su abogado.

Le señaló con el dedo. —Como le hagas daño, te capo... Está muy sensible.

—Lo sé muy bien —dijo tenso. —Y hasta que todo esto no pase, hasta que esté más tranquila y tenga las ideas más claras, no pienso dar el paso, ¿de acuerdo?

Se le cortó el aliento. —¿La esperarás?

Él gruñó yendo hacia el borde de la acera y levantó el brazo para llamar un taxi. —¿La esperarás?

Volvió la vista hacia ella. —Llevo esperándola toda mi vida, por un poco más no pasa nada.

Recogiendo las bolsas de su piso estaba muy callada y Jefford guardando una de sus maquetas en una caja la miró de reojo.
—Nena, ¿qué piensas?

—Está enamorado —dijo asombrada. —Con el lío que tiene encima se ha enamorado de ella.

—Eso llega cuando llega. —Cerró la caja.

—Sí, supongo que sí.

—No seas dura con él, hace lo que puede.

—Lo sé, siento ser tan desagradecida.

—No eres desagradecida, te has asustado y es normal.
—Cogió la caja. —Voy a llevar esto al coche. ¿Te puedes quedar sola? Aún quedan cosas por recoger y ya no caben, debo hacer un viaje para descargar.

—Sí, tranquilo, está en prisión. Además, la puerta de abajo está cerrada con llave.

Él gruñó. —Cuando yo llegué antes estaba abierta.

Se le cortó el aliento antes de mirarle. —¿Y cómo la abrió él?

Jefford frunció el entrecejo. —¿Te la dejarías abierta?

—No, siempre me aseguro de que eso no pase. Y el dueño viene a primera hora de la mañana, así que no la abrió él. Sabe que como vivo aquí le llamo si hay algún problema a lo largo del día.

—Entrecerró los ojos. —Además, oí algo metálico en la cerradura, como si tuviera llave.

—¿Si tenía llaves por qué reventó la puerta?

—Por las cadenas. —Él miró hacia las cadenas rotas. —Al intentar abrir vio que tenía cadenas puestas y tuvo que reventarlas. Tenía llaves... ¡Seguro que ha estado otras veces en mi casa cuando no estábamos! —Furiosa fue hasta el armario y cogió el último

montón de ropa. —Esto es el colmo, se las debió dar Cassie. Debió convencerla para que le diera una copia.

Pensando en ello dijo —Tranquila nena, ahora ya le tenemos controlado. Voy a llevar esto a casa.

—Vale, recojo lo de la cocina y el baño mientras tanto —dijo cabreadísima.

Él salió de casa y Byanna al pasar por delante de la habitación de su hermana juró por lo bajo porque se le había olvidado vaciar su tocador. Tenía que darse prisa. Cogió una bolsa grande de las que usaba para el supermercado y abrió el primer cajón volcando todos sus productos de maquillaje en la bolsa. Abrió otra bolsa y agarró los jerséis, cuando iba a cerrar el cajón vio algo blanco. Al cogerlo se dio cuenta de que era una foto y al volverla vio la foto de boda con Mike. Su hermana estaba preciosa y sonreía a la cámara totalmente enamorada. Apretó los labios porque se había equivocado de hombre totalmente y Byanna se preocupó, se preocupó muchísimo porque ahora Anthony estaba en su vida. Su salvador. Sería casi imposible que no se enamorara de él si notaba su interés. ¿Sería también una equivocación? Mike las había engañado muchísimo. Incluso al principio también la engañó a ella mostrándose como el novio enamorado que haría lo que fuera por Cassie. No podían estar más equivocadas. Entrecerró los ojos. A Anthony no pensaba quitarle ojo, iba a ser como una garrapata en esa relación y como viera algo raro, le pegaba un tiro, con este no se iba a andar con chiquitas. A ver si se daba prisita que tenían que ir a comprar un arma.

La chica que tenía delante parpadeó. —¿Perdón?

—Sí, de esos lanzagranadas, pero en plan portátil, ¿tiene algo así para cuando intenten abrir la puerta de mi piso? Un zambombazo y punto, asunto arreglado. —Miró a su alrededor buscándolo.

—Señorita, no puede lanzar algo así en un piso. La onda expansiva, ya sabe.

—Ah... —Miró a Jefford que intentaba reprimir la risa. —No tiene gracia.

—Discúlpela, pero acaba de pasar por un momento muy estresante. Le han entrado en casa y la han agredido.

—Entiendo. —Metió la mano bajo el mostrador y sacó un pistolón que la dejó con la boca abierta. —Una maravilla, cualquiera que entre en su casa saldrá despavorido al ver esto. Es una Desert Eagle, una maravilla diseñada en Estados Unidos y emplea un mecanismo accionado por gas que normalmente se encuentra en los fusiles. Se le puede cambiar el cañón según quiera el calibre de la bala. Si quiere un buen agujero le recomiendo un calibre cincuenta.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Jefford.

—La veo un poco pesada para ti. No estás acostumbrada a usar un arma.

La chica sacó un revolver. —Igual de efectivo y hasta la puede llevar en el bolso.

—Me la llevo.

—No tan deprisa, permiso de armas.

Parpadeó. —Esto es América, nuestro derecho a llevar armas está más que justificado.

La chica suspiró. —Otra impaciente. El estado de Nueva York tiene sus trámites a la hora de comprar un arma y... —Ante ella apareció la mano de Jefford con un carnet en la mano. —Oh, estupendo. ¿Se la envuelvo?

—Quiero otra más y munición para ellas.

—Perfecto. —Cogió su carnet. —Lo necesito para sacar una fotocopia.

Se alejó y Byanna preguntó —¿Si me pillan con ella te meterás en un lío?

—No, porque te sacarás la licencia cuanto antes y tu hermana también.

Se le quedó mirando. —A veces pienso que no puedes ser real.

Jefford sonrió cogiéndola por la cintura y la pegó a él. —¿De veras?

—Demasiado perfecto.

—¿Incluso a pesar de mi mala leche?

—¿Qué mala leche? Si gritas es porque tienes razón, esos inútiles que trabajan contigo te hacen perder el tiempo.

Rio por lo bajo. —Y no te molesta que trabaje tanto.

—Tu trabajo es importante.

—Así que te gusta todo de mí.

—Sí. —Le abrazó. —Y me gusta que estés aquí. Por cierto, gracias por llegar a tiempo esta tarde.

—Tenía que haber ido contigo. —La besó en la coronilla.
—Todo irá bien, nena, no te preocupes. Tendrá miedo de acabar en prisión y ya no se acercará a vosotras.

—Eso espero.

Metió al niño en la cuna escuchando la risa de su hermana en el salón. Entrecerró los ojos. No sabía por qué se reía tanto cuando el mamón de su marido había salido con una fianza de cien mil dólares. Al parecer lo que le decía Anthony era de lo más divertido. Salió de la habitación en silencio y llegó al salón para ver a su hermana sentada en el sofá de cuero beige mirando algo que Anthony le mostraba en un móvil. —Oh, qué mona...

—¿Qué es mona? —preguntó con desconfianza.

—Anthony tiene una casa en las montañas de Catskill, se ve el lago. Es impresionante.

—Me lo imagino —dijo distraída cogiendo las llaves. —Subo a casa de Jefford, tengo que trabajar.

—Sí, claro, trabajar... —Su hermana soltó otra risita. —¿Vendrás a cenar?

Se volvió molesta por su tono. —Pues sí voy a trabajar, ¿recuerdas que forma parte del trato para que vivamos aquí?

Su hermana perdió la sonrisa poco a poco mientras Anthony decía divertido —Mi primo no me ha dicho nada, pero me lo imaginaba.

—Al parecer sois especialistas en guardar secretos.

Salió de casa y su hermana apretó los labios. —Está enfadada conmigo por no haberle dicho antes lo de los mensajes.

Anthony acarició su espalda. —Se le pasará.

—Cree que no confío en ella. Le he ocultado tantas cosas...

—Se siente frustrada por no haber podido ayudarte antes.

—A ella no la ayudó nadie. Creí que podía ser como ella. Ser tan fuerte como ella, pero no lo soy.

—¿Qué quieres decir?

Le miró de reojo. —¿No se lo dirás a nadie?

—Claro que no, si tú no quieres que hable de ello me lo llevaré a la tumba.

—Cuando tenía siete años mi madre desapareció de la noche a la mañana. Esperamos en la puerta del colegio dos horas hasta que se dio cuenta el guardia de seguridad del colegio de que seguíamos allí. Al llamar a mi padre, este dijo que estaba trabajando que no podía dejar el camión de reparto y que enviaría a la niñera.

—¿Teníais niñera?

—Asintió. Una mujer que vivía en casa para ayudar a mi madre con las tareas de la casa, a media jornada.

—Continúa.

—Llegó dos horas después porque no contestaba al teléfono, era su día libre y decidió no contestar. Cuando llegamos a casa todo estaba como siempre. Mi padre no denunció la desaparición de mi madre hasta dos días después. Se pusieron carteles, salimos en las noticias... Fue inútil, no volvimos a saber nada de ella.

—Lo siento mucho.

—Mi padre nunca fue una persona amable, pero después de que mamá se fuera todo empeoró bastante. Nos echaba la culpa de que mi madre se hubiera ido y con quien más lo pagaba era con Byanna porque al ser la mayor era la más rebelde. Ella también estaba dolida de que mamá se largara, así que protestaba por todo, no sacaba buenas notas y cosas así. Mi padre no tenía paciencia y cuando la niñera decidió irse fue el colmo. Su actitud respecto a nosotras fue a peor y no toleraba ni una protesta en su presencia porque nosotras teníamos la culpa de todo lo que le estaba pasando, así que nos castigaba con su desdén y su silencio. Nunca nos hablaba si no era para insultarnos. Una noche mi hermana se puso enferma. Tenía fiebre muy alta y muchos dolores en la barriga. Él dijo con desprecio que era por haber comido demasiada tarta y no la llevó al hospital. Casi se muere. Tenía peritonitis y si no hubiéramos llamado a nuestra tía, hubiera muerto en su cama.

—Joder...

—Cuando salió del hospital mi tía reclamó nuestra custodia. La dio encantado. Se desentendió de nosotras para todo excepto para una cosa, seguir jodiendo nuestra vida todo lo que podía. Si había una fiesta de primavera y había que comprar un vestido, se negaba en redondo diciendo que no merecíamos ir a ninguna fiesta por ser malas. Jamás hacíamos nada bien y cuando podía amargarnos la vida ahí estaba. El día que mi hermana se graduó en el instituto apareció borracho para dejarla en ridículo. Estoy segura de que lo hizo a propósito. Y se puso a gritar en medio de la celebración que era un milagro que se hubiera graduado cuando había sacado las mejores notas de su curso. En cuanto mi hermana se bajó del escenario fue hasta él para sacarle de allí y le cogió del

brazo. Él le gritó que no le tocara. Llegaron al hall mientras ese cerdo le gritaba de todo y para soltarse la empujó escaleras abajo.

—Qué cabrón.

—Le rompió cuatro vertebras y estuvo con un corsé ortopédico meses. Adivina qué hizo mi padre para terminar de hacerle daño. —Él negó con la cabeza como si no tuviera ni idea. —Se despidió del trabajo.

—El seguro médico.

—Exacto. Las terapias que mi hermana tenía que hacer para su completa recuperación desaparecieron de la noche a la mañana. ¿Qué hizo ella? Buscar terapias alternativas en internet en libros de medicina para hacer en casa y recuperarse totalmente antes de empezar la universidad. Y lo consiguió.

—Eso demuestra lo fuerte que es.

—Sí. —Se miró las manos. —No soy como ella.

—No digas eso, has pasado por mucho también. Y es evidente que lo de tu padre influyó a la hora de casarte con Mike.

—Eso dice mi psiquiatra. Pero a mí me gustaría ser como Byanna. No necesita a nadie.

—Todos necesitamos a alguien. Y que esté con mi primo demuestra que no tienes razón.

Apretó los labios y se levantó. —Voy a hacer la cena.

—Cassie, ¿qué pasa?

Se detuvo en seco y se volvió mirándole tímidamente. —No se lo tomará en serio.

—¿Qué quieres decir? ¿Hablas de mi primo?

—Sí, no se lo tomará en serio. Jamás lo hace porque cree que realmente no siente nada por ella. Puede que le guste, que le atraiga, pero no se permitirá enamorarse de él.

Anthony se levantó. —Sí que lo hará, solo necesita tiempo.

—No, no me equivoco, la conozco mejor que nadie. Cuando mi padre murió no se permitió ni una sola lágrima ni una sonrisa, ni

de alivio porque al fin había desaparecido de su vida. No quería sentir nada. Y lo que me ha pasado a mí ha sido el colmo, no permitirá que ningún hombre pueda llegar a hacerle daño de nuevo.

Capítulo 8

Sentada ante el ordenador tecleaba mirando los apuntes de Jefford y cuando terminó sonrió poniendo fin. Ya había acabado. Suspiró del alivio y en ese momento se abrió la puerta de la casa de Jefford. —He terminado.

—¿El qué? —dijo él entrando en el salón con una bolsa en la mano.

—¿Qué va a ser? Tu libro.

Se detuvo en seco. —¿Lo has terminado? Nena, te di el día libre para que colocaras las cosas en tu piso y te organizaras.

—Bah, eso lo hice ayer por la noche. Ya está todo listo, cuando tengas tiempo le echas un repaso. —Se levantó. —Bueno, me voy.

La miró asombrado. —¿Cómo que te vas?

—Tengo cosas que hacer. —Pasó a su lado y le dio un beso en la mejilla. —Buenas noches, nos vemos mañana en el trabajo.

—¿No quieres que te lleve yo?

—No, no hace falta, el metro está aquí al lado y así no tengo que esperarte. —Le guiñó un ojo como si tal cosa antes de salir de su piso.

Él miró la bolsa con la cena que había comprado y juró por lo bajo.

Pensativo miró su vaso girándolo sobre la mesa y su primo levantó una ceja porque no había hablado en diez minutos. Anthony suspiró acomodándose en la butaca de su club de tenis. —Tío, ¿estás bien?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —preguntó divertido. —Normalmente cuando haces eso es porque estás pensando en el trabajo, pero teniendo en cuenta que no has dado ni una en el partido tengo la sensación de que no se trata de trabajo. Normalmente no afecta a tu juego.

—Muy gracioso. —Bebió de su whisky.

—¿Es Byanna?

—Es que no sé qué le pasa, joder. Lleva tres días distante. Ya no quiere quedarse a dormir en mi casa ni que cenemos juntos y hoy ha rechazado una cita. Le he dicho que ya que era viernes si quedábamos para ir al cine y cenar algo —dijo de lo más sorprendido. —Me ha dicho que no. Creía que había una conexión entre nosotros, pero ahora tengo la sensación de que la aburro.

—¿Se está apartando de ti?

—Y no sabes cómo. Aunque en el trabajo se sigue comportando como siempre, noto que quiere alejarme.

—¿Y eso te molesta? Tú eres muy independiente en tus relaciones.

—Tienes razón, déjalo. —Bebió el resto de su whisky. —¿Qué vas a hacer hoy?

—He quedado con Cassie. Vamos al cine.

Parpadeó. —Tío...

—En plan amigos.

—Y una leche.

Rio por lo bajo. —Hablo en serio, quiero que se sienta segura a mi lado antes de dar el paso y para eso tiene que conocerme.

Gruñó levantándose. —¿Lo sabe Byanna?

—No lo sé.

—Se pondrá muy contenta. Gracias, primo.

—De nada. Por cierto, ¿quieres un consejo?

—¿De ti? —preguntó con burla. —Lo estoy deseando.

—¿Recuerdas tu declaración sobre lo que había dicho Mike cuando la atacó? ¿Lo de su padre?

Se tensó. —Sí.

—Pues tenlo en cuenta. No puedo dar detalles porque no quiero traicionar a Cassie, pero su padre era un cabrón que le amargó la vida y ahora con todo lo que ha pasado con Mike...

—Por eso se ha alejado, ¿no? No piensa arriesgarse a que le pase lo mismo.

—Tú lo has dicho.

Entrecerró los ojos. —No sé qué me cabrea más, que se aleje de mí o que me compare con esos cabrones.

—Tienes que ganarte su confianza. —Se levantó. —Pero te aconsejo que si no vas en serio, te alejes cuanto antes para no hacerle más daño.

Salió de la ducha y se cubrió con una toalla pensando en Cassie. Se había ido tan contenta a su cita con Anthony. No entendía a su hermana, la verdad. Agarró otra toalla para su largo cabello. Estaba cerrándosela alrededor de la cabeza cuando escuchó un ruido en el salón. Tensa miró hacia la puerta abierta del baño y oyó otro ruido.

Asustada corrió hacia la habitación y abrió la mesilla de noche para coger la pistola.

—Nena, he traído la cena.

Pasmada dejó caer la mandíbula del asombro cerrando el cajón para ir hacia el salón como si fuera a la guerra. —No grites, Jaxon está dormido —siseó.

—Oh... —Le mostró un táper. —Adivina.

Entrecerró los ojos. —Tallarines con salsa de ostras.

La miró sorprendido. —Menudo olfato tienes.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, tenemos que cenar. —Dejó el táper sobre la mesa del salón y se acercó a ella. —Y ya que te quedabas de niñera... Nena, ¿tu televisor tiene conexión a internet? Podemos ver algo en Netflix. Me han hablado de una serie... —Acarició su mejilla. —Aunque también podemos hacer otras cosas.

Tenerle tan cerca la derretía por dentro, pero algo en su interior le hizo decir —¿A eso has venido? ¿Por sexo?

Él dejó caer la mano. —Y a cenar, ¿qué quieres hacer primero?

—Ya he cenado.

—Eso es mentira. ¡A mí no me mientas!

—No grites, el niño está durmiendo.

—Nena...

Ella se tensó con fuerza. —A mí no me hables en ese tonito amenazador —dijo entre dientes.

—¡A mí no me trates como si fuera uno de esos cabrones! ¡No me lo merezco!

Se le cortó el aliento. ¿Había hecho eso? Inconscientemente sí, se había alejado de él para que no le hiciera daño y no se lo merecía. Jefford no había hecho nada malo.

—Nena, ¿qué pasa?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nada.

La abrazó a él y Byanna necesitando sentirle se aferró a su cintura. —No soy como Mike —susurró a su oído.

—Lo sé.

Suspiró del alivio. —¿Lo sabes?

—Sí, pero... Lo siento.

Acarició su espalda hasta llegar a su nuca y se apartó para mirar su rostro. —No hemos definido muy bien lo que está pasando entre nosotros ni en qué punto estamos y sé que con todo lo que está pasando puedes tener las ideas confusas, así que es mejor que lo definamos de una vez para que no haya dudas.

—Somos jefe y empleada.

—Y amantes.

—Y eres mi casero. —Entrecerró los ojos. —Estás por encima de mí en muchas cosas.

—Y eso no te gusta.

—No.

—Sientes que me da poder sobre ti.

Apretó los labios. —Puede. Si quisieras podrías dejarme sin casa y sin trabajo.

—Pero ese no era el problema hasta ahora, ¿no es cierto?

—No sé... ¿Lo era?

—¡Byanna!

—¡Estoy muy confusa, no me confundas más! —Se apartó. —Mira, no estoy acostumbrada a depender de nadie, ¿vale? —Él asintió. —Y esto me está empezando a agobiar un poco, solo eso.

—Lo entiendo.

Suspiró del alivio. —¿Lo entiendes?

—¿Quieres ir más despacio? Por mí perfecto. Desde mi divorcio no es que yo confíe mucho en las mujeres tampoco.

—¿No confías en mí? ¡Me has enseñado tu manuscrito!

—Confío en ti.

—Pero no quieres una relación conmigo —dijo cabreada.

—¿Pero tú te estás oyendo?

—¿No te he dicho que no tengo las ideas claras?

—¿Te gusto o no?

—Sí. —Entrecerró los ojos. —¿Y yo a ti te gusto?

—Joder nena, me vuelves loco.

Sonrió. —¿De veras?

—Parece que te alegras de que esté mucho más colgado por ti que tú de mí.

En realidad, se sintió genial. —Pues sí.

—¡No tiene gracia!

—¿Eso es lo que te preocupa?

—¡Me preocupa que me estés alejando, eso me preocupa un huevo! —Dio un paso hacia ella. —Porque te quiero a mi lado.

Se emocionó. —¿De veras?

—Sí.

—¿Y no te vale con todas las horas que estamos juntos en el trabajo?

—No.

Se tiró a él abrazándole. —Vale, me comeré los tallarines.

Jefford sonrió. —Y haremos el amor.

—Si te empeñas —dijo divertida.

—¿Entonces lo definimos o no?

Gimió. —¿Es necesario?

Se apartó para mirarla a los ojos. —Sí, nena. Creo que es muy necesario para que lo aceptemos los dos.

—Muy bien.

—¿Lo decimos a la vez?

—Vale.

—A la una... A las dos... Y a las tres.

Los dos se quedaron en silencio a ver lo que decía el otro y después de tres segundos Jefford exclamó —¡No has dicho nada!

—¡Tú tampoco!

—¡Somos novios!

La leche, quería ser su novio. Novio, novio. Su corazón pegó un vuelco en su pecho robándole el aliento. —Uy, que palabra más definitiva.

Él puso los ojos en blanco antes de volverse. —Voy a por los platos mientras terminas en el baño.

Emocionada dijo —Cielo...

Él se volvió para ver como tiraba la toalla al suelo.

—Todavía no tengo hambre, ¿me ayudas a echarme crema en el cuerpo?

A la mañana siguiente estaba sola y suspiró levantándose. Jefford debía estar cambiándose para ir al trabajo. Se puso una bata ligera y salió al pasillo deteniéndose en seco al ver a Anthony de espaldas a ella cerrando la puerta muy lentamente. Cuando empezó a caminar de puntillas le siguió hasta el pasillo y se cruzó de brazos antes de carraspear. Anthony se sobresaltó volviéndose. —¿Esta es tu manera de ir despacio?

Se sonrojó. —Solo hemos dormido.

—Ya, y no podías hacerlo en tu casa porque...

—¿Se me pinchó la rueda del coche?

—Ja, ja.

—Todo va bien —dijo poniéndose la chaqueta del traje.

—Más te vale, o estrenaré la pistola contigo. —Pasó a su lado para ir a la cocina. —¿Un café?

—No tengo tiempo. En una hora y media tengo que estar en el juzgado. ¿Qué tal con mi primo?

Cogiendo la jarra de la cafetera le miró. —¿Y esa pregunta?

—Ayer le vi un poco... Joder, no sé cómo definirlo, está raro para ser Jefford.

Se sonrojó. —¿Raro?

—Pero supongo que lo habéis arreglado. —Reprimió la risa. —Estas paredes son de papel.

Como un tomate le espetó —¿No tenías prisa?

Anthony riendo se alejó y cuando escuchó que cerraba la puerta gimió. —La última vez que te acuestas con él aquí, eso está claro.

La risita de su hermana le hizo poner los ojos en blanco y se volvió. —Buenos días, ¿qué tal la peli?

—Como si me importara la peli. —Cassie fue hasta la nevera. —Dios, es maravilloso. Y hace el amor como nadie.

El que solo había dormido. —¿No me digas?

Su hermana puso el pan en la tostadora y escucharon como se abría la puerta principal. Byanna agarró el cuchillo y siseó —¿Dónde está tu pistola?

—En la habitación.

Jefford apareció en la puerta de la cocina guapísimo con un traje gris y una camisa blanca. —¡Deja de hacer eso!

—Nena, no iba a tocar el timbre, despertaría al niño. Y bastante lloró ayer por la noche.

—Oh, ¿os dio la lata? Son los dientes.

Él se acercó a Byanna y le dio un beso en los labios antes de susurrar —Me acabo de encontrar con Anthony. ¿No le has estrangulado?

Byanna gruñó como si le hubiera gustado antes de volverse para coger el beicon.

—Pero es un niño muy bueno —dijo su hermana como si nada. —Normalmente casi no molesta.

Uy, uy, que lo veía venir.

—¿Hoy vais a hacer algo?

—Tenemos trabajo —dijo Jefford cogiendo unas tazas del armario. —Hay que ultimar el trabajo de mi libro.

—¿Y de qué va?

—Son temas informáticos —dijo Byanna rápidamente. —Algo complejo hasta para mí. Menos mal que solo tengo que pasar al ordenador lo que él escribe.

—¿Vendrás a dormir?

—Seguro que no —dijo Jefford por ella. —Además, si viene Anthony tendréis más intimidad.

—Vale —dijo su hermana encantada.

Menos mal. Adoraba a su sobrino, pero si Anthony quería estar con su hermana, que se acostumbrara a cuidarlo que iba en el lote con ella. —¿Hoy llevarás al niño a la guardería?

—Sí, pero un poco más tarde. Sobre las diez o así, no le gusta mucho.

—Tiene que acostumbrarse. Y sabes que la anterior está descartada por culpa de Mike.

—Lo sé, pero la chica que lo recogió ayer es una borde. En cuanto la vio el niño se puso a llorar.

—Si no estás convencida deberías buscar otra guardería, o contrata a alguien para que le cuide en casa mientras tú trabajas —dijo Jefford.

Se sonrojó. —Solo trabajo tres horas al día, no puedo pagar una niñera y la guardería la paga Byanna.

—¿Solo trabajas tres horas? —preguntó interesado. —¿Y en qué trabajas?

—Telemarketing.

—Mi hermana es licenciada en historia del arte, pero no ha conseguido encontrar trabajo en nada relacionado.

—Conozco a un tipo que trabaja en el Moma. Igual puede echarte una mano. Tengo entendido que a veces buscan gente para los tours y eso. Pero lo importante es entrar, ¿no? Conocer gente en el mundillo. Si quieres hablo con él.

Los ojos de su hermana brillaron de la ilusión. —¿Podrías?
—Se levantó a toda prisa para salir de la cocina.

Jefford la miró y ella le sonrió antes de susurrar —Gracias.

—Nena, es normal que os ayude, somos novios.

—Deja de decir eso —dijo entre dientes haciéndole reír por lo bajo.

Byanna sonrió y su hermana regresó corriendo con una hoja en la mano. —Es mi curriculum.

—Perfecto. Se lo daré a Harry.

—Cielo, ¿por qué vas de traje? Solo te pones traje cuando tienes reuniones con los de arriba y en tu agenda no hay nada de eso.

—Mierda, ¿no te lo he dicho? Tengo una cita en la editorial a las once.

—Oh... —Se volvió con el beicon en el plato. —¿Entonces me encargo de la oficina?

—Dejaré que seas el ogro hasta después de la comida.

Sonrió maliciosa. —Perfecto, incluso sacaré el látigo.

—Esa es mi chica.

—Así que tu chica, ¿eh...? —dijo Cassie antes de soltar una risita.

Dos fuertes golpes en la puerta principal las sobresaltaron y Jefford que había perdido la sonrisa corrió hacia la puerta para abrirla. Desde la puerta de la cocina ambas miraron para no ver a nadie.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cassie asustada.

—Sería algún niño haciendo la gracia —dijo Jefford entrando en la casa.

Cassie suspiró del alivio y regresó a la cocina mientras ella miraba a los ojos a Jefford, que se acercó. —¿Crees que era él?

—Ha podido seguirte desde el trabajo.

—Pero el portero no le dejaría entrar.

—Tú entraste.

—Pero no sabría mi piso.

—Nena, con aparentar ser un repartidor y llevar un paquete en las manos, está hecho. Puede decir al portero que no sabe tu piso y que necesita tu firma para el albarán. —Cogió el teléfono y marcó el cero. —¿Ha preguntado alguien por la señorita Chandler? —Apretó los labios y eso indicaba que sí. Mierda. Al cabo de unos segundos Jefford colgó dando las gracias. —Sí, un chico joven de unos veinte años ha subido con un sobre grande. Dijo que venía de la empresa y que era orden del director que te lo dieran en persona.

—Habrás pagado a alguien.

—Ahora ya sabe en qué piso vivís.

—Hay que avisarla —susurró.

—Se ha estropeado la cafetera —dijo su hermana desde la cocina.

Frunció el ceño. —¿Cómo se va a estropear si es nueva y ha costado una pasta? —Entró en la cocina y vio que la luz roja no estaba encendida. —Se habrá desenchufado.

—Ya lo he comprobado.

Se escuchó un pitido en el exterior antes de un fuerte estruendo y muchos gritos. Jefford fue hasta la terraza con ellas detrás. Un camión se había llevado a dos coches por delante y los había empotrado contra la esquina de un edificio. Era evidente que se había saltado el semáforo.

—Oh, Dios mío... —dijo impresionada porque había dos cuerpos llenos de sangre tirados en la calle.

—No miréis. —Las metió dentro. —Voy a llamar a emergencias.

Sacó su móvil y se detuvo en seco antes de pulsar dos veces el botón lateral. —No funciona.

—No lo habrás cargado. —Fue hasta su bolso y sacó el suyo. Sin aliento le miró. —Está en negro.

Jefford fue hasta la lámpara y le dio al botón. No había luz.

—¿Un apagón? —preguntó Cassie. —Bueno, se pasará enseguida. Habrán saltado los plomos del edificio o algo así.

Al ver como Jefford abría la puerta del piso y miraba las luces de emergencia que estaban encendidas preguntó —¿Cielo? ¿Por qué no funciona el móvil? En otros apagones sí que funciona, al menos durante un rato.

—Nena, no te pongas nerviosa.

—¿Pero qué os pasa? —dijo Cassie divertida mientras entraban en el piso de nuevo. —Con bajar por las escaleras asunto arreglado.

Cogió el teléfono fijo del soporte y pulsó el botón varias veces. —No hay señal tampoco.

—¿No funciona la línea fija? —preguntó Cassie perdiendo la sonrisa. —Eso es raro. Ah, ya entiendo, es que esos inalámbricos van a pilas y se habrán agotado.

—No es un problema de pilas. Byanna ve a vestirme, voy a subir y os venís conmigo.

—Cassie vístete y coge al niño.

—¿Pero qué pasa, Jefford? —preguntó Cassie asombrada por su actitud.

—Todavía no lo sé, pero no os voy a dejar aquí solas. Nena, la pistola.

Corrió hacia su habitación y sacó unos vaqueros con una camiseta de tirantes. Le daba que no iban a ir a trabajar. Se vistió a toda prisa y cogió la pistola para ponérsela en la cinturilla del

vaquero antes de cubrirla con la camiseta. Cassie entró con el niño en brazos aún dormido. Ya estaba vestida con unos vaqueros como ella. —Byanna, todo esto me está asustando.

—¿Has cogido el arma?

—¿La necesitamos? —preguntó aún más asustada.

—Por si acaso, solo por si acaso. Esperemos que vuelva la luz.

—¿Es por Mike?

—No, no es por Mike. Es por algo que puede ser aún peor.

—¿Peor? —preguntó siguiéndola. —Ahora sí que estoy asustada.

—Lo he apagado todo por si vuelve la luz —dijo Jefford saliendo del piso. —Tranquilas, enseguida averiguaremos lo que está pasando. Subamos por las escaleras.

El niño se despertó en ese momento y su madre intentó calmarle. —Quiere su biberón.

Se detuvieron en la escalera y Jefford estaba dispuesto a bajar. Byanna negó con la cabeza. —No, tú sube que ya me encargo yo.

—Pero...

—Voy armada, no te preocupes.

Se empezaban a oír a los vecinos quejándose por el apagón. Le rogó con la mirada. —Ve, así me sacarás de dudas.

Jefford empezó a subir los escalones de dos en dos y Cassie susurró —Creo que estáis exagerando.

Ella no lo creía porque todo lo que Jefford dijo que pasaría en caso de un ataque de la IA estaba ocurriendo. —No es un apagón normal.

—¿Y qué vamos a hacer en su piso? Si no hay luz no hay luz.

—Una de sus recomendaciones era tener baterías auxiliares. Seguro que Jefford las tiene para sus ordenadores. —Entraron en casa y fueron hacia la cocina.

—¿Y qué piensa hacer?

—Soltar el virus que frene a la IA. Es una especie de programa muy avanzado. Si alguien sabe hacerlo ese es él.

Su hermana dejó al niño en la trona y la miró con los ojos como platos. —¿Hablas de Inteligencia Artificial?

Asintió cogiendo a toda prisa el plato del beicon para hacer unos sándwiches. —El niño tendrá que tomar el biberón frío. Le cortaré un plátano. —Se volvió y su hermana no estaba. Asombrada salió al salón para verla en la terraza mirando hacia abajo. Cassie entró en la casa con los ojos como platos. —La gente está saliendo a la calle.

—No se puede llamar a emergencias, no funcionan los semáforos y por lo tanto la ciudad se convertirá en un caos porque es hora punta. Empezarán los saqueos, los asesinatos porque no funcionan las cámaras. Prepárate para el caos. De eso se basa el libro que Jefford iba a publicar. Un apagón mundial provocado por los gobiernos para detener a la IA en caso de emergencia. Aunque no ha desaparecido de internet. Sigue ahí, solo se la ha detenido por el apagón, pero seguirá avanzando si se vuelve a dar la luz. Por eso Jefford hizo el virus, para intentar atarla en el sistema.

—¿Pero si internet está detenido en este momento cómo va a acceder Jefford al sistema?

Sonrió. —Eso no me lo ha contado, pero seguro que sabe cómo hacerlo. Sé que estaba trabajando en ello. Vamos, date prisa. Si está pasando lo que Jefford cree, debemos salir de la ciudad cuanto antes. Aquí no estamos seguros.

Su hermana corrió hacia la cocina con ella detrás. Cassie le dio el biberón al niño que cogió él mismo para empezar a beber. El niño frunció el ceño y Cassie hizo una mueca. —Lo siento cielo, es lo que hay.

—Cómete el sándwich —dijo poniéndole al niño el plato con el plátano antes de correr hacia su habitación. Cogió una bolsa de deporte y empezó a meter ropa.

Cassie llegó y al verla fue hacia su habitación. —¿Cómo saldremos de la ciudad? —gritó su hermana para que la oyera.

—Eso no lo sé —dijo metiendo ropa interior antes de entrar en el baño. Cogió lo imprescindible antes de ir hasta el cajón para coger el dinero que tenía en el tocador. Entonces escucharon la explosión y Cassie gritó desde su habitación.

—¡Date prisa! —gritó antes de salir de la habitación corriendo con la bolsa en la mano para ir hasta la de su hermana.

—Dios mío, Dios mío...

La ayudó a coger las cosas del niño y cuando terminaron fueron a toda prisa hacia el salón. —Nos las llevaremos por si acaso, así no perderemos tiempo si tenemos que largarnos.

Cassie las tiró al lado del sofá antes de correr para coger al niño. Ella cogió los sándwiches y la ayudó con las bolsas. —Vamos arriba.

—¿Crees que Anthony estará bien?

Abrió la puerta y se detuvo en seco al verle a punto de llamar con el puño en alto. —Aquí le tienes.

—¿Estáis bien?

Cassie se tiró a sus brazos con niño y todo. Él la abrazó con ternura. —Todo irá bien. —Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Jefford?

—Está arriba. Vamos, quiero saber lo que está pasando.

Pasaron entre varios vecinos que no hacían más que quejarse de los apagones en la ciudad.

—¿No deberíamos decirles algo? —preguntó Cassie.

—No hasta verificar lo que ocurre —dijo ella.

Anthony cogió al niño en brazos para empezar a subir por las escaleras. —Tu hermana tiene razón. No hay que sembrar el pánico todavía.

Llegaron al ático tan rápido que hasta la sorprendió y eso demostraba que tenían la adrenalina a tope. Abrió con su llave y dejó que el último cerrara. Fue directamente hacia el despacho y

suspiró del alivio al verle ante los ordenadores encendidos.
—¿Tienes acceso?

—Sí —dijo muy tenso.

—¿Es lo que creemos?

Él no dejaba de teclear a una velocidad vertiginosa totalmente concentrado y Anthony dijo —Dejémosle trabajar, creo que ya sabemos la respuesta.

Asintió dejándole el sándwich sobre la mesa. —Intenta comer algo.

Salieron al salón y Cassie preguntó angustiada —¿Qué hacemos, Anthony?

—Esperar a que termine y si no puede solucionarlo, largarnos de aquí a toda hostia porque esto se convertirá en un sálvese quien pueda.

Capítulo 9

Estaba en la terraza viendo el humo negro después de otra explosión. Anthony salió en ese momento y apretó los labios al oír los gritos en las calles.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—Vete tú a saber. Desde una manipulación del gas para intentar comer caliente, hasta que algún descerebrado haya salido armado hasta los dientes para proteger su negocio. Muchos intentarán reventar las persianas para los saqueos, saben que no hay policía para atenderlo todo y hacen negocio. El dinero cada vez valdrá menos. El trueque resurgirá para dominar el mercado. La gente querrá acaparar.

—Dios mío, no tendremos ni medicamentos si enfermamos —dijo preocupada por el niño. —Jaxon se acatarra a menudo.

—Tranquila, lo solucionaremos. Además, en California será todo más fácil.

—¿Y cómo llegaremos hasta allí?

—Mi primo ya lo tiene previsto.

En ese momento Jefford salió a la terraza y muy tenso dijo —Nos vamos, recoger lo imprescindible.

—Tenemos las bolsas aquí. —Dio un paso hacia él. —¿Has podido hacer algo?

—A través de mi propio programa de internet he introducido el virus, pero no sé si funcionará. Solo será efectivo si la IA intentara acceder a él para copiar los datos de los que dispone para seguir alimentándose de conocimiento.

—Pero para eso debería estar activa y se supone que el apagón la ha detenido, ¿no?

—Sigue activa.

—¿Cómo? ¡Si no hay luz! —Al ver como apretaba los labios se dio cuenta. —Las baterías alternas.

—Muchas casas tienen placas solares para alimentarse, además las energías renovables siguen activas. Todo el sistema está interconectado con las empresas eléctricas. La energía está ahí, la IA se las está arreglando para esquivar el apagón. Para nosotros no hay luz, pero ella ha conseguido que el internet, aunque sea en segundo plano siga funcionando.

—Dios mío... —dijo Anthony llevándose las manos a la cabeza. —¿Puede activar armamento?

—No, me he asegurado de eso bloqueando todas las armas del gobierno. Y no creo que pueda tener acceso porque la clave solo la sé yo.

—¿Y el resto de los gobiernos?

—Mi programa se basa en la IA, así que en cuanto se sienta amenazada bloqueará los sistemas de cualquier otro gobierno que quiera atacarnos sin saberlo.

—¿Has metido más IA para atacar a la IA? —preguntó asombrada.

—Nena, para acabar con ella era lo único que podía hacer. Ahora hay que esperar a ver qué ocurre. Haré el seguimiento desde el rancho. Nos vamos.

—Estoy impaciente por largarme —dijo su primo.

Cassie asustada se levantó del sofá con el niño en brazos y cogió la bolsa. —¿Cómo saldremos de la ciudad?

Jefford apretó los labios. —Espero que no te asuste viajar en helicóptero.

Byanna asombrada dijo siguiéndole —¿Cielo?

—Tranquila, mi primo sabe manejarlo.

—¿De veras? —preguntó Cassie con recelo.

Anthony rio por lo bajo. —Se nota que confías mucho en mí.

Salieron del piso y Jefford fue a una puerta del fondo en lugar de ir hacia las escaleras. Ese hombre no dejaba de sorprenderla porque introdujo un número en un teclado y la puerta se abrió por lo que dedujo que tenía batería propia.

—¿Lo tienes aquí?

Jefford sonrió. —¿Para qué crees que compré el edificio? ¿Para tener que lidiar con los problemas de los inquilinos? Tiene helipuerto.

—Cada vez me caes mejor. —Empezó a subir las escaleras a toda prisa y al llegar arriba Jefford metió otra clave en otro teclado y la puerta se abrió mostrando un pequeño helicóptero con forma de huevo. —¿Cabemos todos ahí?

—Tiene capacidad para cuatrocientos kilogramos. Tendréis que sentaros en el suelo tras los asientos. Cuando lo compré no pensé que iríamos acompañados.

—Las cosas cambian, primo.

—¿Está todo listo?

—Lo revisé ayer antes de salir con Cassie. Depósito a tope y todo en orden.

Anthony adelantó el asiento para que pasaran. Cuando se sentaron tras el asiento y colocaron las bolsas Byanna vio que su hermana estaba muerta de miedo. La miró a los ojos mientras los hombres se sentaban delante. —Tranquila.

Cassie cogió su mano como si necesitara asirse a algo y a través del espacio que había entre los asientos vio como Anthony se ponía unos cascos antes de empezar a pulsar botones. Las aspas

empezaron a girar y a Byanna se le puso un nudo en la garganta. El niño se puso a llorar por el ruido y le sonrió cogiendo su osito de la bolsa para ponérselo en los brazos. Cuando el helicóptero se elevó casi le da algo y a su hermana también porque perdió todo el color de la cara. El ruido, la vibración y los nervios le dijeron que aquello no le gustaba un pelo.

—¿Nena? —gritó Jefford.

Mejor disimular que bastante tenían encima. —¡Estamos bien! ¡No te preocupes por nosotras! —Hizo una mueca porque su hermana se estaba poniendo verde y hasta ese momento no recordó que se mareaba hasta en un columpio. —No, no...

Cassie miró a su alrededor, de repente tenía un casco en la mano y estaba vomitando hasta la primera papilla. Y eso que no había desayunado. Byanna con cara de asco miró hacia los chicos que no se enteraban de nada. De repente Jefford gritó —¡Si queréis hablar con nosotros, tenéis un casco de repuesto!

—Déjalo —dijo como si todo fuera perfectamente. —Seguro que llegamos enseguida.

—Hostia, ¿a qué huele? —dijo Anthony. —¿Se ha cagado el niño?

—¡Sí! —gritó Cassie a toda prisa. Como si nada dejó el casco a un lado y lo escondió tras una bolsa de primeros auxilios.

—Joder, es horrible.

Jefford se giró hacia ellas y ambas sonrieron con cara de niñas buenas. —No hace falta que le cambies ahora, ya estamos llegando.

—¡Genial! —dijeron las dos a la vez con una sonrisa de oreja a oreja.

Mirándolas con desconfianza giró la cabeza al frente y Cassie se acercó a ella para susurrar —¿Crees que se darán cuenta?

—Si no te lavas la boca sí.

—Oh... —A toda prisa abrió la bolsa del niño y sacó un zumo. Se lo bebió en tiempo récord y sacó la colonia de Jaxon para

pulverizarla en el ambiente.

El helicóptero empezó a descender para alivio de Byanna, que se dijo que los viajes en helicóptero no eran lo suyo. Cuando los patines tocaron el suelo casi grita de la alegría y su hermana no digamos. Después de darle el niño a su novio bajó de aquel chisme tan rápido que Cassie se cayó espatarrada ante los pies de Anthony. —Hostia, ¿estás bien? —preguntó agachándose.

—Sí, claro. Un despiste.

Jefford por el otro lado agarró las bolsas. —Nena, ten cuidado al bajar.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta?

—¿De qué?

—De que no me gusta volar. —Se volvió y al ver un pequeño avión dejó caer la mandíbula del asombro. —Dime que no es cierto.

—Es la manera más rápida de llegar.

—¡No fastidies! —exclamó Cassie dejando caer la bolsa al suelo.

—¿Tan mal piloto? —preguntó Anthony asombrado a su primo.

—Qué va.

—¿Y un coche? —preguntó Cassie.

—¿Has oído eso de que es la manera más rápida de llegar? —preguntó Anthony irónico.

—¡Oye, a mí con ese tonito no! —gritó Cassie.

—Preciosa, relájate —dijo preocupado. —Estás blanca como la nieve.

—Ay, madre... ¡Byanna haz algo!

—¿Quieres que te noquee? Valium no tengo, pero te puedo noquear.

Asombrados vieron como se lo pensaba. —Vale, me valdrá para subir.

—¡Pero estás loca! —gritó Anthony. Le dio el niño a Jefford que lo cogió de milagro y agarró a su novia por la cintura para subírsela al hombro en plan cavernícola.

Byanna miró a Jefford que estaba guapísimo con el niño en brazos. —¿Subes o te subo?

A ella no le había tocado el romántico. —Subo.

—Bien. —Le puso el niño en brazos. —Tampoco huele tan mal, pero joder, cómo berrea.

Puso los ojos en blanco siguiéndole. —¿No te gustan los niños? —Ante la escalerilla la miró como si hubiera perdido un tornillo. —Vale, lo pillo. —Subió los escalones para ver que Anthony se estaba comiendo a besos a su novia. Las comparaciones eran odiosas.

Se sentó en el primer asiento tras los de los pilotos y él gruñó pasando a su lado. —Venga Anthony, deja eso para luego.

Su hermana soltó una risita. —Esto es mejor que un puñetazo.

—¿Verdad que sí, preciosa?

Byanna puso los ojos en blanco y su hermana se dejó caer a su lado mirándole fascinada. —¿Quieres que lleve yo al niño?

—Déjalo, ahora ya se ha calmado un poco. —Miró a Jaxon a los ojos. —No pasa nada, ahora vamos a viajar en avión. Ya verás, te va a encantar.

El niño con los ojos rojos de tanto llorar la miró espantado. —Sí, tú tampoco vas a ser piloto. Esta familia no tiene ese gen.

—Nena, el cinturón.

—Oh... —Miró hacia abajo, pero con las manos ocupadas le costó pillarlo. Así que su hermana se levantó cogiendo las pestañas para unir las. —Tira bien de la correa —dijo por lo bajo.

—Lo he oído —dijo Anthony divertido pulsando botones.

—¿Tienes licencia para todo tipo de aviones?

—Este es el más grande que puedo llevar. No os preocupéis, he hecho el trayecto muchas veces.

Eso era un alivio, la verdad.

—Mi primo tiene más de mil quinientas horas de vuelo.

—¿Tantas? —preguntó Cassie asombrada.

—Empecé muy joven, mi padre tenía una avioneta de fumigación en California.

Las chicas se miraron con desconfianza. —Nunca hemos hablado de tus padres —dijo Byanna. —¿Viven en California cerca del rancho?

—No, murieron hace tiempo —dijo Jefford. —Arranca de una vez, Anthony.

—¿Y cómo murieron? —preguntó Cassie.

—Un accidente de nada —contestó su novio encendiendo el motor. —Vamos allá.

—Ay, madre... —dijo su hermana por lo bajo. —La vamos a cascar.

—Ha hecho este recorrido muchas veces. ¿Tú sabes lo que son mil quinientas horas? Se podía haber sacado otra carrera. O dos.

—No sueltes al niño —dijo su hermana.

—Tranquila, que no me lo quitaría de los brazos ni el porrazo más gordo de la historia.

Se escuchó un ruido muy raro y Cassie pálida chilló —¿Qué ha sido eso?

—Los alerones. Los estaba comprobando.

—Hay que echarles algo de aceite, hombre. ¿Este cacharro pasa las revisiones?

—Puntalmente.

—No le distraigas —siseó Byanna entre dientes. —Una vez leí que en los despegues y en los aterrizajes es más fácil pegársela.

Cassie se pegó al respaldo del asiento agarrándose a los reposabrazos con fuerza. —Ay mamita, ay mamita...

—A saber dónde está.

—Sí, menuda cabrona.

—Venga, la tabla del dos te distraerá.

Su hermana la miró como si hubiera perdido la chaveta. —No me acuerdo ni de mi nombre, ¿quieres que me ponga a multiplicar?

—Cierto, las matemáticas nunca han sido lo tuyo.

—Menuda mentira, siempre saqué sobresalientes en todo.

—Levantó la barbilla orgullosa. —Hasta te superé a ti en las notas del instituto.

Jadeó. —¡Eso es mentira! ¡Fui la mejor estudiante de mi promoción! ¡Di el discurso de cierre!

—Eso fue porque eras la favorita de la directora. Annie Petterson protestó.

—Annie Petterson era una envidiosa garrapata que no dejó de imitarme durante todo el instituto. ¡Y en gimnasia la superé en nota!

—También protestó por eso.

—Protestaba por todo.

—Por eso tú eras la favorita.

—Uy, uy... ¡Fui la mejor estudiante!

—Yo saqué sobresaliente de historia en el último curso y tú no.

Bueno aquello era el colmo. —No, bonita, tienes mala memoria, ¡sacaste un notable alto!

Cassie se sonrojó. —¿De veras?

—Tranquila, que cuando volvamos a casa te enseño las notas. ¡Las tengo guardadas con la firma de la tía Alice!

—¿Qué fue de vuestra tía?

Ambas miraron al frente y se dieron cuenta de que habían despegado. Jefford se volvió para mirarlas. —¿Está viva?

—Cassie estaba en la universidad cuando le detectaron cáncer en un pecho. Duró seis meses —dijo Byanna.

—Vaya, lo siento.

Cassie reprimió las ganas de llorar. —Intentó ser una buena sustituta de nuestra madre. Sacrificó mucho por nosotras, ¿sabes?

Él miró al niño en sus brazos. —Es que los hijos dan muchas responsabilidades. Te cambian la vida.

—Sí. —Cassie sonrió. —Pero dan muchas alegrías. Y nosotras procurábamos alegrar su vida todo lo que pudimos. Byanna me lo decía a menudo, éramos una carga para ella y debíamos ser buenas, debíamos ser las mejores estudiantes para que estuviera orgullosa y nos quisiera. Y nos quiso mucho. El día que murió lo hizo agarrando la mano de cada una y nos llamó sus hijas. —Emocionada sorbió por la nariz. —La echo mucho de menos.

Jefford mirando los ojos de Byanna contestó —Es lógico, fue vuestra madre muchos años.

Byanna agachó la mirada hacia el niño que se había quedado dormido entre sus brazos. Sabía lo que pensaba, que había intentado ser la hija perfecta para su tía y que así no las rechazara como había hecho su padre. Y puede que fuera así porque para él nunca había sido suficiente. Pero lo había conseguido, su tía las había querido muchísimo y les había dado el amor que necesitaban. Era una pena que se hubiera separado de ellas tan pronto. ¿Qué diría si las viera en ese momento? Rio por lo bajo acariciando la mejilla del niño. Diría que Jaxon era precioso y que menudos novios tenían. Estaría orgullosa de ellas como lo estaba siempre.

—¿Qué piensas, nena?

Le miró sorprendida. —Pensaba en lo que diría si estuviera aquí.

Cassie se echó a reír y Jefford sonrió mientras su hermana respondía —¿Qué diría? Niñas, ¿si se puede ir en coche o barco para qué volar?

Rio por lo bajo porque era cierto que diría algo así. Jefford sonrió. —¿Nunca se subió a un avión?

—Le hubiera gustado conocer Europa, pero en barco, eso seguro.

Cassie suspiró mirando por la ventanilla. —Yo iba a ir a París en mi luna de miel, pero tuvimos que cancelarlo por una mierda de congreso médico en Acapulco. Así que hicimos un recorrido en coche hasta allí. Fue una luna de miel horrible durmiendo en hoteles de carretera y cuando llegamos casi no le vi en dos días. Tenía que haberme dado una pista de lo que me esperaba en ese matrimonio. —Los hombres se miraron apretando los labios. —Y ahora ya nunca conoceré Europa —susurró. —Con este panorama...

—Esperemos que el virus de Jefford funcione —dijo Anthony. —Hay que tener esperanza, preciosa.

Cassie sonrió. —Sí, tienes razón.

El vuelo era largo, Anthony les había dicho que algo más de seis horas. Y no podía poner el piloto automático porque no sabía si se cruzaría con algún avión de camino. Los chicos suponían que al ver la situación en la que se encontraban, las torres de control les habrían hecho aterrizar en los aeropuertos más cercanos. Esas torres como los hospitales también tenían fuentes auxiliares de energía. Pensando en todo lo que estaba ocurriendo se dijo que ellas tenían mucha suerte por tenerles a ellos. ¿Cuánta gente estaría lejos de sus amigos o familiares en ese momento y estarían desesperados por llegar hasta ellos? Miró a Cassie que se había quedado dormida. Sonrió porque la charla la había relajado. En realidad, se habían relajado todos como si subirse a ese avión y salir del caos que era Manhattan les hubiera aliviado.

Jefford se levantó y se agachó a su lado. —Nena, puedes tumbar al niño en esos asientos, llevas horas con él en brazos —susurró. —¿No te duele la espalda?

La verdad era que sí, pero temía que si el niño se volvía cayera al suelo. —Es que se gira y...

Él miró hacia el asiento. —Espera. —Fue hasta la parte de atrás y regresó con varios chalecos salvavidas. Los puso en el suelo ante el asiento hasta llegar a la tapicería por lo que era imposible que el niño se cayera. —¿Crees que así...?

—Está genial, gracias.

Él cogió al niño con cuidado y lo tumbó en el asiento. Byanna suspiró del alivio y se desabrochó el cinturón cerrando los ojos al apoyar la espalda. Jefford la besó en la frente y abrió los ojos para sonreírle.

—¿Estás bien?

—Sí, cielo. ¿Cómo estás tú?

Apretó los labios antes de contestar —Ha sido más pronto de lo que creía.

—Lo sé. Pero estabas preparado.

—Los que me preocupan son los que no tenían ni idea de que pasaría esto. No me ha dado tiempo a advertirles.

—No es culpa tuya, has hecho lo que has podido y estoy segura de que seguirás intentándolo. —Acarició su mejilla.

Él asintió. —Duerme un poco. —Besó suavemente sus labios.

—Cielo, ¿hay baño?

—Lo tienes al fondo.

Se levantó y sintiendo su mirada en su espalda fue hasta la puerta. Al abrirla miró hacia él con picardía. Nunca lo había hecho en un avión y ya que disponían de uno... Al mirar el baño hizo una mueca. Si allí casi ni cabía ella, ¿cómo iba a entrar Jefford?

Escuchó que Jefford reía por lo bajo y ella gruñó entrando al baño. Olvídate del sexo hasta llegar, ¿quieres? Estás fatal de la cabeza. En plena crisis mundial y tú pensando en tener un orgasmo.

Capítulo 10

Las horas pasaban lentamente, pero al fin Anthony dijo que empezaban a descender, lo que fue un alivio porque se moría por salir de aquella lata de sardinas. El niño se había despertado hacía un par de horas muerto de hambre y el biberón que su hermana llevaba en la bolsa no había sido suficiente, así que estaba insoportable berreando como decía Jefford. Por mucho que intentaban entretenerle no lo conseguían. Todos estaban muy tensos. Al ver por la ventanilla que ya estaban muy cerca de tierra estiró el cuello y vio los pastos verdes hasta donde alcanzaba la vista.

—Pensaba que California era más árida —dijo su hermana.

—Son las mejores tierras de cultivo del país —dijo ella. —Me lo ha dicho Jefford.

—Ah...

—¿Listas para ser rancheras? —preguntó Anthony divertido.

—Estamos listas para todo —dijo Cassie.

Byanna se mordió el labio inferior porque no sabía qué podrían hacer ellas allí aparte de estorbar. Pero se dejaría la piel para ayudar en lo que fuera, ya aprendería.

El aterrizaje fue tan suave que Cassie chilló de la alegría aplaudiendo y el niño la imitó. —Qué bien pilotas, cielo.

—Gracias.

El avión llegó al final de la pista y giró para ir hacia un hangar enorme. Todo el dinero que Jefford había invertido en aquello... Un muchacho llegó corriendo y abrió manualmente la puerta con una manivela. —¿Sabía que veníamos? —preguntó sorprendida.

—Seguramente con el apagón ha intuido que no tardaríamos en llegar. —Jefford se levantó y caminó por el pasillo para abrir la puerta. —¿Qué dice la radio, Josh?

—Apagón general, jefe. ¡No saben lo que ha pasado! ¡El gobierno dice que investiga el asunto! ¡Hablan de ciber ataque o algo así!

El avión se detuvo dentro del hangar y Jefford sacó la escalerilla para bajar antes que nadie. —¿Dónde está tu padre?

—En la casa, jefe. Varios de los hombres se han ido abandonando su puesto.

—Lo suponía, quieren estar con sus familias. —Se volvió para ayudarla bajar. —Josh, ella es Byanna, mi novia.

El joven sonrió alargando su mano. —Es un placer conocerla.

Se la estrechó sonriendo. —Gracias, Josh. El gusto es mío.

—Y la que está bajando ahora es Cassie, su hermana, que es la novia de Anthony.

—Todo queda en familia.

Rieron. —Sí, al parecer sí.

Anthony bajó con las bolsas de Cassie al hombro y estrechó la mano de Josh. —Cierra la puerta, mañana me encargaré de revisarlo de arriba abajo y de llenar el combustible, debe estar operativo cuanto antes.

—Entendido, jefe. Tienen el jeep fuera. Yo he venido a caballo, no me esperen, estarán impacientes por comer algo y madre ha hecho asado.

—Yo estoy hambrienta —dijo Cassie.

—Pues se va a chupar los dedos.

—Gracias Josh —dijo Byanna. Cogió la mano de Jefford y salieron del hangar. —Esto es impresionante, cielo.

—No es nada.

—Mi primo es muy modesto. Esta finca tiene seis mil hectáreas y se cultiva de todo. Además, se cría ganado. Es totalmente autosuficiente y encima da dinero.

—Vaya —dijo Cassie impresionada.

—A partir de ahora ganará mucho menos —dijo Jefford abriendo la puerta de atrás. —Vamos nena, pareces agotada.

—No, estoy bien. Solo han sido los nervios. Llegar aquí ha sido un alivio, la verdad.

Él sonrió. —Pues no has visto nada.

—Lo estoy deseando.

Jefford se subió tras el volante y arrancó el motor mientras su primo cerraba la puerta.

Enfilaron un camino y las chicas miraban a su alrededor fascinadas por los campos de cultivo. No se había desaprovechado ni un centímetro. Pero lo que las dejó sin habla fueron las reses que convenientemente separadas de los cultivos se veían a cientos. —¿Cuántas tienes? —dijo impresionada.

—Seis mil cabezas de ganado. La venta de su carne es lo que mantiene el rancho.

—Increíble. ¿Te has criado en una granja para saber de todo esto?

—Sí —respondió sorprendiéndola. —De hecho, nos criamos muy cerca de aquí. La casa de mis padres y sus tierras ya forman parte de esta finca.

—Mi primo ha ido comprando campos hasta llegar a ella.

—Increíble. —Entonces volvió la cabeza y dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Un lago!

—Es un embalse para abastecer la finca y los animales.

Algo abrumada miró a su hermana que tampoco salía de su asombro. Aquello valía muchos millones y ella ni siquiera tenía pasta para pagar a Anthony. Menudo chollo había escogido Jefford. Bueno, algo tendrás para que quiera estar a tu lado, ¿no? Gimió mirando a su alrededor. Entonces la vieron, una casa amarilla enorme que parecía sacada de Falcon Crest. Leche, era igual que la maqueta excepto por el tamaño porque era impresionantemente grande.

—Dios mío, es una casa victoriana —dijo su hermana tan impresionada como ella.

—Data de mil ochocientos cincuenta y tres —dijo Anthony. —Mi primo especificó en la restauración que quería que fuera exactamente como la original. Hasta se pintaron los frescos del techo.

—Qué maravilla. Es preciosa. ¿Has visto, Byanna? Tiene una torre y su tejado acaba en punta.

—Ese es un espacio exclusivo de Jefford. Sitio vetado, Cassie, tendrás que rogarle para que te la enseñe por dentro. Yo todavía no lo he conseguido.

—Y qué porche, es como una casa de cuento. —Le arreó un codazo. —¿Has visto?

La fulminó con la mirada. —Sí, la he visto.

—Vale... Cómo te pones.

Gruñó mirando la casa. Y ella viviendo encima de una lavandería. ¡Ja! ¡Y los jardines eran para morirse, llenos de flores por todas partes! ¿Estaba en una realidad paralela?

—Nena, ¿estás bien?

—Me muero por algo fresco.

En ese momento salió al porche una pareja vestidos con vaqueros, botas y camisas de cuadros, que sonreían de oreja a oreja como en un anuncio de dentífrico. Sí, estaba en una realidad paralela.

—Jefe, qué bien que ha llegado —dijo el hombre bajando los escalones para abrirle la puerta.

—Will es un gusto estar aquí, te lo aseguro.

—¿Se estaban poniendo las cosas feas?

—Bastante. —Le dio la mano. —¿Funcionan los generadores y las baterías?

—Ahora solo estamos con las baterías de energía solar, no he querido probar los generadores para no agotar el combustible. Tenemos luz y agua caliente.

—Perfecto. —Ella se puso a su lado con una sonrisa en los labios. —Ella es mi novia, Byanna Chandler.

—Oh... —dijo con sorpresa. —Encantado de conocerla.

La mujer se puso a su lado. —Ella es mi esposa, July.

—¿Los padres de Josh?

—Sí —dijo la mujer dándole la mano.

—Encantada de conocerles.

—El gusto es nuestro, señorita Chandler —dijo Will.

—Por favor, llámame Byanna.

Jefford hizo las presentaciones y July se enamoró al instante de Jaxon quitándoselo de los brazos a su madre. —Se muere por ser abuela —dijo Will encantado de que estuvieran allí.

Cassie forzó una sonrisa algo inquieta por el niño pues era una desconocida y su novio le dijo algo al oído que la alivió. Entraron en la casa y Anthony dijo —Subiré las bolsas.

—Gracias —dijo Byanna sin saber muy bien qué hacer.

—Me muero por una cerveza. —Jefford fue hasta la enorme cocina hablando con Will sobre que los dos coches eléctricos no serían suficiente para lo que se les venía encima. Jefford le dijo que no se preocupara, que él iría a caballo. Mientras, ella impresionada con su hermana al lado miraban todo como si estuvieran en una película.

—Han restaurado cada pedazo de la casa —dijo Cassie mirando los rosetones que había en las enmarcaciones.

—Sí... —Elevó la vista para ver las hermosas flores en colores pastel del techo. —Es impresionante.

—Nena, ¿quieres una cerveza?

Metió la cabeza en la cocina que era dos veces el piso que tenían en Nueva York. —Prefiero un refresco de cola.

July, sin soltar al niño que ya comía encantado una galleta, dejó una lata de refresco con un vaso sobre la larga mesa de madera. —Ahora os pongo algo de comer.

—Gracias. —Se sentó a la mesa y abrió la lata mirando por la ventana. Cassie no dejaba de hacer preguntas sobre la casa y July le contestaba encantada mientras Will y Jefford no dejaban de hablar del trabajo en la finca. Sin poder evitarlo se sintió muy pequeña, como si todo aquello la sobrepasara y la pregunta de qué hacía un hombre como él con ella no dejaba de acosarla.

Abrazada a él después de hacer el amor Jefford acarició su espalda hasta llegar a su nalga. —Nena, quiero que hagas prácticas de tiro. Ya lo he hablado con Will y le dirá a su hijo que os las dé hasta que sepáis lo que hacéis.

—Ajá.

—Has estado muy callada desde que llegamos, ¿estás bien?

—Sí, por supuesto.

Él la agarró por el cabello suavemente para elevar su rostro. —¿Me estás mintiendo?

—No, claro que no. Es que todo esto descolocaría a cualquiera, ¿no crees?

Jefford asintió. —Pero tengo la sensación de que te preocupa algo más.

Agachó la mirada. —No, estoy bien, de verdad.

—Nena...

—¿Por qué estás conmigo?

Parpadeó demostrando que la pregunta le sorprendía.

—¿Cómo has dicho?

—Casi no nos conocemos, ¿por qué me has traído?

—No iba a dejarte en Nueva York —dijo como si hubiera dicho un disparate.

—¿Por qué?

—Joder, eres mi novia.

—Decidimos que era tu novia apenas unas horas antes de esto. Nos acabamos de conocer y me has traído aquí...

—¿Te sientes atrapada?

Le miró sorprendida. ¿Era eso? Suspiró dejándose caer a su lado. —No lo sé.

—Nena, sé que eres muy independiente, pero esta es una situación excepcional.

—Que puede durar mucho. No dejo de pensar qué haré aquí, qué pinto en tu vida. En esta vida.

Jefford se echó a reír.

—Eh, no tiene gracia.

—¿No puedes dejar que esa cabecita le dé vueltas a todo?

Se sonrojó. —Mira quien fue a hablar. —Se sentó en la cama.

—Has montado un mundo aquí, como en una de tus maquetas. Y no sé si tengo un sitio en él.

Él acarició su muslo. —Tienes un sitio, este es tu sitio. Estás algo confundida porque lo nuestro ha pasado muy deprisa, pero todo saldrá bien.

—Más nos vale que salga bien porque vivo en tu casa.

Jefford perdió la sonrisa de golpe. —Lo dices como si tuvieras que obligarte a estar conmigo.

—Lo que no quiero es que tú te sientas obligado a estar conmigo.

—¿Quieres dejarlo ya? —preguntó cabreado. —¡Estamos juntos y ya está! ¡A mí nadie me obliga a nada! —Se levantó yendo hasta el vestidor y ella desde la cama vio cómo se ponía unos vaqueros. —Joder, qué complicada eres. —Agarró una camiseta y fue hasta la puerta. —Me voy a trabajar.

Salió de la habitación dando un portazo y ella reprimió las lágrimas dejándose caer sobre el colchón. Ahora sí que la había fastidiado. —Tú y tu maldita boca. Todo iba bien y tenías que estropearlo con tus estupideces.

La puerta se abrió de nuevo y Jefford gruñendo entró en la habitación. A Byanna se le cortó el aliento cuando llegó hasta ella y se sentó a su lado. —Nena, ¿tienes miedo?

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Sí.

—Yo también.

Se abrazó a él con fuerza. —Siento ser así.

—Pues yo no lo siento. Porque eres fuerte, inteligente, persistente, cabezota y preciosa.

Ella rio sobre su hombro. —¿Cabezota?

—Nena, no paras hasta que haces lo que te propones y cuando una idea se te mete en la cabeza incluso te boicoteas a ti misma. Boicoteas lo que vivimos. No rompas nuestra relación por el miedo. No te dejes llevar por el miedo, preciosa. No lo permitas. Si estoy contigo es porque no puedo dejar de pensar en ti, porque quiero estar a tu lado. Todo lo demás no importa.

Sabía que tenía razón y se apartó para mirar su rostro. —Lo siento.

—Es lógico que estés asustada, todo esto es nuevo para ti, pero te va a encantar vivir aquí hasta que todo se solucione. Piensa que estás de vacaciones.

Sonrió. —Vacaciones, ¿eh? Nunca me he tomado unas.

No pudo disimular su sorpresa. —Pues serán las mejores de tu vida, te lo aseguro. —Se levantó y fue hasta el vestidor cogiendo una camiseta. —Ponte esto.

—¿Por qué?

—Voy a enseñarte algo.

Le miró ilusionada. —¿La torre?

Él sonrió. Loca de contenta se puso la camiseta a toda prisa y corrió hacia la puerta haciéndole reír. Le esperó en el pasillo impaciente y le señaló una puerta del fondo. —¿Por aquí? —susurró. Asombrada vio que tenía una rosca como las cajas fuertes. —¿Pero qué tienes ahí arriba?

—No me gusta que toquen nada. Y no sé lo que pasa cuando no estoy.

—Entiendo. —La puerta se abrió y ella la empujó lentamente para ver la escalera de caracol, pero en las paredes ya vio que aquel era su mundo porque había maquetas hasta el techo sobre unas estanterías hechas especialmente para ellas.

—Esta es la primera que hice.

El barco pirata era enorme y le miró asombrada. —¿En serio hiciste esto de niño?

—Me llevó muchas horas. Las velas las he sustituido después de unos años, el polvo, ya sabes.

Fascinada empezó a subir las escaleras admirando su trabajo. Había otros barcos y también una casa de muñecas pintada de azul. Hasta tenía unas gallinas en el porche. —Es preciosa.

—Era nuestra casa. La primera que hice por mí mismo. Pero no se puede abrir, es solo el armazón.

—¿Cuántos años tenías cuando la hiciste?

—¿Once? Por ahí.

Siguió subiendo, pero se detuvo en el último escalón al ver lo grande que era la torre por dentro. Había maquetas mucho más grandes allí y cuando vio el balcón de la casa de Nueva York se

quedó sin aliento acercándose de inmediato. —Desde aquí se verá la que estás haciendo en Manhattan, ¿no?

Él sonrió. —Exacto. Tengo pensado poner toda la maqueta bajo una cúpula a la que se accederá desde el balcón.

—Impresionante. —Rio. —Cielo, a este paso necesitarás otra torre.

—Tengo pensado hacer un anexo a la casa para trasladarlas todas allí. —Hizo una mueca. —O eso pensaba antes, ahora todo ha cambiado. Será un problema continuar, incluso para encontrar los materiales de las maquetas.

—Te las arreglarás, sé que lo harás. —En el centro de la cúpula había varias pantallas de ordenador que estaban encendidas y perdió parte de la sonrisa. —¿Sabes algo más?

—Todavía no.

Se acercó a él y le abrazó. —No trabajes esta noche

Él acarició su trasero bajo la camiseta. —¿Tienes una oferta mejor?

Ronroneando cerró los ojos disfrutando de sus caricias. —Una mucho mejor.

—Pues no pienso rechazarla.

Su hermana dejó al niño sobre la toalla en el jardín y se sentó a su lado en la silla de mimbre. —Esto es vida.

—No te fíes —dijo distraída pasando la hoja del libro. —Ahí fuera las cosas no van bien.

Cassie se acercó. —¿Has oído algo?

Cerró el libro de golpe y susurró —Cuando he bajado a desayunar, July estaba hablando con su hijo. Al parecer en el pueblo

que está aquí cerca, la gente se está exaltando. Le ha dicho que si va a ver a su novia tenga cuidado.

—¿Tan mal están las cosas?

—La gente no puede sacar dinero del banco, no hay suministros, ¿cómo estarías tú si no pudieras ir a comprar comida para tu hijo?

—La sacaría de donde fuera.

Byanna levantó una ceja y Cassie se llevó la mano al pecho.
—¿Crees que vendrán aquí?

—Aquí tenemos de todo. Agua, luz... En una situación así es la ley del más fuerte. No tardarán en venir para intentar arrebatarnos todo por lo que Jefford ha luchado. Te aconsejo que no te separes de la pistola.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque en Nueva York estaríamos mucho peor. —Abrió el libro de nuevo. —Hay que ser positiva y yo pienso luchar por la vida de los míos con uñas y dientes.

—Eso es lo que quería oír, preciosa.

Se volvió sonriendo. Jefford con el arma en una cartuchera a la cintura se acercaba con Anthony a su lado. —Hola cielo, ¿todo bien?

—He hablado con los hombres que se han quedado. He negociado con ellos.

—Joder... —dijo Anthony sentándose a la mesa y sirviéndose la limonada que Byanna había hecho. —Eres un negociador nato, primo.

—¿De qué habéis hablado?

—Tendrán todas las comodidades, comida y parte de las cosechas por su trabajo.

—¿No has negociado con dinero?

—Saben que el dinero ahora mismo vale muy poco y yo no quiero agotar mis reservas.

Asintió porque tenía razón, mejor tirar de las cosechas para que trabajaran en ellas. —¿Y qué más?

—Deberán proteger la finca. Afortunadamente todos tienen armas y no tendré que dar las mías.

—¿Y los del pueblo?

Él levantó una ceja. —Al parecer las noticias corren.

—Los del pueblo están exaltados.

—Intentaré que se relajen. Iré esta tarde a ofrecer trabajo. Necesito vaqueros y esto ya lo tenía previsto.

—Lo que no haya pensado mi primo...

Sonrió orgullosa de él y se levantó para abrazarle por el cuello. —Así que lo has pensado todo.

—Espero que sí, nena. —Besó sus labios suavemente. —¿Comemos? Quiero salir hacia el pueblo después de la comida.

—Iré contigo.

Se tensó. —Ni hablar.

—Con una mujer en el grupo estarán más receptivos.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

Capítulo 11

Josh fue a avisar una hora antes de su llegada para que se reunieran en el ayuntamiento. Cotting Hill era un pueblo muy grande y la mayoría de la gente que no trabajaba en las tiendas del centro, se dedicaba a la agricultura o la ganadería.

Las casas eran de madera pintadas en distintos colores. La sorprendió lo bonito que era, pues todos los edificios estaban muy cuidados y tenían flores en las ventanas. Sonrió al ver ante el ayuntamiento de ladrillo rojo una estatua de bronce de un hombre con una pipa en la mano. —¿Quién es?

—Frank Cotting. El fundador del pueblo —dijo Anthony.

Jefford detuvo el coche ante el ayuntamiento. —Nena, aquí son un poco raros con los de fuera. Sonríe mucho y si ves a una mujer mayor con el cabello teñido de naranja, hazle la rosca, es la presidenta de las amas de casa. La necesitamos de nuestro lado.

Asintió. —Comerá de mi mano.

Él sonrió abriendo la puerta. —Estoy seguro.

Salió del coche y él la esperó para cogerla de la mano mientras su primo la flanqueaba por el otro lado. —Y por cierto... —dijo él antes de carraspear. —Diré que eres mi prometida, para que vean que vamos en serio.

Lo entendió, eran tradicionales y mejor no dar cotilleos.
—Vale.

Él suspiró del alivio. —Vamos allá.

Les esperaba un hombre ante la puerta y Jefford sonrió alargando la mano. —Alcalde Müller...

—Me alegro de que estés por aquí, chico. Las cosas se están poniendo difíciles en Nueva York.

—Decidí venir con los míos. Hay que ayudar a la comunidad.

—Eres un ejemplo a seguir.

—Le presento a mi prometida, Byanna Chandler. Preciosa, es el alcalde David Müller.

—Un placer, alcalde —dijo dándole la mano.

—Espero que esa boda se celebre aquí.

—En cuanto mejoren las cosas —dijo Jefford.

—Pasa, todos están impacientes por oírte.

Entraron en un hall y el alcalde fue hacia la derecha donde vieron una sala al fondo llena de gente. —Han venido todos. Las noticias fuera de aquí no son buenas y están muy preocupados.

—¿Qué dice el sheriff?

—Que como pille a alguien robando le pegará un tiro sin ningún remordimiento.

Anthony sonrió. —Mark siempre tan delicado.

Un hombre con un traje caqui apareció en la puerta. La chapa en su pecho indicaba su posición. —Joder amigo, te veo bien —dijo Anthony dándole una palmada en la espalda.

—Fuimos juntos al instituto —le explicó Jefford antes de darle la mano. —Mark ella es Byanna, mi prometida.

—Pues no lleva anillo.

—Oh... —Se miró la mano y sonrió como si nada. —Es que me lo pidió en el viaje. Con toda esta crisis, mi amorcito se ha dado cuenta de que no quiere vivir sin mí. Jefford es así. —Entró en lo que debía ser un salón de reuniones del pueblo y sonrió a una y a

otra. Pilló a la del pelo naranja enseguida y como si nada se acercó a ella que estaba en primera fila. Cuando llegó hasta la anciana preguntó —Disculpe, ¿puedo sentarme a su lado? Es que mi prometido quiere tenerme cerca.

La mujer arrastró el culo en el banco a toda prisa. —¿Y quién es tu prometido, niña?

—Jefford.

—Oh... —Sus ojos brillaron porque tendría información de primera mano. —¿Y cómo has pillado al chico de oro?

—En realidad me ha pillado él. —Se sentó a su lado y suspiró. —Es muy convincente. —Alargó la mano. —Byanna Chandler.

La mujer soltó una risita. —Victoria Hugges. Y sí que lo es. Un genio, eso es lo que es.

—Sí —dijo orgullosa. Al ver cómo se acercaba se dio cuenta de lo que lo respetaban los hombres del pueblo. Todos se levantaron a darle la mano a él y a su primo. —Qué buena comunidad.

—No estarás acostumbrada a esto viviendo en una gran ciudad, pero aquí nos conocemos todos.

—Debe ser un sitio increíble para crecer.

—Sí que lo es. Yo crie aquí a seis hijos. —Hizo una mueca. —Aunque todos se han ido. Y ninguno se ha acercado a ver cómo estaba su madre.

—No se lo tome en cuenta, la situación en las ciudades es muy complicada. Estoy segura de que están muy preocupados por usted.

—No sé qué decirte, me tienen muy confundida, la verdad. Aunque en Navidad vinieron todos.

—¿Ve cómo es importante para ellos? Recemos porque todos los que estén fuera de aquí estén bien.

—Sí, niña, hay que rezar mucho que esto tiene muy mala pinta.

Ambas miraron hacia delante donde los hombres se estaban sentando en unas sillas mientras el alcalde se acercaba al atril. —Vecinos, todos sabemos la situación tan delicada por la que pasan muchas familias. Algunos no tienen reservas de comida y esta empieza a escasear, no hay manera de comunicarse con el ejército y nuestra situación cada vez es más complicada. He intentado buscar soluciones, pero no encuentro la manera de ayudarlos. Afortunadamente Jefford y Anthony han llegado al pueblo. Escuchémoslos, después discutiremos las opciones. —Miró a Jefford. —El atril es tuyo.

Él se levantó y se acercó para hablar. La miró a los ojos y ella sonrió dándole ánimos. —Me conocéis desde niño, sabéis como soy y que tengo palabra. Sé que necesitáis ayuda y estoy dispuesto a echar una mano a mi comunidad.

—¿Cómo tú estás tan preparado? —preguntó un hombre de manera agresiva. —¡Seguro que sabías algo!

Byanna miró hacia allí para ver un hombre de la edad de Jefford y por cómo le miraba parecía que su novio tenía la culpa de todo.

—Es ridículo que pienses que tengo algo que ver en esto. Pregúntale al gobierno qué es lo que han hecho para que estemos así.

—Eso —dijo una mujer furiosa. —El chico no tiene nada que ver, ¿crees que nos haría daño a propósito?

—Es Tom Holland —susurró la señora Hugges . —Un mal bicho, y no le gusta nada tu novio después de que en un partido de béisbol le rompiera la nariz sin querer.

—¿No me diga? —Miró al frente donde Jefford intentaba contenerse.

La gente empezó a discutir y Jefford dijo bien alto —Amigos, ¿puedo hablar?

Todos le miraron demostrando el respeto que le tenían. —Es evidente que tenemos que protegernos entre nosotros. El sheriff no da a todo y debemos apoyarnos entre vecinos. He hecho que mi

casa sea autosuficiente consiguiendo la energía por luz solar. Sé que muchos tenéis generadores, pero la gasolina no durará para siempre para proporcionar luz en vuestras casas. Por lo que necesitáis otro sistema, uno como el mío y aunque pensaba dároslo en Navidad durante la fiesta, ha llegado el momento de adelantar ese regalo. Cada casa del pueblo recibirá un kit de placas solares con su generador propio.

Varios murmuraron sorprendidos.

—Las casas serán tan autosuficientes como la mía. Pero os advierto, no habrá más material. Los kits son limitados y si alguno estropea algo en el montaje no habrá sustitución.

—Es muy generoso —dijo Victoria.

—Sí que lo es —susurró impresionada.

—También será función vuestra proteger los kits. Si a alguien le roban algo el sheriff intervendrá, pero no hay juez ni más justicia que la suya, por lo que asumiréis las consecuencias.

El sheriff con los brazos cruzados asintió.

—Ahora vayamos con el tema de la comida. Todos sabéis que mis tierras son abundantes. Muchos tenéis pastos, pero no maquinaria para trabajarla debido a la falta de combustible, por lo que perderéis las cosechas. Yo propongo que entre todos los vecinos y cuando digo todos, digo al menos una persona de cada casa que disfruta de las placas solares, deberá ir a los campos a trabajar hasta recoger las cosechas. Somos una comunidad y todos debemos aportar.

—¡Tú tienes más tierras que los demás! —gritó Tom haciendo que todos le miraran como si fuera idiota.

—Sí, lo sé. Por eso no hablaba de mis tierras en ese trato.

—¿Y cómo vas a recolectar lo tuyo? ¡No puedes perder todo ese grano! ¡Ni las uvas para el vino! —gritó otro hombre.

—Mi cosecha es veinte veces más grande que la vuestra y mi ganadería la más numerosa a cien kilómetros a la redonda. Es una reserva que todos debemos proteger.

Un anciano se levantó. —¿Qué quieres decir con reserva?

—Se avecinan momentos muy duros para todos, no estará mal contar con mi grano y mi carne. Pero para eso necesito vaqueros y agricultores que se dediquen a cuidar dicha reserva. Cada hombre cobrará en especias por ello según se coseche. Varios de mis trabajadores han decidido quedarse con ese trato. Si alguno más quiere sumarse será bienvenido a la finca.

—Quieres un ejército para tus tierras —dijo Tom con desprecio.

—¿Tú eres idiota? —gritó ella levantándose sin poder evitarlo. —¡Solo intenta ayudarnos a todos! ¡Qué has aportado tú a esta comunidad!

—¿Y tú quién coño eres?

—Su prometida —dijo su nueva amiga. —¡Y tiene más razón que un santo! A ver si te callas de una vez, que me pones de los nervios, imbécil.

Tom les miró con odio antes de largarse del salón mientras varios aplaudían y todo.

—Byanna, siéntate —dijo Jefford como si fuera un desastre.

Se sonrojó. —Lo siento, no he podido evitarlo. Me ha sacado de quicio.

—Se nota que es neoyorkina, amigos —dijo el alcalde haciéndoles reír.

Como un tomate se sentó y Jefford sonrió. —¿Alguna pregunta?

—¿Esos tratos irán por escrito?

Anthony se levantó. —¿No basta la palabra de los Herdman?

El hombre se avergonzó. —No he querido decir eso, pero las palabras se las lleva el viento.

—Anthony, ¿quieres aclararlo tú?

Su primo se acercó a él. —Debido a las circunstancias en las que nos encontramos ese papel no serviría de nada. No se podría

concretar por escrito ni la cantidad que recibiría nadie, porque eso depende de las cosechas y del número de participantes. Tampoco habría fecha de fin de contrato, porque nadie sabe cuánto durará esto si no es que dura para siempre.

—¿Para siempre? —dijo una mujer asustada. —Mis hijos están fuera.

—Señora Warren, puede que vengan. Puede que vengan todos. Puede que el pueblo crezca ahora que es más difícil vivir en la ciudad. Lo he hablado con mi primo y lo más probable es que la gente de las ciudades se traslade al campo para tener alimento. Esos éxodos son normales en estas circunstancias.

—¿Desconocidos en el pueblo en estas circunstancias? —preguntó una mujer escandalizada. —¡Nos lo robarán todo!

El sheriff se acercó al atril. —¡Mucha gente necesitará ayuda! Si fueran vuestros hijos querríais que les ayudaran.

Un hombre se levantó. —Pero es que tenemos que ayudar a los nuestros y como has dicho no sabemos cuánto puede durar esta situación. ¡Si agotamos nuestros recursos con desconocidos nos quedaremos sin nada!

La gente empezó a murmurar dándole la razón y ella lo entendía, tenían miedo de perder lo que necesitaban, pero si ella llegara al pueblo con su hermana y su hijo querría que la ayudaran. Ese sería un tema muy problemático en la comunidad.

Jefford se puso ante el pueblo. —Es un tema que tenemos que discutir. Dejémoslo para después. De momento hablemos de nosotros. ¿Estáis de acuerdo con lo que he propuesto? Quien diga que sí que levante la mano.

Todos levantaron la mano de inmediato y ella suspiró aliviada.

—Bien, ¿quién quiere trabajar para mí? ¿Quién quiere recibir parte de mis recursos por su trabajo y proteger el resto?

El mismo hombre se levantó. —Tu propuesta me parece muy bien, ¿pero que harás con el resto de tus recursos después de pagar

porque los protejamos? No puedes venderlos, ¿y si serán una reserva qué harás con ello?

—Reservaré un fondo para mi familia y para los que trabajan para mí. El resto se guardará o se negociará con otros pueblos para conseguir lo que nuestra comunidad necesita. Se hará un grupo negociador que se encargará de ir a otros pueblos para conseguir medicinas, por ejemplo. Serán muy necesarias.

Un hombre algo más joven se levantó. —De momento en la farmacia del consultorio tenemos de todo, pero enseguida empezarán a faltar los medicamentos para la tensión. Nuestra población es mayor en su mayoría y los necesitaremos.

—Bien, será lo primero que se busque. ¿Alguna pregunta más?

El hombre que aún seguía de pie dijo —Yo solo me fío de ti para hacer esto. Si tú vas a negociar diré que sí a todo, pero solo si tú supervisas los tratos a los que se lleguen.

—Me comprometo a ir. ¿A los demás les parece bien?

Casi todos asintieron. —Muy bien, ¿cuántos se vendrán a trabajar para proteger las reservas?

—¿Si tenemos ranchos también podemos ir? Mi cosecha es pequeña, si quiero negociar con lo mío no será suficiente.

—Podríais trabajar en turnos. ¿Nena? —Se levantó sorprendida. —Byanna es la mejor organizadora que conozco. ¿Te encargarás de los horarios y que todo sea equitativo en cada trabajo?

—Por supuesto. Y también me puedo ocupar de calcular lo que le corresponde a cada uno en los repartos según sus horas de trabajo.

—¿Os parece bien? Os aseguro que no he trabajado con nadie más eficaz.

Se sonrojó de gusto mientras todos asentían.

Ella pidió hojas y un lápiz. Empezó a apuntarlo todo. Se pasaron dos horas perfilando cada punto para que hubiera acuerdo.

La discusión más encarnizada fue la de los forasteros. La mayoría del pueblo se negaba a que viniera gente de la ciudad, a no ser que fueran familiares de los que ya vivían allí.

—¿Y un primo tercero? —preguntó una mujer molesta. —¡A este paso recibiremos a todos los Estados Unidos! ¡Hay que poner un límite! Hijos y nietos, nada más.

Byanna molesta se cruzó de brazos mirando a Jefford que para su sorpresa asintió. —La señora Prescott tiene razón, debemos poner un límite.

No pudo disimular su sorpresa y él que lo vio apretó los labios. —Los recursos son limitados. Además, cuanta más población, más difícil será controlar la situación y no tenemos más que al sheriff y a su ayudante. No queremos que esto se nos vaya de las manos.

Muchos asintieron. —Muy bien, votemos —dijo el alcalde con ganas de meter baza. —¿Solo hijos y nietos?

Casi todos levantaron la mano. Miró a la señora Hugges que estaba a su lado y parecía apenada. —Tengo una sobrina que es como mi hija.

—Lo entenderán y dejarán que se quede.

—Si llega a venir, espero que sí.

—A mi hermana y a mí nos crio nuestra tía. Y nos quiso más que nuestra propia madre. Yo la entiendo perfectamente y los demás también lo entenderán, estoy segura.

Se hablaron de varias cosas más como del uso de la gasolina que aún quedaba en la gasolinera. El dueño de ese negocio también estaba allí. Dijo que los tanques afortunadamente estaban llenos porque se habían llenado justo la noche antes. Temía que alguien robara de los tanques. Él no podía vigilar las veinticuatro horas si

tenía que ir a trabajar a la finca de Jefford. Se decidió que Byanna hiciera turnos de trabajo de vigilancia con los vecinos y serían retribuidos como los que iban a trabajar a los campos.

También se habló de las armas. El sheriff dijo que todos tenían derecho por ley a llevar armas y más en esa situación. Pidió a los vecinos que estuvieran pendientes de las casas vacías o de los vecinos que vivían solos, debían ser solidarios los unos con los otros. Se dijo que se reunirían una vez a la semana para tratar los problemas y con eso se levantó la reunión. Afortunadamente, porque a Byanna ya le dolía la mano de tanto apuntar. Salieron de la reunión hablando con los vecinos que estaban encantados de tenerles allí y la señora Potter sonriendo le dijo —Menos mal que ya estáis casi casados, porque sino no podrías quedarte.

El cura que hasta el momento no había dicho mucho dijo —Tendrán que casarse cuanto antes para cumplir la ley, ¿no sheriff?

Mark miró de reojo a Jefford. —Pues sí.

Byanna es que ni sabía qué decir, fue Anthony el primero en contestar —¿Me estás diciendo que debo casarme cuanto antes con mi novia y privarme de una celebración como Dios manda por lo que se ha aprobado en la reunión?

—Es lo que se ha votado entre todos. Esto sigue siendo una democracia, Anthony. Aunque no lo parezca.

—Vamos —dijo Jefford sin disimular su enfado. —Le avisaremos, padre.

El padre Legrand asintió. —Tengo radio, supongo que vosotros también. —Sonrió. —Dial cuarenta y cinco.

Jefford asintió y la cogió del brazo para ir hacia el coche. Pasmada susurró —¿Preveías esto?

—Sabía que no admitirían a todos. No pasa nada, nos casamos y ya está.

¿Cómo que se casaban y ya estaba? ¡Si prácticamente acababan de conocerse!

—Joder, Cassie se va a poner de los nervios con eso de que puedan echaros.

—Nena, no pongas esa cara. Son circunstancias especiales —dijo molesto. —¿O quieres que te echen?

¿Y a dónde irían? Dios mío, qué lío.

Jefford apretó los labios soltando su brazo. —Joder, parece que es un sacrificio enorme para ti casarte conmigo. —Fue hasta la puerta del conductor y abrió. —Sube.

—Pero...

La advirtió con la mirada. —Sube al coche, tenemos que irnos.

Sintiéndose observada por parte de los habitantes del pueblo, abrió la puerta de atrás y se subió. —Mierda —dijo por lo bajo mientras él arrancaba.

—¿Mierda? ¿Mierda? —preguntó Jefford mosqueadísimo. —¡Nena, no eres familia hasta que no te cases conmigo! ¿Qué quieres que haga? ¿Crees que esto me gusta? ¡Parece que te estoy poniendo una pistola en la cabeza para casarte!

—¡No quiero casarme por obligación y tampoco quiero que tú lo hagas!

—Pues no queda otra que programar estas bodas cuanto antes —dijo Anthony. —Porque no pienso permitir que Cassie y el niño tengan que salir de la finca. ¿O quieres jugarte su vida por una posición absurda? ¡Aquí estáis seguras!

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración y susurró —Yo quiero casarme por amor.

Jefford la fulminó con la mirada a través del espejo retrovisor. —¡Pues es lo que hay!

Se mantuvieron en silencio durante todo el camino a casa y en cuanto frenó Byanna salió corriendo porque ya no podía contener más las lágrimas. Su hermana en el porche con Jaxon la miró sorprendida. —¿Qué pasa?

Ella no contestó entrando en la casa y corrió escaleras arriba para ir a su habitación. Se sentó en la cama y sollozó. No quería que se sintiera obligado a casarse con ella, no quería forzarle a eso, no era justo. Ya les había dado mucho.

Jefford entró en la habitación y cerró de un portazo sobresaltándola. —¿Pero a ti qué coño te pasa?

Se mantuvo en silencio sintiéndose como cuando su padre la gritaba diciendo que era idiota, lo que le provocó unas terribles ganas de llorar. Las lágrimas cayeron por sus mejillas sin poder evitarlo.

—¡Solo tienes dos opciones! ¡O te casas o te largas de aquí!
—Fue hasta ella. —¡Joder, al menos podrías haber disimulado un poco frente a los del pueblo! ¡Es evidente que no eres la novia enamorada que esperan de mi prometida!

—Lo siento —susurró. —Me ha sorprendido.

—¡Eso es evidente! ¡Siento que no puedas casarte por amor, pero las cosas son así y más nos vale que intentes disimular porque se darán cuenta de que todo es un engaño! ¡Llamaré al cura por radio y le diré que nos casaremos mañana!

Salió de la habitación dando otro portazo y ella cerró los ojos agachando la mirada. No sabía cómo sentirse. Se sentía atrapada y dolida por cómo se lo había tomado él cuando habían hablado de ello la noche anterior. Sabía que Jefford no tenía paciencia y al parecer ella ya había rebasado el límite. No la quería. La deseaba, sí, se llevaban bien y tenían muchas cosas en común, pero no la amaba. Y su comportamiento en ese momento lo demostraba. El dolor fue muy intenso porque jamás pensó que se sentiría humillada por él como lo había hecho su padre. Las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas y ni se dio cuenta de que la puerta se abría y que su hermana entraba en la habitación. Cuando se sentó a su lado se sorprendió de verla allí y Cassie la abrazó. —No te pongas así.

—No me quiere. Me acaba de hablar como él.

—Lo sé, lo he oído. —Acarició su melena. —Pero no debes tomárselo en cuenta, él no es como Mike o papá. Es mil veces mejor

y eso debes reconocerlo. Todo el mundo se enfada y esta es una situación difícil.

—No quiero que tenga que sentirse obligado a un matrimonio, eso no es justo.

—¿Quieres que te ame?

Se mordió el labio inferior porque esa era una pregunta muy seria, pero tuvo que reconocer que sí.

Cassie sonrió. —¿Y quién dice que no llegue a amarte? Según me ha dicho Anthony jamás le había visto con una mujer como está contigo. Ni siquiera con su primera esposa. —Se apartó para mirarla. —Has conseguido mucho más de lo que crees. Además, debes reconocer que si nos ha traído aquí es porque siente algo por ti. Es un tío muy listo, ¿crees que no se daba cuenta de que te ataba a su vida al traerte?

Se le cortó el aliento de la sorpresa. —En la reunión dijo que se esperaba que el pueblo reaccionara así con los familiares.

—Por eso dijo que eras su prometida. Deja de pensar en lo que quiere él, dime lo que quieres tú. ¿Te casarías con él si no fuera porque estamos en estas circunstancias?

—¡No, es muy pronto!

—¿Pronto para qué? ¿Para que te demuestre que no es como Mike?

Se le retorció el corazón mientras su hermana continuaba —¿Para que te demuestre que te ama? ¿No te das cuenta de que estás enamorada de él y estás desesperada porque no quieres caer en la trampa en la que cayó mamá o en la que caí yo? Temes que después te haga daño. Y lo entiendo, de verdad, pero en esta vida o te arriesgas o nunca conseguirás nada.

Se mantuvo en silencio pensando en ello.

—Dudas de mis palabras ¿a que sí? ¿Enamorada tú? Eso es imposible. Siempre has sido muy cuidadosa de no entregarle el corazón a nadie. Pero ha ocurrido, sin darte cuenta ha ocurrido y ahora debes pensar en lo que quieres en el futuro. Estás preparada

para apartarle de tu vida, para no sufrir si dice algo inconveniente, pero todos decimos cosas de las que nos arrepentimos alguna vez. Tú has dicho en el coche que quieres casarte por amor. ¿Sabes cómo ha debido sentirse él al escuchar eso? ¿Y si te ama, pero ahora piensa que tú no le quieres? ¿Que estás aquí solo para salvar la vida? ¿Cómo crees que se siente él?

No pudo disimular su asombro. —No pretendía...

—Tú también puedes hacer daño, Byanna. ¿No te das cuenta de todo lo que nos están ofreciendo con estos matrimonios? ¿Por qué crees que lo harían cuando no tienen ninguna obligación? Nos han abierto de par en par las puertas de sus vidas. ¿Crees que alguien cargaría con esa responsabilidad sin sentir algo muy fuerte en su interior? Desde que nos conocieron nos han ayudado y apoyado en todo lo que podían. En todo. —Se levantó. —Piensa en ello, ¿quieres? No es solo el apagón, es todo lo que hubo antes con Mike. ¿Qué hubiera sido de nosotras si no hubieran aparecido en nuestras vidas? Y sé que nos aman. Puede que no sean como otros hombres que lo dicen a todas horas, pero sé que nos aman porque no dejan de demostrárnoslo a su manera. Con su apoyo, estando ahí cuando les necesitamos. —Fue hasta la puerta. —Piensa en lo que sería tu vida sin Jefford, hermana. Dudo que te guste ese futuro sin él.

Cuando salió, se quedó allí sentada pensando en ello. La verdad es que su enfado al decir lo del matrimonio por amor era muy significativo. ¿La amaba? Sintió que una alegría intensa recorría su pecho y se dio cuenta de cuanto deseaba que fuera así. Salió corriendo de la habitación y bajó las escaleras. Al entrar en la cocina su hermana con el niño en brazos sonrió. —Le tienes en el establo.

Salió corriendo de la casa y la rodeó para ir hasta él. Cuando entró tuvo que acostumbrarse a la falta de luz, pero al cabo de unos segundos le vio acariciando la cabeza de un caballo blanco. Caminó por el suelo de cemento para acercarse y cuando llegó notó como se tensaba. —Lo siento.

Sin mirarla dijo —¿Qué sientes, nena?

Se sonrojó algo avergonzada, pero era hora de tener valor.
—Cuando dije que quería casarme por amor, me refería a que quería que tú me amaras.

La miró sorprendido. —¿Qué has dicho?

Se puso como un tomate. De repente la situación se había vuelto de lo más incómoda, leche. —Ya has oído lo que he dicho, no me hagas repetirlo —dijo entre dientes.

Él rio y sorprendiéndola la cogió por la cintura para elevarla.
—Así que quieres que te ame.

Sonriendo acarició su nuca. —Sí.

—Y yo quiero que me ames tú, preciosa.

—¿De veras?

—Creía que lo sabías. Byanna, ayer intenté dejártelo claro.

—¿Entonces no te casas por obligación?

Él hizo una mueca. —Tengo que reconocer que me gustaría casarme contigo en otras circunstancias, pero no sería una boda por obligación.

—¿Y cómo te gustaría casarte?

Fue hasta una bala de heno y se sentó con ella encima.
—Déjame pensar... Una fiesta de compromiso por todo lo alto con nuestros amigos donde te daría el anillo que te mereces. Preparar una boda increíble, la que sueña toda niña. Y luego llegaría el día.
—Se la comió con la mirada. —Y estarías preciosa con un gran vestido blanco.

—Eso sería perfecto.

Él perdió la sonrisa poco a poco. —Pero no puede ser.

—No pasa nada. —Se abrazó a él. —Me das lo que más me importa. Deseas que te ame y te juro que yo intentaré corresponderte con fuerza.

Jefford se echó a reír. —Nena, esto no se te da bien.

Gimió porque tenía razón. —Lo sé. ¿Me ayudarás a soltarme un poco?

—Por supuesto. Primera lección. Sí, Jefford, quiero casarme contigo.

Se apartó para mirar sus ojos y sintiendo una emoción indescriptible susurró —Sí, Jefford, quiero casarme contigo.

—¿E intentarás amarme como yo intentaré amarte a ti?

—Intentaré amarte como tú intentarás amarme a mí.

—En lo bueno y en lo malo...

—En lo bueno y en lo malo...

—En la salud y en la enfermedad...

—En la salud y en la enfermedad...

—En la riqueza y en la pobreza...

—En la riqueza y en la pobreza...

La miró tan intensamente que le llenó el corazón. —Hasta que la muerte nos separe.

—Hasta que la muerte nos separe.

Él sonrió. —Lo has hecho muy bien. ¿Crees que podrás repetirlo mañana?

—Sí.

Atrapó su boca saboreándola de una manera que demostraba cuanto la necesitaba. Y ahí se sintió realmente querida, comprendida. Lo que demostraba que lo que había sentido minutos antes en su habitación era mentira. Debía aceptar que no siempre sería perfecto, que a veces se defraudarían o se enfadarían, pero lo importante es que siguieran intentando amarse.

Capítulo 12

Después de un recorrido a caballo de lo más romántico y de pronunciar sus votos ante todo el pueblo que se había acicalado para la ocasión, salieron de la iglesia sonriendo y Josh les sacó mil fotos con la cámara que le había dado Jefford. Aunque no habría celebración para evitar perder recursos que puede que necesitaran en el futuro, la florista había puesto todas las flores que tenía en sus cámaras ahora apagadas y ellas llevaban un bonito vestido blanco que le habían regalado las mujeres de la asociación y que habían encargado a la tienda del pueblo. Fue muy emocionante cuando se presentaron en su casa aquella mañana en sus bicicletas para entregárselo como regalo de novios por parte del pueblo.

Victoria Hugges la besó en la mejilla. —Bienvenida a nuestra comunidad.

—Gracias. Todo está hermoso.

—Todos los novios se merecen una boda bonita, niña. —Miró a Jefford. —Felicidades chico, te llevas una joya.

—Lo sé.

En ese momento llegó un pequeño carro lleno de flores y las chicas gritaron de la emoción haciendo reír a los asistentes. —¿Es para nosotros? —preguntó Byanna.

—No, es para vosotras. Para que podáis ir a donde queráis
—dijo Jefford. —¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Riendo bajaron los escalones y Jefford la cogió por la cintura para subirla. Encantada se sentó y él lo hizo al lado mientras Anthony y Cassie se sentaban detrás con Josh y el niño.

—Coge las riendas.

Ella lo hizo en el acto y Jefford corrigió la postura de sus dedos. —Bien, ahora di ja fuerte agitando las riendas y con ellas tienes que ir guiando a los caballos. Cuando quieras parar tiras de ellas.

—Vale, como en las pelis. ¡Ja! —Lo hizo tan fuerte que salieron disparados y Cassie chilló desplazándose por el suelo mientras ella espantada intentaba controlar la situación. Jefford se echó a reír tirando un poco de las riendas para que el caballo fuera más despacio.

—Leche, ¿estás loca? —gritó su hermana con los ojos como platos.

Anthony no podía parar de reír. —Vamos en dirección contraria.

—Oh... —Llegaron a una carretera y tiró de las riendas para girar el carro.

—Nena, lo haces muy bien.

—Conducir se me da genial.

—Pero si lo has hecho solo en las clases de la autoescuela.
¡Nunca hemos tenido coche!

—¡He conducido más veces, conduje el coche de Jefford!

La miró espantado. —¿No habías conducido nada desde que te sacaste la licencia? ¡Es un coche de trescientos mil dólares!

—Uff, qué caro está todo. A saber dónde estará ese coche ya, espero que tengas seguro.

—Tengo la sensación de que la aseguradora habrá quebrado como todo lo demás —dijo Anthony divertido.

Encantada miró a su alrededor. —Qué bonito es esto.

—Echarías de menos Nueva York —dijo su hermana.

Hizo una mueca. —Sí, puede que sí. Allí se masca otro ambiente.

—Sí, allí sobre todo se masca el mal medioambiente —dijo Jefford divertido antes de perder la sonrisa de golpe y tirar de las riendas para detener el carro.

—Cielo, ¿qué pasa?

—Hay un coche negro en la gasolinera.

Todos miraron hacia allí y Anthony se levantó. —¿A dónde vas, marido? —preguntó Cassie asombrada.

—Quédate aquí con el niño.

—¿Jefford?

—Tenemos que ir a comprobar que todo esté bien, aún no se han hecho los turnos y no hay nadie de guardia. Puede ser alguien de paso.

Preocupada vio que Josh les seguía con la escopeta en la mano. Cassie asustada saltó el banco para sentarse a su lado. Ella miró hacia atrás y vio en el final de la carretera como varios del pueblo llegaban caminando. Suspiró del alivio porque todos iban armados como había dicho el sheriff. Mierda, y con la boda ninguno de ellos tenía una radio para avisarles. Miró al frente y angustiada vio como llegaban a la gasolinera. Escucharon como Anthony gritaba —¡Quién anda ahí!

El disparo las hizo gritar de miedo y los chicos se parapetaron tras unos bidones. —Dios mío, espero que estén vacíos. —Miró hacia atrás y vio que varios corrían en su dirección.

Jefford se levantó disparando y Byanna vio que una mujer morena corría hacia el coche con un montón de cosas en los brazos. Estaba robando en la gasolinera. Un hombre con una pistola salió de detrás del coche disparando y Anthony con su primo dispararon

mientras Josh corría a un costado del edificio. Levantó la escopeta y disparó haciendo caer al hombre antes de que entrara en el coche.

La mujer gritó de miedo suplicando que no la mataran y Jefford con su primo se acercaron sin dejar de apuntarles.

—Ya ha acabado todo —dijo Cassie pálida.

—No creas, no estarán a salvo hasta que vuelvan.

Varios hombres adelantaron el carro corriendo, pero en ese momento les pasó el coche del sheriff que junto al del médico eran los únicos que tenían permitido circular por el pueblo. Mark se bajó del coche con el arma en la mano y gritó —¡No baje las manos!

—¡Solo queríamos algo de gasolina! —gritó la mujer desesperada.

—Dios mío, ¿a qué hemos llegado? —preguntó Cassie horrorizada.

—A salvar el pellejo, hermana. A eso hemos llegado. Ellos o nosotros, así son las cosas.

El cuatro por cuatro rojo del doctor pasó a su lado. —Al menos las radios funcionan —dijo su hermana. —Es un alivio saber que tendremos médico en caso necesario.

—Sí, pero no tendremos hospital. Y ese hombre necesitará uno.

El grito desgarrado de la mujer las hizo palidecer porque ya no era necesario. En unos segundos la vida de esas personas había cambiado para siempre.

Jefford suspirando se tumbó a su espalda y la abrazó con fuerza. Anthony las había llevado a casa en cuanto había podido y Jefford como parte de la junta se había quedado para ayudar. —¿Qué ha pasado?

—Le hemos enterrado y entre todos se ha decidido echarla, detenerla no serviría de nada. La han escoltado hasta las afueras del pueblo.

—¿Se ha ido sin gasolina?

—Sin gasolina y sin coche, porque se ha sacado hasta la última gota que han robado. No quieren ladrones en el pueblo, no se permitirá que se robe absolutamente nada. Y hay más, a partir de ahora se harán barricadas en los accesos por carretera. El límite será mi finca.

Ella no podía dejar de pensar en esa mujer morena. —Se ha quedado viuda, ¿qué hará sola por ahí?

—Byanna, hay que poner límites. Estaban robando, no pidiendo.

—Tampoco se lo hubieran dado.

Él apretó los labios. —No, no lo hubieran hecho.

Se volvió para mirarle a la cara y acarició su mejilla. —¿Estás bien?

—Nunca había visto un hombre morir así, pero estoy convencido de que no será el último.

—Lo siento.

—Y yo.

Entonces se dio cuenta de que aún estaba vestido. —Cielo, no vas a ir a trabajar.

—Tengo que hacerlo, debo revisar unos programas que están en pruebas. —La besó suavemente en los labios. —Siento que esta sea nuestra luna de miel.

Ella estaba agradecida de tenerle a su lado, no se imaginaba lo que podría sentir si le hubieran matado. —Da igual la luna de miel, ya la haremos.

Sonrió. —Y te llevaré a Europa.

—A Venecia.

—La hermosa Venecia. —La besó de nuevo y se levantó suspirando. Yendo hacia la puerta se pasó la mano por la nuca demostrando que estaba agotado y era lógico porque se había puesto sobre sus hombros toda la responsabilidad del bienestar del pueblo mientras intentaba salvar el mundo. —Duerme, nena. Mañana será un día largo —dijo antes de salir.

Suspiró volviéndose y miró al techo. Tenía que hacer lo que fuera para que Jefford estuviera más libre para atender los ordenadores. Entrecerró los ojos. —Chica, esa es tu especialidad, ponte manos a la obra.

Cuando Jefford llegó a la habitación, la cama estaba llena de papeles y Byanna se detuvo en seco con el lápiz en alto mirándole como si la hubiera pillado cometiendo un delito.

—No me lo puedo creer.

—¡Hay mucho que organizar!

—¡No a las dos de la mañana!

—Mira quien fue a hablar. Entra, que vas a despertar al niño.

Él gruñó cerrando la puerta y se quitó la camiseta tirándola sobre una silla. Al ver que no apartaba un solo papel levantó una ceja. —Nena, quiero dormir.

—Sí, ya. Con lo a tope que estoy ahora como para parar. Más te vale que me hagas el amor cuando termine.

—¿Y cuándo será eso?

Le fulminó con la mirada. —Cuando termine. ¿Acaso te apuro yo a ti en tu trabajo? No, ¿verdad?

Él se quitó el pantalón mostrando que la reclamaba. Le miró de reojo y soltó una risita. —Vale, si insistes. —Recogió los papeles a toda prisa para dejarlos sobre la mesilla de noche y se quitó su camiseta antes de tumbarse.

—Ya sé cómo convencerte para que hagas lo que yo quiera.
—Se tumbó y ella se subió sobre él para besarle en el cuello.

—Cariño, te he convencido yo. —Bajó la mano lentamente entre sus piernas y cogió su duro miembro llevándolo a su sexo para introducirse lentamente. Cerró los ojos sentándose sobre él y se enderezó sobre su pelvis para llenarse por completo. Suspiró cerrando los ojos y Jefford acarició sus pechos amasándolos con ansias. Impaciente se sentó para meterse un pezón en la boca y Byanna gimió de placer arqueándose hacia atrás. Sus manos se apoyaron en el colchón y Jefford acunó el otro pecho para mordisquearlo. Ella se retorció de placer y al moverse sobre su sexo ese placer aumentó, por lo que empezó a frotarse sobre él adelante y atrás provocando que su marido jurara por lo bajo antes de susurrar sobre su piel humedecida —Nena, si sigues así me voy a correr.

Ella no pudo evitarlo. Siguió moviéndose sobre su cuerpo hasta que necesitó más, así que apoyándose en sus hombros se elevó para dejarse caer con fuerza. Ambos gritaron y Jefford la cogió por el cabello de la nuca para que la mirara a los ojos. —¿Lo necesitas más duro, nena? —Se volvió tumbándola en la cama y empujó sus caderas provocando que tuviera que cerrar los ojos porque cada fibra de su ser recibió un placer increíble, pero aun así quería más y él volvió a llenarla con contundencia una y otra vez hasta que su cuerpo gritó pidiendo la liberación. Mirándose a los ojos le sintió dentro y todo estalló a su alrededor robándole el aliento por el orgasmo más intenso de su vida.

En su carro acompañada de Josh, que sabía dónde vivía cada vecino, fueron casa por casa para darles los horarios de trabajo. Todos fueron muy amables con ella, pero las protestas no se las quitó nadie. A uno no le venía bien ese horario, a otro ese trabajo iba a hacer que le doliera la espalda, otro le había dicho que su

mujer le necesitaba... Tuvo que ser firme porque solo le faltaba tener que reestructurar todos los horarios porque no les viniera bien. Para quitárselos de encima dijo que esos trabajos se irían rotando para que no siempre hicieran lo mismo. Eso ya lo iría viendo.

Estaban en el pueblo a punto de volver cuando vio a Victoria calle abajo. Le extrañó que después de haberla visto no se hubiera acercado a saludarla y preocupada por si estaba molesta por algo, le dijo a Josh que se detuviera en su casa. Había varias viudas solas en el pueblo y después de hablarlo con Jefford habían decidido ayudarlas con los recursos del rancho sin que tuvieran que trabajar. Como Victoria era la presidenta se lo diría a ella para que se lo comunicara a las demás. Saltó del carro y Josh dijo —¿Puedo ir a ver a mi novia? Vive aquí al lado. En la casa azul. Me gustaría ver si su padre ha tenido problemas para instalar el kit de las placas solares.

Miró hacia allí y sonrió. —Claro, te iré a buscar allí.

—Gracias.

Ella le guiñó un ojo y caminó por el empedrado del jardín para acercarse a la puerta. Había un llamador muy bonito en forma de pájaro carpintero y divertida lo cogió para llamar. —¡Victoria, soy Byanna!

La puerta se abrió de repente y la mujer dijo —¡Byanna, qué bien que estés aquí!

—Ah, ¿sí? Porque me acabas de ver y has salido por patas, maja.

Se puso como un tomate. —¿Cómo te iba a ver, mujer? Te hubiera saludado.

Entró en la casa y divertida dijo —Soy neoyorkina, a mí no me la pegas, abuela.

Victoria puso los ojos en blanco haciéndola reír y cerró la puerta. —¿Qué? ¿Qué ocultas? Pensaba que estabas cabreada por algo, pero me he dado cuenta de que tienes más pinta de alguien que oculta algo. —Y añadió maliciosa. —O a alguien.

—No digas nada.

Una chica salió de detrás del sofá que estaba pegado a la pared. Debía tener poco más de veinte años y tenía el cabello rubio clarísimo. —¿Tu sobrina?

—Es Maya.

Alargó la mano hacia ella. —Bienvenida, soy Byanna. —Esta le estrechó la mano mirándola con desconfianza. —¿Cuándo has llegado?

—Ayer por la noche. He venido en bici desde Sacramento.

—Está terminando de estudiar allí, ¿sabes?

—¿Has dicho en bici? Vaya, estás en forma.

—Me ha costado dos días llegar aquí.

Se sentó en el sofá. —Y piensas esconderte con tu tía.

Se apretó las manos muy nerviosa. —No sabía que...

—Se va a quedar —dijo Victoria mosqueada. —Mi niña se queda.

—Y me parece bien, pero me has mentido, Victoria.

La mujer se sonrojó.

—Es demasiado joven para ser tu sobrina.

—Es la hija de mi sobrina.

—Un parentesco aún más lejano. —Suspiró mirando a una y después a la otra. Maya parecía a punto de llorar. —No lo permitirán.

—Por eso se va a esconder aquí y nadie se enterará.

—¿Y que la pobre chica no vuelva a ver el sol? Tengo entendido que los matrimonios del mismo sexo están permitidos en este estado.

Victoria dejó caer la mandíbula del asombro. —Estarás de broma.

—¿Quieres que se quede o no? Pues pídele al alcalde que te case. Será tu esposa y tendrá derecho legal a estar aquí.

Asombrada miró a su sobrina y entrecerró los ojos. —Pues tiene razón. Hala, mueve el culo que nos vamos al ayuntamiento.

—Pero tía...

—¡Nada de tía, arreando!

—Tranquila, que tendrás tu penitencia porque al ser su esposa tendrás que trabajar.

—¡Pero no podré casarme!

—Y con quien ibas a casarte tú, ¿eh?

Se sonrojó. —Pues no sé, pero cuando llegue...

—¿Cuándo llegue quién? Si aquí no puede entrar nadie.

—¡Tía me estás poniendo las cosas muy feas!

—¡Feas se van a poner como te pillen aquí sin casar! ¡Así que andando!

En ese momento llamaron a la puerta y las tres se miraron con los ojos como platos. Volvieron a llamar y Victoria gritó —¿Sí?

—¡Soy Jefford! ¡Vengo con el kit para montárselo!

—Uy, qué amable es tu marido.

—Pues vete a abrir —dijo divertida.

—Mejor abre tú.

Fue hasta la puerta y la abrió. Jefford no iba solo, Anthony estaba con él y estaba a punto de partirse de la risa. —Nena, no la lées.

—Ya está hecho, es un compromiso consolidado.

Él gruñó entrando en la casa y al ver a Maya la saludó con la cabeza. —¿Cómo van las cosas por Sacramento?

—Fatal. Hasta hay muertos por las calles.

—Oh, Dios mío... —dijo su tía antes de agarrar su bolso.
—Tira para el ayuntamiento. ¡Ya!

—Victoria...

—¡Mi niña no se va de mi casa! —dijo alterada. —Tengo derecho legal a casarme, vosotros lo hicisteis, así que yo también.

—No te estoy diciendo que no tengas derecho a hacerlo, es que veo ridículo que lo hagas. Se hablará en junta y se decidirá este

caso específico. Todos conocen a Maya, se ha criado contigo, por Dios.

Anthony apretó los labios. —Pero sentará precedentes. Otros dirán que si ella pudo por qué ellos no.

—Tony, ¿me aconsejas que me case? Tú eres abogado.

—Señora Hugges nosotros lucharemos porque se quede. Además, pondremos la opción de la boda sobre la mesa. Las amas de casa la apoyarán, estoy convencido.

—Sí, mis chicas estarán con nosotras —dijo orgullosa. —¿Pero sabes qué? Mejor me caso porque así la niña se queda con todo si la casco. —Para su sorpresa fue hasta la puerta. —¡Niña!

Maya les miró. —¿Qué hago?

—Yo que tú la seguiría —dijo Byanna divertida.

La chica salió corriendo y Jefford gruñó. —Gracias nena, ahora muchos se mosquearán porque ha utilizado esa vía. Lo verán como un fraude.

—¿Pues sabes qué? Me da igual. Entérate de que no vamos a contentar a todos. Y lo de los horarios lo ha dejado muy claro.

—¿Qué quieres decir?

—Se han quejado de un montón de cosas y tengo la sensación de que muchos acudirán exclusivamente para hacer acto de presencia, porque no tienen mucha intención de trabajar, pero sí de cobrar. Han preguntado mucho eso de cobrar y cómo se repartiría.

Jefford apretó los labios mirando a Anthony que suspiró. —Me lo temía. Pero seremos duros en eso, quien no trabaje no cobrará. Cuando necesiten recursos las cosas cambiarán.

—Y han empezado a protestar por lo de recoger las cosechas de los demás. Yo tengo menos acres que este, mi cosecha es más fácil de recoger que la del otro... Va a haber problemas muy gordos, os lo digo yo.

—Se hablará en la junta de la semana que viene. Nena, ¿dónde está Josh?

—Visitando a su novia. Ahora voy a buscarle. ¿Le vais a colocar el kit a Victoria?

—Sí, nos veremos en la cena. Tenemos unos cuantos que poner.

—Ten cuidado al subirte al tejado. —Fue hasta la puerta y al ver el carro de su marido cargado de kits frunció el ceño porque el Tom de la reunión intentaba coger una gran caja. —Cielo, te están robando.

—Joder... —Llegó hasta ella corriendo y al ver a Tom gritó —¡Eh! —El tipo soltó la caja dejándola caer al suelo y echó a correr, pero Jefford ya había reducido distancia. Asustada por su marido gritó que tuviera cuidado y Anthony salió hablando por la radio, seguramente llamando al sheriff. Jefford se tiró sobre Tom tirándole al suelo y este se revolvió dándole un puñetazo con rabia para quitarle de encima. Al ver la sangre en el rostro de Jefford salió corriendo hacia ellos queriendo detenerles. Su marido respondió a sus puñetazos sin piedad y Anthony agarró a su primo por los brazos. —¡Suéltale, le vas a matar!

—Es lo que se merece, el muy cabrón.

Entonces Tom sacó un arma y ella gritó, pero Jefford le dio una patada en el brazo apartando el arma de él. El disparo la hizo gritar de miedo y los primos se tiraron sobre él para desarmarle. Sin aliento miró hacia abajo y vio como la sangre manchaba su camiseta. No había sentido dolor. Se pasó la mano por el costado y temblando vio la sangre en sus dedos antes de caer de rodillas.

Jefford sujetando a Tom volvió la vista hacia ella y palideció al ver la sangre. —¡Byanna!

De repente le tenía a su lado tumbándola en el suelo. —No —dijo asustada. —No le sueltes.

—Le tengo agarrado, Byanna —dijo Anthony con esfuerzo.

—Déjame ver, nena.

Asustado levantó la camiseta y juró por lo bajo apretando la herida. —¡Sangra mucho! ¡Anthony la radio! ¡Hay que avisar al

médico!

El coche del sheriff frenó en seco a su lado y al ver la situación salió a toda prisa acercándose a ella. —Joder.

—¡Mark las esposas!

Se las tiró a Anthony y sacó su radio. —¡Doc te necesito ante la casa de Victoria Hugges! ¡Herida de bala! —Soltó el botón y frunció el ceño antes de hablar de nuevo. —¡Doc!

—Mierda... —Jefford gritó cogiéndola en brazos —¡Abre la puerta de atrás!

Mark lo hizo a toda prisa y la subió tan rápido como pudo mientras el sheriff se sentaba tras el volante. El coche salió a toda velocidad mientras no dejaba de insistir por radio. Jefford se quitó la camiseta y se la puso en el costado. —Sangro mucho.

—No te preocupes, nena, estamos al lado de la casa del médico. —Miró hacia Mark que no hacía más que tocar el claxon y Jefford suspiró del alivio. —Estaba en el jardín y no oía la radio.

—Este es idiota —dijo el sheriff frenando en seco ante su casa.

El médico abrió la puerta. —¿Qué ocurre?

—¡Le han disparado! ¿Dónde tienes la radio?

Se sonrojó. —Está en la consulta. Lo siento, yo...

—¡Aparta, joder!

La sacó y Byanna forzó una sonrisa. —Lo siento, está algo nervioso. ¿Cree que podrá salvarme?

Al ver toda la sangre dijo a toda prisa —Métela en la consulta.

—Cielo, no ha puesto buena cara.

Jefford corrió hacia la casa y la que debía ser la mujer se llevó la mano a la boca al verla llegar. —Esta tampoco ha puesto buena cara —dijo empezando a ponerse muy nerviosa.

Su marido la tumbó sobre la camilla.

—¡Quiero que venga Cassie!

—Nena, te vas a poner bien.

—¡Trae a Cassie, somos del mismo grupo sanguíneo!

Mark salió corriendo y suspiró del alivio antes de mirar al médico que se estaba poniendo unos guantes mientras una muchacha acercaba un carrito de acero inoxidable cargado de cosas.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Jefford.

El médico dijo —Ponte de costado, tengo que ver la espalda.
—Ella lo hizo tan rápido como pudo sin dejar de mirarle y al ver que apretaba los labios se dio cuenta de que no había salido la bala.
—Hay que operar. Y por el color de la sangre creo que la bala ha dañado el hígado. Joder, no hacía esto desde la facultad de medicina
—dijo empezando a sudar y todo mientras apretaba su herida.

—¡Eres todo lo que tiene, no me jodas, doc! ¡No puedes dudar ahora!

—¡No tengo anestesia para este tipo de operación!

—El dentista sí tiene —dijo la muchacha haciendo que la miraran. —A mi padre para sacarle la mitad de la dentadura le durmió. No se enteró de nada.

Jefford vio la radio y pulsó el botón. —Mark, busca también al dentista. Necesitamos anestesia general.

—Recibido.

—Annie prepárala para la operación.

La chica dijo acercándose —Voy a desvestirla.

Cogió unas tijeras y Byanna asustada miró a Jefford, que apretó su mano. —Tranquila nena, todo irá bien.

—No hemos empezado muy bien este matrimonio.

Él sonrió. —Irás estupendamente en cuanto te repongas, porque no te voy a dejar salir de casa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me estoy mareando.

Pasó la otra mano por su frente. —Tranquila, eso es normal.

—Y me duele.

La chica terminó de cortar su ropa y en ese momento llegó Maya corriendo.

—Menos mal que estás aquí —dijo el doctor. —¿Has hecho prácticas de cirugía?

—Sí —dijo agarrando unos guantes.

—¿Estudiabas medicina?

—Estaba ya en mis prácticas en el hospital.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? Lo de la boda no era necesario.

—Tranquila, que el alcalde se ha negado a esa locura. —Tiró del guante antes de coger su brazo y dijo —Coloco la vía. Annie aparta esa ropa necesitamos que todo esté lo más estéril posible.

Apoyándose en sus talones se elevó para que la chica tirara de la ropa y sintiendo que se le iba la cabeza ni se dio cuenta de que el doctor apretaba la herida con más fuerza. Byanna preguntó —¿Por qué te fuiste del hospital?

—Ya no quedaba material. Había tantos heridos que era imposible atenderles a todos. Allí ya no servía para nada excepto para coser heridas a pelo. Cuando un loco entró con una escopeta en urgencias disparando a quien se ponía por el medio, me dije que era hora de salir de allí. Pero cuando mi tía me dijo que habíais llegado al acuerdo de que solo familiares directos, tuve miedo de que me alejaran de ella. Es la única familia que tengo, por eso me escondí.

—Niña, a ti no te hubiéramos negado la entrada —dijo el doctor.

—Oxicodona, Annie. —La enfermera se apartó hasta un armarito de cristal y sacó un botecito. —Eso es para el dolor.

—Su hermana viene de camino —dijo Jefford. —Tienen el mismo tipo de sangre —añadió asustado por su palidez.

Annie le puso un gotero y pinchó en la bolsa el medicamento. —Eso está muy bien. ¿Doctor?

—No podemos esperar mucho más. Tenemos plasma en la nevera. Pongámosle una bolsa.

De repente un hombre entró con una bombona. —Estoy aquí.

—Jefford tienes que salir —dijo el doctor.

—Yo no me muevo de su lado.

—Cariño, déjales trabajar.

Jefford apretó los labios y se agachó sobre ella. —Dijiste que intentarías amarme, nena.

Ella sonrió. —Y lo haré. Sabes que cuando me empeño en algo soy muy cabezota.

Besó sus labios y ella cerró los ojos. Ojos que no abrió cuando se apartó mientras una lágrima corría por su sien, porque estaba muerta de miedo por no volver a verle, por no volver a ver a su hermana. Sintió la mascarilla sobre su boca y una imagen de ella con su hermana cogidas de la mano apareció en su memoria antes de perder el sentido.

Capítulo 13

Cassie sentada en la sala de espera no dejaba de llorar mientras su marido la abrazaba por los hombros. —¿Sigues mareada? —susurró Anthony.

—Sí, pero no importa.

—Joder, ¿por qué tardan tanto? —dijo Jefford caminando de un lado a otro.

Mark entró en la consulta y no traía buena cara. —¿Qué ha pasado?

—Tom ha muerto.

Anthony se levantó sorprendido. —¡Estaba vivo cuando le llevé hasta la comisaría!

—Sí, estaba vivo. Mi ayudante le metió en una celda, pero varios vecinos han ido a buscarle y le han colgado ante el ayuntamiento sin que Bill pudiera hacer nada.

—Oh, Dios mío... —dijo Cassie impresionada. —¿Por qué lo haría?

—Según su madre, creía que después de lo de la reunión, a su familia no se le daría el kit de placas y decidió robar uno.

—Esto es una locura.

—Locura es lo que está pasando fuera de estas tierras, Cassie —dijo Jefford. —En otros lugares los cuerpos están en las calles y el caos es absoluto. Al menos aquí tenemos ley. ¡Y a partir de ahora se endurecerá! —dijo furioso.

Mark asintió. —Me parece bien. Debemos ser implacables.

En ese momento salió Maya quitándose un gorro azul y sonrió a Jefford que suspiró del alivio. —¿Está bien?

—He tenido que quitarle un pequeño pedazo de hígado y te aseguro que con los recursos que tenemos no ha sido fácil. Pero se recuperará. La recuperación será lenta porque hemos tocado mucha musculatura abdominal, pero espero que no haya secuelas.

Jefford la abrazó. —Gracias, gracias.

—No me separaré de ella por si hay complicaciones, no te preocupes. —Miró a su hermana. —¿Te importaría volver a donar más sangre? He visto que sois O negativo y nos vendría muy bien.

—Sí, claro.

—Pero mañana —dijo Anthony a toda prisa.

—Perfecto. —Miró de reojo a Mark. —¿Puedes ir a hablar con mi tía para decirle que todo ha ido bien?

—Pasaré de la que vuelvo a comisaría.

—Gracias. Necesitaríamos radios para todos —dijo antes de entrar de nuevo en la consulta.

Todos se miraron y Jefford siseó —En realidad necesitamos muchas más cosas.

—No es responsabilidad tuya que los del pueblo no estén preparados. Has aportado las placas y eso ya es muchísimo —dijo Mark.

—Anthony vete a casa y trae todos los medicamentos.

Su primo se puso de pie. —Pero son nuestras reservas. Las de nuestras familias.

—Jefford cálmate —dijo Mark dando un paso hacia él.

—Los medicamentos no sirven si no hay un médico. Tráelos.

—No sabemos lo que pasará en el futuro —siseó Anthony.
—Nos estás poniendo en riesgo. Tres familias dependerán de ellos y tenemos un niño. ¿Y si mañana el pueblo es un caos? ¿Y si tenemos que protegernos?

—Mi mujer no se hubiera salvado sin la ayuda del dentista y los demás. Eso demuestra que debemos ser una comunidad. Todos debemos aportar.

—¡Tú has dado mucho a todos y ellos aún no han hecho nada por ti! ¡Ni siquiera han ido a trabajar o cuidar tus tierras!

—Anthony, tráelos.

—Cielo, tráelos. Hay más niños en el pueblo —dijo su mujer.

Su primo jurando por lo bajo salió de la consulta y Mark apretó los labios. —No has hecho bien. Puede que en el futuro los necesites.

—O puede que no, tendremos que arriesgarnos.

Cuando Byanna se despertó Annie y Maya estaban de espaldas a ella colocando cajitas. —No, ese antibiótico ponlo delante, es el que caduca primero.

—¿De dónde han sacado tantas cosas? Aquí se prescriben las pastillas justas y estos medicamentos vienen en blíster.

—Jefford los compró en Europa —dijo Maya. —Este está hecho en España.

—Sí que estaba preparado.

—Muchos americanos tienen reservas. Con todo lo ocurrido en Europa con las guerras la gente tiene miedo. Esto nos vendrá estupendamente en el futuro.

Mareada no entendía muy bien lo que decían —¿Jefford?

Maya se volvió y sonriendo se acercó a ella a toda prisa. —No te muevas, he tenido que dejarte un drenaje.

—¿Qué?

—¿Te duele mucho?

—Sí —susurró cerrando los ojos. —Cassie, ¿dónde está mi hermana?

Hizo una mueca. —Se mareó un poco con las transfusiones y ha tenido que irse a casa con su marido. Pero Jefford está en la sala de espera impaciente por verte.

—Jefford, quiero verle —dijo agotada. Intentó abrir los ojos. —Estoy cansada.

—Es normal, no te fuerces.

De repente alguien cogió su mano y sonrió al sentirle. Abrió los ojos para ver a su marido con barba incipiente. —Estás muy guapo.

Él sonrió y se acercó para besar sus labios. —Tú sí que estás preciosa.

—Mentiroso.

—Te vamos a trasladar a casa. Maya vendrá con nosotros para controlarte. Debemos dejar la consulta libre para otros pacientes.

—Eso va a doler, ¿no?

—Te trasladaremos en la ambulancia. Irás en camilla.

Suspiró del alivio y sus ojos se cerraron de nuevo. —Quiero ver a mi hermana.

—Está bien, no te preocupes.

Al no contestar asustado miró a Maya que negó con la cabeza. —Está agotada, es normal que le cueste mantenerse despierta, tiene mucha medicación encima.

Él al ver las cajas que estaban colocando apretó los labios. —Que a mi mujer no le falte de nada.

—Tranquilo, no le faltará. —Se acercó y susurró —Pero has hecho mal.

Jefford palideció. —¿Por qué dices eso?

—Porque en el hospital donde estaba eran los propios empleados los que robaban los medicamentos. ¿Crees que aquí no desaparecerán? Alguien vendrá de noche, te lo digo yo. La gente es egoísta por naturaleza.

—¿Me estás diciendo que no deberían estar aquí?

—Este es el sitio más evidente para encontrarlos. Vendrán a por ellos.

Jefford apretó los labios y asintió. —De acuerdo. Se cambiarán de sitio y solo tú y yo sabremos donde están.

Suspiró abriendo los ojos y vio que Maya ponía un apósito sobre su costado. Esta sonrió. —La herida está muy bien teniendo en cuenta donde te he operado.

—¿Byanna?

Su hermana se acercó a la cama y emocionada sonrió cogiendo su mano. —Estás despierta...

—Estoy bien.

—Nos has dado un buen susto.

—Mejor no recordarlo ahora —dijo Maya. —No quiero que se altere.

Cassie asintió. —Es una mandona.

—Hace bien, debe ser buena en su trabajo para operar como lo ha hecho. Tiene derecho a exigir.

—Gracias —dijo la doctora tapando la gasa. —Ahora voy a agotar las reservas de los Herdman-Scott y a tomarme una cerveza mientras me miman en la cocina. Estoy oliendo galletas y me pirran.

Las dos sonrieron y Maya salió de la habitación. —¿Cómo estás? —preguntó Cassie.

—Leche, por poco la espicho.

Cassie soltó una risita. —Jefford estaba de los nervios y yo también.

—Pobre marido, no sabía dónde se metía cuando se casó conmigo.

—Yo creo que sí lo sabía y está encantado.

—¿Cómo va todo?

Su hermana perdió la sonrisa poco a poco. —Las cosas se están poniendo feas en el pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—Ha llegado el ejército y están arrasando con todo.

Separó los labios de la impresión. —¿Cómo que están arrasando con todo?

—Dicen que necesitan suministros y están entrando en las casas para llevarse todo lo que encuentran —susurró. —Hasta las placas solares han quitado para sus tiendas de campaña. Y todo por culpa de esa mujer que dejaron irse, que fue a un pueblo que hay cerca y dijo que nosotros teníamos de todo. Han matado a dos hombres que intentaron defender su casa.

Asustada susurró —¿Dónde están Jefford y Anthony?

—Mi marido está con varios hombres vigilando la finca. No quieren que se acerquen a las reses. Además, hay que defender los generadores y las placas solares por los ordenadores. Jefford está en la torre. Lleva dos días sin salir de allí prácticamente para nada excepto para verte a ti. ¿Quieres que le llame?

—No, no le interrumpas. Su trabajo es tremendamente importante.

—Ha dicho que su virus ha avanzado.

Emocionada susurró —¿De veras?

—Ya ha sido absorbido por la IA. Pero esto llevará su tiempo, así que está trabajando en una especie de acelerador. No lo he entendido muy bien. Se ha conectado por su internet con otros informáticos del país y todos están trabajando para intentar solucionarlo. Al parecer alguien de Nueva York ha conseguido un montón de avances que han ayudado mucho a Jefford. Pero si tu marido pierde la conexión por perder los generadores quedaremos a la deriva.

—Dios mío... —Pensó en ello. —Hay que trasladar todo al búnker.

—¿Qué búnker?

—Hay uno en el jardín. Hay que trasladarlo todo y a toda prisa. Hay que meter los generadores allí.

—¿Quieres meter unos generadores dentro de un sitio cerrado? Eso es peligrosísimo.

—Escúchame, el ejército va a entrar sí o sí. Es primordial salvar la maquinaria que se necesita para que esos ordenadores funcionen. Generadores, ordenadores, gasolina... ¡Llevallo todo al búnker para poder utilizarlo después de que el ejército se vaya! ¡Y tenéis que hacerlo ya!

Cassie salió corriendo y gritó el nombre de Jefford.

Byanna se llevó la mano al costado e intentó incorporarse, pero su marido llegó antes. —Eh, eh... ¿qué haces?

—Tenéis que llevarlo todo al búnker.

—Nena, el búnker ya está preparado.

Suspiró del alivio dejándose caer. —Eres muy listo.

—Tranquila. —Acarició su frente. —Los generadores y la gasolina ya están allí.

—¿Y los ordenadores?

—Ahora los estaba desenchufando. Josh me está ayudando a bajarlos.

Apretó su mano. —Se lo van a llevar todo.

—Sí, pero saldremos adelante.

—Si descubren el búnker...

—No pasará. Tranquila, haré lo que sea para que eso no pase.

—La besó en los labios. —Tú solo tienes que preocuparte por ponerte bien.

—Haz que colaboras, si te resistes creerán que ocultas algo y será peor.

—Un cabreo moderado.

Ella sonrió. —Sí, exacto.

—Tú también eres muy lista. —Un fuerte golpe en la escalera le hizo gemir. —Espero que eso no haya sido la CPU del ordenador.

—Ha sonado más a pantalla.

—Mierda. —Se alejó saliendo de la habitación. —¡La madre que te parió! ¡Cassie que haces ahí arriba!

—Uy, qué bonito...

Byanna sonrió sin poder evitarlo. Volvió la cabeza hacia la ventana y perdió la sonrisa poco a poco. Esperaba que los del ejército no dieran demasiados problemas.

Los gritos en el exterior la sobresaltaron y miró a su alrededor sintiéndose desorientada hasta que se dio cuenta de donde estaba.

—¡Apártese! —gritó alguien desde fuera.

Preocupada por los suyos se tocó el costado y apartó las piernas para bajar de la cama. Se sentía sin fuerzas, pero al oír a su hermana gritar de miedo la adrenalina hizo que llegara hasta la ventana donde vio el jeep del ejército. Reteniendo el aliento miró hacia abajo y vio como dos soldados pateaban a Anthony mientras otros retenían a Jefford. Apretó los labios por cómo se reían. Aquellos no eran soldados, eran animales que creían que podían

hacer lo que les viniera en gana. Se creían impunes para actuar así saltándose todas las leyes y cualquier americano tenía derecho a defender su hogar y a su familia ante cualquier amenaza.

—¡Dejadle! —rogó su hermana.

Uno de los soldados sacó un arma y se la puso a su hermana en la cabeza. —¿Quieres que la mate, mamón? ¿Dónde tenéis el dinero?

Sintiendo que la rabia la recorría fue hasta la mesilla y sacó la pistola con la munición. —Hijos de puta —dijo entre dientes. Lentamente abrió la ventana y cogió la empuñadura con ambas manos como le había enseñado Josh. Le sorprendió la firmeza de su pulso apuntando a aquel soldado a la cabeza. El disparo le dio de lleno, pero ella no se detuvo ahí, sino que disparó sin dudar a los que se reían de Anthony, que seguía tirado en el suelo. Entonces dos soldados que estaban junto al coche cayeron a tiros y uno con una ametralladora la levantó para disparar contra ella, pero alguien le abatió antes de que pudiera disparar. Jefford la miró desde abajo y sonrió. —Muy bien, nena.

—¡Armaos! ¡Debemos liberar el pueblo!

—No me puedo creer que estés aquí —dijo su marido entre dientes.
—Te operaron hace tres días.

Sentada a su lado en su coche mientras iban hacia el pueblo a toda velocidad puso los ojos en blanco. —Disparar no me cuesta nada.

—¡Eso ya lo he visto!

—Josh y yo os hemos salvado el pellejo, así que no sé de qué te quejas.

—¡Me quejo de que estés aquí!

—No iba a quedarme en casa. Cielo, ni saldré del coche.

—Maya ha puesto el grito en el cielo.

—Ha dicho que estoy curando muy bien. —Su marido se detuvo lentamente al lado de la cuneta y cubiertos por unos arbustos vieron entre sus hojas las diez tiendas de campaña rodeando a una mucho más grande. Había dos camiones llenos de cosas de los del pueblo que ni se habían molestado en cubrir. Al ver un televisor siseó con rabia —Ladrones.

—Sí, nena. ¿Y qué hacemos con los ladrones?

—Darles su merecido.

Un soldado salió de una de las tiendas subiéndose los pantalones y cuando se alejó una chica muy joven con cara de estar aterrorizada salió corriendo con un pantalón en la mano. —Joder, es la nieta de la señora Potter.

—Espero que Cassie no haya visto eso.

El tiro en la cabeza del soldado le hizo hacer una mueca y Jefford jurando por lo bajo salió del coche cogiendo la ametralladora de la parte de atrás. Los soldados salieron de sus tiendas armados y los vecinos de Cotting Hill salieron de donde estaban escondidos disparando a todo el que se movía. Sonrió satisfecha viendo como asaltaban el campamento y cuando miró al frente perdió esa sonrisa poco a poco por un coche que se acercaba por la carretera. Asustada porque les sorprendiera hizo sonar el claxon. Dos hombres salieron a la carretera y ella frunció el ceño al ver que uno de ellos se ponía un tubo al hombro. Al ver que algo salía disparado lo siguió hasta el jeep que saltó por los aires sobresaltándola. —Leche, tenía razón la de la tienda de armas. Menuda onda expansiva.

—¿Estás bien?

Chilló sobresaltada y en ese momento una bota cayó sobre el capó del coche. Con los ojos como platos miró a su marido y asintió. —Sí, todo bien.

Él sonrió antes de volverse y gritar —¡Revisad el pueblo palmo a palmo! ¡No puede quedar uno vivo! ¡Destruid el campamento, quemad las tiendas y enterrad los camiones! ¡No puede haber ni una sola prueba de que aún están aquí!

Qué marido tenía, es que valía para todo.

Capítulo 14

Dos semanas después bajaba las escaleras tocándose el costado y estiró el cuello hacia la cocina chistando a su hermana que le estaba dando de comer al niño. Pero no se enteraba. —¡Chiss!

El niño la señaló con su manita y gruñó porque su hermana seguía sin darse cuenta. —¡Chiss!

—Cassie, te está llamando tu hermana—dijo July haciendo que pusiera los ojos en blanco.

Entró en la cocina y su hermana dijo metiéndole la cucharilla en la boca a su hijo —Lo sé, pero esperaba que se diera por enterada de que no debe levantarse.

—Cassie, maja, ¿puedes venir un momento? —preguntó con ironía.

—Como se entere tu marido de que estás en el piso de abajo, se va a cabrear. ¿No recuerdas el cabreo que se pilló cuando te levantaste la última vez? Maya tuvo que coserte de nuevo dos puntos.

—Ya no tengo puntos.

—Por dentro sí.

—¡Déjate de rollos y ven!

Suspiró. —July, ¿puedes...?

No había terminado la frase y ya le había cogido el plato encantada. Y el niño loco de contento con su abuela postiza. —Ya cariño, te gusta más como te doy yo la comidita, ¿no? —Empezó a imitar un avión y el niño chilló encantado de la vida.

Cassie la siguió escaleras arriba y cuando llegaron a la habitación Byanna cerró la puerta. —¿Qué pasa?

Se apretó las manos nerviosa. —Tienes que ir a buscar a Maya —susurró.

Su hermana palideció. —¿No te encuentras bien? ¿Qué te pasa? ¿Has sentido algo por dentro?

—No, no... —Se sonrojó. —No me ha bajado.

Cassie frunció el ceño hasta que entendió y abrió los ojos como platos. Byanna gimió. —Sí, menudo lío.

—¿Pero qué pasa? ¿No usáis nada?

—Dirás usábamos porque desde que me pegaron un tiro no me toca un pelo.

—No te enrolles. ¿No usáis nada?

—Bueno...

—¡Byanna!

—Shusss, ¿quieres que te oiga? Está arriba trabajando.

Cassie se cruzó brazos.

—A ver, en Nueva York tomaba la píldora por lo de los sangrados.

—Dirás a veces tomabas la píldora, porque se te olvidaba la mitad de los días.

—Pues se me volvió a olvidar, pero del todo, porque no la traje. Las prisas, ya sabes. ¿Tú la has traído?

—Pues no. No estaba yo nerviosa ni nada como para acordarme de eso.

—Pues el lío es completo.

—No, porque a mí me ha bajado la regla esta mañana. Tranquilidad, igual es por la operación. Mañana me acercaré al

pueblo y...

La puerta se abrió y ambas miraron hacia allí para ver que Jefford se había detenido en seco al toparse con ellas. —Nena, ¿qué haces levantada?

—No seas pesado, han pasado dos semanas.

—Y aún te duele. Joder, estás pálida. A la cama.

—No hay ni tele, me aburro.

—Pues lee un libro.

—¡He leído diez!

Fulminó a Cassie con la mirada. —No sé cómo no le estás echando la bronca.

—Si buscas aliados, ese no es el tono —dijo Cassie. —Hermana, te veo luego.

—¿De qué hablabais?

Cassie se detuvo y se volvió sonrojada. —De que no se levantara de la cama.

La miró con desconfianza antes de mirar a Byanna. —¿Me estáis mintiendo?

—Cosas de chicas, no seas pesado. —Cassie salió pitando y Byanna sonrió con inocencia.

—Sí, me estás ocultando algo.

Se cruzó de brazos. —¿Qué pasa?

—Nada. —Fue hasta la cama y se sentó con cuidado porque aún tenía la zona dolorida. —¿Qué tal el trabajo, cielo?

Dio un paso hacia ella. —Estás intentando cambiar de tema, así que es algo muy delicado. ¿Es tu hermana?

—No seas cotilla —susurró. —Cosas de chicas, ya está.

—Me lo cuentas todo, si no quieres decírmelo es porque es algo muy gordo.

Sí que podía ser gordo, sí. —Ya te enterarás si ella quiere.

—Joder, ¿está embarazada?

—¿Por qué has sacado esa conclusión?

—Con ese ya te enterarás si ella quiere... Me ha sonado sospechoso. Y mi primo me ha preguntado si tengo condones.

Ay, madre. —¿De veras te ha preguntado eso?

—Sí, está un poco acojonado porque no sabe dónde comprarle las píldoras a Cassie cuando acabe las del mes. —Se sentó a su lado. —Nena, no te preocupes que cuando volvamos a tener sexo me pondré condones. El doctor tenía en la consulta y nos ha dado seis cajas por haber dado los medicamentos. Estaremos surtidos una temporada.

Eso demostraba lo que le repelía la idea de tener niños. —Cariño, piensas en todo.

—¿Está embarazada?

—¿Anthony se lo tomaría mal?

—Todo un poco rápido, ¿no? De repente ya está casado y es padre. Oye, que parece encantado, pero tener otro en unos meses no creo que sea lo que tiene en sus planes. Preguntó lo de las píldoras casi con desesperación.

Uy, uy... —A ver si hay suerte y no pasa nada. Mi hermana es algo irregular, no hay que preocuparse.

—Claro, la estabas calmando. Han pasado muchas cosas y tengo entendido que eso os afecta en los ciclos. Pero tomando la píldora no pasa nada. —Le dio un beso en los morros y le dijo —Me apetece una cerveza.

—Uy, y a mí, no sabes cómo.

—Nena, tomas medicación.

Perdió la sonrisa de golpe. —Aguafiestas.

De repente Maya entró en la habitación y gritó —¿Cómo que estás embarazada?

Palideció antes de girar la cabeza hacia Jefford, que parecía que estaba digiriendo la información. De repente su marido rio por lo bajo. —No, estás confundida. Es Cassie la que tiene dudas.

—Pues no me ha dicho eso. —Se acercó a ella. —¿Sabes lo delicada que ha sido tu operación? Ahora tendrás un embarazo de riesgo. ¡No has curado por dentro!

Jefford se levantó para mirarla espantado. —Nena, dime que no es verdad.

—Bueno... igual no es verdad.

—¿Igual? ¿Igual? —gritó exaltado. —¡Creía que tomabas la píldora!

—Se me olvidó en Nueva York.

—¿Se te olvidó? ¡Pues habérmelo dicho!

—¡Se me olvidó del todo! ¡Han pasado millones de cosas desde que salimos de Nueva York!

Jefford se tensó. —Sabes lo que pienso de esto. ¡Creí haber sido muy claro!

—Lo sé, pero...

—¡Y no me has dejado opción! —gritó fuera de sí. —¡Me has mentido y has decidido ocultármelo!

Su sonrojo la delató y el rostro de Jefford se transformó en pura furia. —No puedo creer que me hayas hecho esto. —Se volvió y salió cerrando de un portazo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque sabía cuánto le había decepcionado. Maya la miró incómoda. —Lo siento, creí que lo sabía.

Intentando no llorar susurró —Pues la próxima vez asegúrate, hermosa.

Maya le sacó sangre para hacerle un análisis y se fue después de revisarla. Esa noche Jefford no cenó en casa y no fue a dormir a su habitación, por lo que ella no pudo pegar ojo en toda la noche muy

preocupada por su situación. Sabía que había hecho mal, pero que le diera la espalda de esa manera la alarmaba muchísimo.

Al día siguiente tampoco le vio y llegó la confirmación del análisis de sangre. Maya habló con ella de los cuidados que debería tener a partir de ahora y le dijo que sería un embarazo delicado, pero que si no se excedía podía salir adelante. Queriendo hablar con él bajó a comer esperando encontrárselo, pero se pasó todo el día esperando, porque estaba encerrado en la torre y cuando llamaba a la puerta no le contestaba. Su hermana y su cuñado en la cena habían intentado consolarla diciendo que se le pasaría, pero al día siguiente ocurrió lo mismo. Era evidente que no quería ni verla y empezó a pensar que su matrimonio había terminado. Desmejoró muchísimo porque casi no comía y se sobresaltaba con cada ruido esperando que fuera él, pero sabía cómo esquivarla. July le subía ropa y comida a la torre. Y como tenía baño no necesitaba ir a su habitación para nada. Salió dos veces de la casa para ir al pueblo a ayudar con las placas que habían vuelto a colocarse en los tejados. Es más, había ideado un sistema para ocultarlas en caso de que llegara de nuevo otro convoy del ejército, pero ella no tuvo la suerte de verle para pedirle perdón. Una semana después su desesperación era tal, que sentía ganas de llorar casi continuamente, aunque se reprimía. Se sentía tan sola que se le estaba rompiendo el corazón. Le estaba haciendo el vacío, igual que su padre cuando mantenía esos silencios que duraban días. Cuando la ignoraba porque había hecho algo mal y eso la estaba destrozando.

Sentada en la cama mirando hacia la ventana vio como amanecía y las lágrimas cayeron por sus mejillas. No pensaba seguir así. Se levantó y abrió la mesilla de noche para coger la pistola con la munición. La tiró sobre la cama y fue hasta el vestidor para sacar la poca ropa que tenía. Encontró su bolsa, revisó que tuviera dentro el dinero que tenía allí escondido y lo metió todo dentro. Se quitó la camiseta y se vistió con unos vaqueros que no le apretaran en la barriga y se puso otra de sus camisetas. Después de calzarse las deportivas cogió la bolsa y guardó el arma. Apretó los labios viendo el papel sobre la mesilla y se sentó para escribirle una carta a su

hermana donde no pudo evitar llorar por tener que separarse del niño y de ella. Les iba a echar mucho de menos. Apartó su melena para cargarse la bolsa al hombro y salió de la habitación. Bajó las escaleras en silencio y abrió la puerta de la casa para salir de allí para siempre.

Tres meses después.

Caminó por la calle viendo las obras de los negocios destrozados. Poco a poco todo estaba volviendo a la normalidad. Aunque las ciudades estaban tomadas por el ejército, se habían restaurado todos los sistemas y la gente empezaba a trabajar. Sonrió entrando en la lavandería, donde estaban colocando las máquinas nuevas y caminó hasta la puerta de su piso. La abrió con su llave nueva y se aseguró de cerrar con la barra de hierro que atrancaba la puerta. Su casero se la había puesto porque se había dado cuenta de que no era seguro y como tenía que hacer obras, todo el material de las lavadoras como el detergente y eso, irían en un cuarto en la parte de atrás del negocio. Él había tenido suerte, su seguro no había quebrado pues era una empresa europea y allí se había sentido menos aquella crisis porque muchos países habían apostado desde hacía años por las energías renovables y se habían repartido placas solares en muchos municipios para que tuvieran al menos luz. Eso sí, con la prohibición expresa de usar cualquier tipo de dispositivo que tuviera conexión a internet. De hecho, las imágenes de camiones llenos de ordenadores por los registros no dejaban de salir en las noticias. El gobierno estadounidense había hecho lo posible para salvar las empresas más importantes del país, pero muchas no habían sobrevivido, por lo que estaban surgiendo abundantes oportunidades de negocio y muchos se estaban haciendo ricos.

Entró en casa y como de costumbre desde que había vuelto la luz encendió la televisión. Sonrió orgullosa al ver el rostro de Jefford,

que no dejaba de salir en los noticiarios por haber salvado al mundo de la IA. Fueron sus propios compañeros quienes hablaron a la prensa sobre su trabajo cuando regresó la luz. Los periódicos que ahora tenían que trabajar a la manera tradicional estaban llenos de elogios a su trabajo y se hablaba de que le darían el premio Nobel. El presidente de los Estados Unidos le daría un puesto en el gobierno para que él se encargara de regular todo lo que tuviera que ver con internet, que aún no estaba operativo. Tendría vía libre con pleno control y el apoyo de todos los países. De hecho, se unificarían mundialmente para que ese férreo control fuera total para todos. Todavía no se sabía dónde había empezado el problema y Jefford en unas declaraciones dijo que puede que no se supiera nunca.

Dejó el bolso en el perchero y se quitó las deportivas porque le dolían los pies, pero ya tenía trabajo. Una tienda de ropa necesitaba una administrativa porque la anterior había muerto en un asalto a su casa. La dueña estaba destrozada porque habían sido grandes amigas y sintió muchísimo conseguir el trabajo así, pero era lo que había, las cifras de muertos solo en Manhattan eran estremecedoras. Cuando había llegado a la ciudad ya se había restablecido la luz, pero las autoridades aún estaban incinerando a los cadáveres que se encontraban en los pisos.

Fue hasta la cocina y abrió la nevera para sacar los huevos y el queso que tenía. Todo estaba carísimo y no podía permitirse mucho más hasta que recibiera su sueldo. Y le daba que no cobraría en el primer mes porque la gente no podía permitirse comprar ropa. Intentaría buscar otra cosa en cuanto las empresas empezaran a rodar.

Veinte minutos después estaba terminando de cenar frente al televisor cuando sonó el nuevo telefonillo con visor. Miró hacia allí sorprendida y viendo solo la parte de atrás de una cabeza masculina entrecerró los ojos. Se levantó y se acercó a la pantalla. El hombre se volvió y pudo ver su rostro. Se quedó de piedra al ver que era Mike. Mierda. Él volvió a pulsar el botón y Byanna vio que se alejaba para mirar hacia arriba. Gimió porque la luz estaba encendida y obviamente se daría cuenta. El muy capullo regresó a la pantalla y

no dejó de pulsar el timbre. Se lo iba a quemar y mosqueada pulsó el botón diciendo al micro —¿Qué quieres? ¡No puedes acercarte aquí!

—¡Dónde está mi hijo!

—No lo sé. Cassie no está conmigo.

—¡No me jodas, sé que está ahí!

—¡Está con su marido!

Por la pantalla vio que estaba sorprendido. —¿Se ha casado?

—¡Y se ha ido del estado, así que deja de molestarme o llamo a la policía! ¡Ya sabes que los juzgados vuelven a estar activos, así que sino quieres acabar en prisión lárgate!

Él miró con furia hacia la cámara antes de darle un puñetazo que la reventó porque se quedó en negro. —Genial —dijo entre dientes volviendo al sofá. —La madre que lo parió. —El dueño del piso no se lo cambiaría de nuevo, sobre todo porque ahora tendría que pagarlo él. Suspiró sentándose y se obligó a terminar la tortilla. Entonces Jefford salió en la televisión y se le cortó el aliento porque estaba en Nueva York. Salía de un cuatro por cuatro negro y caminó entre los periodistas mostrándose tan serio como siempre mientras no dejaban de hacerle preguntas. Estaba guapísimo vestido de traje, aunque parecía más delgado.

—Por favor, conteste alguna pregunta —dijo una joven con el micro en la mano.

Suspiró deteniéndose y Byanna se adelantó porque casi nunca daba declaraciones.

—Gracias. ¿De qué tratará su nuevo trabajo?

—Si se refiere al trabajo que me ha ofrecido el gobierno, es muy simple. Separación total de internet con los sistemas productivos, energéticos y laborales. Hasta ahora todo estaba interconectado y eso se ha acabado. A partir de ahora todos deberán ser sistemas independientes y tendrán prohibidos la interconexión. Así que vayan olvidándose leer los mails desde el ordenador del trabajo. Se tendrá un control férreo a través de

programas espía sobre todo lo que se suba a las redes y se prohibirán los ficheros. Si quieren enviarse una foto, envíenla por correo, todo eso se acabó hasta que se encuentre un sistema infalible.

—¿Y sobre la IA?

—Queda totalmente prohibida. Se cambiará el sistema penal de este país para que la utilización de Inteligencia Artificial conlleve pena de muerte.

Separó los labios de la impresión.

—No pensamos consentir que algo así vuelva a pasar. Habrá un grupo de trabajo liderado por mí, que pondrá veto a todo aquello que pueda hacer que la vida tal y como la conocemos pueda cambiar.

—Pero eso supondrá que los avances tecnológicos se detendrán de inmediato.

—¿Prefiere eso y tener una sociedad segura o que haya muertos por las calles? —preguntó molesto. La chica se sonrojó.

—Lo suponía. Ahora si me disculpan, tengo trabajo.

Le vio entrar en un edificio de cristal que ella reconoció porque estaba muy cerca del edificio de Jefford. La chica se volvió.

—Estas son las declaraciones de Jefford Herdman-Scott.

La presentadora del programa sonrió. —Como saben estas declaraciones no son en directo. Son de esta mañana.

—Y al parecer las declaraciones en directo tardarán en llegar —dijo su compañero. —Pero señoras y señores, es lo que hay y debemos aceptarlo porque este hombre sabe de lo que habla.

—Ante todo la seguridad.

Cambió de canal y se veían las mismas imágenes. Entonces se fijó más en su rostro y se lo estaba comiendo con los ojos cuando vio una cabeza rubia pasando tras él que le llamó la atención. Se tensó con fuerza. Su hermana estaba en la ciudad. —No, no... —Se levantó a toda prisa, cogió el bolso y se calzó en tiempo récord antes de salir de casa.

Cuando llegó a casa de Jefford apretó los labios. Por nada en el mundo se acercaría a él de nuevo, pero Cassie era lo más importante. Tenía que avisarla. Entró en el portal y como no conocía al portero tuvo que acercarse. Este se levantó y ella dijo —Soy Byanna Herdman-Scott. —El tipo no pudo disimular su sorpresa. —Quiero ver a Jefford.

—El señor Herdman-Scott no recibe visitas, ha sido muy específico con eso.

—La mía la recibirá. Al menos para hablar del divorcio, es mi marido.

El hombre carraspeó antes de coger el teléfono. —Señor Herdman-Scott, su esposa está aquí.

Colgó de inmediato. —Que suba.

—Ya sé el camino. —Fue hasta el ascensor y pulsó el último piso. —¿Y Roy?

—Ha decidido poner un negocio.

—Me alegro por él —dijo antes de que se cerraran las puertas.

Intentó no ponerse nerviosa. Sabía que ese día tenía que llegar porque en algún momento tendrían que verse para los trámites del divorcio, pero sería duro tenerle de nuevo ante ella. Se pasó la mano por el vientre respirando hondo y cuando salió del ascensor, fue hasta el piso que mantenía la puerta abierta. Entró y cerró la puerta para verle en la terraza en mangas de camisa mirando hacia la ciudad. Apretó los labios porque seguía dándole la espalda y se le retorcieron las tripas dejando el bolso sobre el sofá antes de salir a la terraza, pero no se acercó. —¿Dónde está mi hermana?

Él se volvió para mirarla y muy tenso dijo —Está con Anthony en su casa del Soho.

—Quiero la dirección, tengo que hablar con ella cuanto antes.

—Nena, ¿eso es todo lo que vas a decirme?

—No tengo nada que hablar contigo.

—¡Dónde coño has estado! —gritó.

Le miró fríamente. —La dirección, es lo único que quiero.

—¡No te la voy a dar hasta que respondas a mis preguntas! ¿Sabes lo que hemos pasado pensando que estabas muerta? ¿Sabes lo que ha sufrido tu hermana pensando en lo que te estaría pasando fuera del pueblo?

—Todas las preguntas que tenga mi hermana, se las contestaré a ella.

—¡Y a mí! ¡Merezco una explicación!

—Tú no mereces una mierda —dijo sin alterarse. —Dame la dirección.

—¡Dónde estuviste!

—La dirección. —Fríamente alargó la mano y él se la cogió tirando de ella para abrazarla, pero ella se resistió intentando soltarse. —¡Suéltame!

—¡No hasta que respondas mis preguntas! —dijo agarrándola más fuerte.

Decidió quedarse muy quieta y le miró fríamente. —Suéltame.

—Nena...

Le escupió en la cara sorprendiéndole y la soltó mirándola como si no la conociera. Como si no pudiera creerse que hubieran terminado así. —¿Ahora quieres hacer preguntas? —preguntó con ironía sin disimular su desprecio mientras él se pasaba la mano por la cara. —¿Ahora quieres hablar? Pues siento decepcionarte, pero yo ya no tengo nada que decirte. Durante una semana sí que quise hablar contigo, una maldita semana en la que no te dignaste ni a mirarme a la cara.

Pálido dijo —No creí...

—¿Qué? ¿Que me iría? ¿Por qué iba a quedarme? Era obvio que odiabas mi presencia. Así que me quité del medio. ¿O pretendías otra cosa? ¿Querías castigarme? ¿Como si fuera un perro que sufre por no tener la atención de su dueño? —Sonrió con desdén. —Igual que hacía mi padre y decías que no eras igual que él. ¡Dame la dirección!

Él apretó los labios antes de ir hacia el despacho y regresó segundos después con un post-it en la mano. Byanna se lo arrebató y fue hasta la puerta. —Por cierto, felicidades. Eres un héroe para todos. —La abrió y le miró. —¿Sabes? Elegiste muy bien tu vida. Entre máquinas y maquetas inertes. Te deseo mucha suerte. —Iba a irse, pero se detuvo. —Por cierto, hablaré sobre el divorcio con Anthony. Tranquilo, no quiero nada y será rápido e indoloro. Aunque es evidente que a ti no te duele nada.

Salió cerrando la puerta suavemente y Jefford apretó los labios. —Te equivocas, nena. Perderte ha dolido mucho.

Capítulo 15

Su hermana chilló de la alegría cuando se la encontró al abrir la puerta y la abrazó con fuerza. —Eres una loca. Una loca... —La besó y se apartó para mirarla. —¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

Cogió sus manos para tirar de ella hacia el enorme salón y Byanna vio a Anthony al lado del sofá con el niño en brazos. Emocionada corrió hacia él y cogió a Jaxon para abrazarle. —Mi niño... —Rio mirando a su hermana. —Ha crecido mucho.

—¿Dónde has estado, Byanna? —preguntó su cuñado.

—Por ahí.

—Joder, ¿sabes lo que hemos pasado, lo que ha pasado tu hermana creyéndote muerta? Te fuiste sin medicación, sin...

—Me cuidó Maya —dijo dejándole de piedra. —Me quedé en la antigua casa de Jefford, donde se crió. Maya me visitaba todos los días y me llevaba comida y agua. Hasta que estuve lo bastante bien como para irme.

—¿Irte a dónde? —preguntó su hermana sentándose en el sofá.

—De pueblo en pueblo hasta llegar aquí. Me fui en su bicicleta. Pero se pinchó. —Hizo una mueca. —Aunque tuve suerte. A un par de kilómetros había un camping de caravanas y allí me uní

a una familia que pretendía llegar hasta Filadelfia. Ellos necesitaban dinero para comprar gasolina de camino y yo lo tenía. Afortunadamente eran honrados y no me mataron para conseguirlo. El resto fue más fácil.

—Dios mío... —dijo Cassie impresionada. —¿No tuviste miedo?

—No. —Sus ojos se oscurecieron. —Ya no tenía nada que perder. —Se sentó a su lado mientras Anthony apretaba sus labios.

—Si quieres encontrarme... —Le puso el niño en el regazo y sacó un papel del bolso. —Este es el número de teléfono de mi casa. —Rio por lo bajo. —He conseguido un contestador, ¿sabes? Puedes llamarme aquí. Vivo encima de la lavandería, así que ya conoces la dirección.

—¿Has vuelto allí?

—Sí.

—Por Dios Byanna, ¿y Mike? —dijo Anthony alterado.

—Por eso he venido. Está buscando al niño.

Se quedaron en silencio y cogió la mano de su hermana. —Esta noche ha estado allí. Creía que aún estabais en California, pero al verte en televisión me he dado cuenta de que estáis en peligro y por eso he venido.

—¿Solo por eso? —preguntó Cassie con tristeza.

—Te lo expliqué, te dije que en cuanto pudiera me pondría en contacto contigo. Te he enviado una carta a California, pero al parecer ya estabas aquí.

Su hermana apretó los labios. —Jefford...

Se levantó. —Tengo que irme, es muy tarde. Ahora estás advertida y espero que sigas conservando el arma.

Cassie asintió. —Sí, tranquila.

—Aún quedará mucho hasta el juicio —dijo Anthony. —Los juzgados son un caos, así que tú también debes tener cuidado. Es mucho más peligroso de lo que creíamos, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Anthony llegó a Nueva York lo primero que averiguó era si Mike seguía vivo. Con todo lo ocurrido no le echaron del hospital, todo lo contrario, le han ascendido hasta hacerle jefe de cirujanos. Las órdenes de alejamiento en estas circunstancias serán inútiles porque las autoridades están ocupadas en mil cosas más. Sabe que si en algún momento llega el juicio, le dejarán libre porque se le considera un héroe. De hecho, operó al alcalde cuando le apuñalaron para robarle. Todo lo que hizo en el pasado quedará borrado para siempre.

Asombrada miró a Anthony. —Pero sigue siendo un peligro.

—Por eso tenía que conseguir implicarle en algo más. En algo muy gordo.

—¿Como qué?

—Nunca os hablé de esto en el pasado porque necesitaba confirmarlo, pero estaba convencido de que él le encargó a un violador y asesino llamado Andrew Stewart que fuera a su casa a violar a tu hermana.

Impresionada tuvo que sentarse en el sofá. —¿Con qué fin?

—Desequilibrarla. Quería volverla loca. Tenía un plan muy bien trazado. Cuando llegara a casa la consolaría y diría que no podían denunciar porque era un médico reputado. Que todo el mundo se enteraría. Después pensaba levantarse un día y negar que le había pasado eso a Cassie. Por supuesto ella diría que sí y él le respondería que se lo había imaginado...

—Dios mío.

—Pensaba hacer que dudara tanto de sí misma que tendría que ir a terapia. Hasta había elegido quién sería. Y después de ingresarla...

—Le darían la custodia del niño.

—Y pensaba llevárselo a Los Ángeles. Pero todo le salió mal porque...

—Mi hermana nunca se lo contó. Por eso aprovechó que se sinceró conmigo para pedir la custodia total del niño.

—Exacto.

—¿Cómo te has enterado de esto?

—He visitado a Andrew en prisión. Cumple condena por violación. ¿Sabes por qué me lo contó todo? Por un paquete de cigarrillos.

—Las condiciones en la cárcel son pésimas, ¿no?

—Intentó huir como otros cientos en cuanto se fue la luz, pero los funcionarios de prisiones le hirieron en la rodilla destrozándosela. Imagínate lo que es haber estado durante todo este tiempo encerrado sin luz y casi sin comida, sin salir de una celda porque por seguridad no había visitas al patio.

—Como para volverse loco.

—Exacto.

—Su testimonio no es válido en un tribunal. Nadie le creería.

—No, pero ya sabemos lo chiflado que está su exmarido.

—Por eso planeamos tenderle una trampa.

Separó los labios de la impresión. —Como a los soldados.

—Exacto. Por eso nos estamos dejando ver —dijo Anthony.

—Antes de que se le note el embarazo y corra más riesgo.

Se emocionó. —¿Estás embarazada?

Su hermana sonrió. —Sí. Y tendrá un primito casi de su edad, ¿no es genial?

Forzó una sonrisa y su hermana perdió la suya poco a poco.

—¿Byanna?

Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Lo perdí.

—Oh, Dios mío.

—Maya dijo que era normal, que mi cuerpo no estaba preparado todavía. No pasa nada.

—Lo siento muchísimo. —Angustiada cogió su mano. —Y estabas sola.

—No, lo perdí tres días antes de irme.

Anthony impresionado se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero sabes qué? —dijo intentando controlar las lágrimas.
—Si tuvo que ser así fue por algo.

—Sí, claro. El cuerpo es muy sabio. —Su hermana no pudo evitar el llanto y dijo con la voz congestionada —¿Ahora estás bien?

—Sí, casi no tengo dolores en el costado ni nada. Y ya he encontrado trabajo. Me va muy bien, no puedo quejarme tal y como están las cosas.

—Si necesitas algo... —dijo Anthony.

—Qué voy a necesitar, todo va bien. Sobre vuestro plan...

—No te preocupes por eso, ya está todo previsto.

Se limpió las lágrimas con la mano. —Pero puedo ayudar.

—Jefford ya lo ha organizado todo.

Asintió mirando a su hermana. —¿Estás segura?

—Sí, quiero vivir sin tener que mirar a mi espalda. Además, debe pagar lo que me hizo —dijo muy en serio.

—Bien. —Se levantó. —Pues entonces me voy, es tarde y mañana tengo que trabajar.

—Te llamaré mañana.

Asintió y la besó en la mejilla antes de acariciar el moflete de Jaxon, que se había quedado dormido en sus brazos. Anthony la acompañó hasta la puerta y le sonrió. —Me alegra veros tan bien.

—Y no te imaginas lo que nos alegramos nosotros de que estés viva.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Salió del piso y fue hasta el ascensor sintiéndose mucho más tranquila ahora que sabía que su hermana estaba bien y preparada

para enfrentarse a Mike. Esperaba que todo saliera como tenían planeado. Cuando salió del ascensor fue hacia la puerta y vio una sombra que le hizo girar la cabeza. Recibió un golpe que la hizo marearse antes de recibir otro que la desmayó en el acto provocando que cayera al suelo. Mike sonrió con malicia antes de agacharse para recoger su cuerpo y cargárselo al hombro.

Gimió de dolor y elevó la mano para tocarse la cabeza, pero alguien se la cogió. —No te toques, estás herida.

Abrió los ojos débilmente y se dio cuenta de que iban en un coche. Entonces recordó que había salido de casa de Anthony y asustada miró a un lado. Al ver a Jefford con una herida en el pómulo se quedó sin aliento. —¿Me has pegado?

—¿En serio crees que te pegaría? ¡Ha sido Mike!

—¿Mike? —Confundida se llevó la mano a la cabeza y vio la sangre. —Mierda.

—Pretendía secuestrarte para pedir un intercambio con el niño. Me di cuenta de inmediato cuando le vi sacarte del portal. En cuanto te metió en el maletero del coche intervine.

—¿Está vivo?

—¿Tú qué crees? ¡He matado a ese cabrón!

—¡Ahora irás a la cárcel!

—Igual si la policía no hubiera visto las imágenes de las cámaras de seguridad de Anthony estaría en un problema, pero no es así. Hasta me han dejado llevarte al hospital mientras mi primo se encargaba de todo, dudo que vayan a detenerme.

Suspiró cerrando los ojos. —Así que ha acabado.

—Sí, nena, ya nos hemos librado de él. Ahora estáis a salvo.

Se mantuvo en silencio hasta que detuvo el coche y abrió los ojos cuando escuchó su puerta abriéndose. Un hombre se acercó

con una camilla y Jefford la cogió en brazos para tumbarla sobre ella diciendo que habían herido a su esposa. Entraron en el hospital y giró la cabeza para ver a dos hombres sobre un andamio pintando las paredes. Las zonas no pintadas estaban oscurecidas y el enfermero hizo una mueca. —Uno de los heridos de hace un mes llevaba una granada en la mano. Mató a tres sanitarios.

—Dios mío...

—Sí, ha sido horrible, pero gracias a su marido ha acabado todo.

—¿Puedo pasar con ella?

—Claro que sí. Además, también necesita atención. —Pasaron unas puertas dobles abatibles y el enfermero corrió hacia un grupo de personas con bata blanca. Todos miraron hacia ellos y se acercaron de inmediato para atenderles.

—Señor Herdman-Scott, soy el doctor McHills —dijo uno de ellos. —El jefe de urgencias, es un honor conocerle.

—¿Pueden atender a mi esposa? Ha recibido fuertes golpes en la cabeza, está sangrando.

—Por supuesto que sí. Cindy...

Una chica se acercó de inmediato a ella y pasó una lamparilla por sus ojos antes de mirar su cabeza. —No sangra mucho. ¿Se ha desmayado?

—Sí, ha estado mucho tiempo inconsciente. Al menos treinta minutos —dijo Jefford exasperado.

—Un escáner, rápido.

El enfermero empujó la camilla y él quiso seguirla, pero el doctor McHills le cogió del brazo.

—Nena...

—Déjeme que le atienda a usted mientras le hacen la prueba. Le aseguro que no tardará nada.

Fue un alivio que no pudiera seguirla y respiró hondo.

—¿Le duele mucho? —preguntó la doctora. —No se preocupe, enseguida le pondré algo.

En una sala de espera privada para que nadie les molestara, Jefford estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas mirando el suelo, mientras se apretaba las manos con fuerza demostrando los nervios que tenía. Anthony le palmeó la espalda. —Se pondrá bien, es dura de pelar.

Jefford asintió apretando las manos de nuevo.

—Lo arreglaréis.

—No. —Se enderezó y negó con la cabeza. —No me lo va a perdonar nunca. Le di la espalda, literalmente. Y tuvo un aborto sola. Ni dejé que me lo contara —dijo con desprecio a sí mismo. —No, no me perdonará. —Apretó los labios. —En el coche no era capaz ni de mirarme.

—Está enfadada, pero terminará entendiendo...

—¿Entendiendo qué? ¿Que su marido decidió castigarla? Porque lo hice. Quería castigarla por mentirme, joder. Por meterme en una vida que creía que no quería. Yo no soy como tú, yo nunca he querido tener un niño para ir los sábados a sus partidos de béisbol. La quise a ella, la acepté en mi vida porque es igual que yo y...

—Creíste que quería lo mismo.

Sonrió con tristeza. —Ni nos dio tiempo a hablarlo. El primer día que nos acostamos le pregunté si tomaba algo y me dijo que sí. Ni recordé las malditas pastillas cuando tuvimos que irnos. Como no me dijo nada, estaba convencido de que las seguía tomando.

—Pero era obvio que a ella le gustan los niños. Has visto cómo cuida a su sobrino. ¿Nunca se te pasó por la cabeza que ella querría tener niños?

Apretó los labios mirando hacia la puerta. —Supongo que no quise verlo. Que lo olvidaría con tal de estar conmigo. —Sonrió con desprecio. —Lo que demuestra lo gilipollas que soy.

La puerta se abrió y se levantó en el acto para ver a la doctora que trataba a Byanna. Esta sonrió. —Todo va bien. Las pruebas han salido muy bien y los golpes no han fisurado el cráneo. Las heridas de su cabeza curarán sin puntos. Se las he tapado, pero pasado mañana ya podrá quitarse los apósitos y lavarse la cabeza con normalidad. Le he recetado algo para el dolor y pasará la noche en observación debido a la pérdida de consciencia, pero no creo que haya ningún problema.

—¿Puedo verla? —preguntó ansioso.

—Sí, por supuesto. Venga conmigo.

La siguió fuera de la sala y caminando por el pasillo ella dijo —La he metido en una sala privada de urgencias para que no se rumoree por el hospital que usted está aquí. Además, así la vigilaré yo y mi enfermera exclusivamente, ya que tengo turno de noche.

—Se lo agradezco.

—No es nada. —Abrió la puerta y él suspiró del alivio por encontrársela despierta. Su esposa pensativa miraba el techo. —Cinco minutos —dijo la doctora antes de cerrar.

Sin saber qué decir se acercó a la camilla. —Hola, nena.

Ella no contestó y Jefford apretó los labios. —La doctora dice que estás bien y que te repondrás del todo. —Al ver que no reaccionaba suspiró. —En algún momento tendrás que mirarme, preciosa. Mi primo y tu hermana están casados, nos veremos a menudo.

Volvió la cabeza hacia él. Jefford tenía dos pequeñas tiras en el pómulos y él sonrió. —No es nada.

—Vete.

—Antes de irme me gustaría decirte...

—No quiero escucharte.

Él se tensó. —¿Este es mi castigo? ¿No crees que ya he pasado lo mío desde que desapareciste? ¿Que no me sentí jodidamente culpable? Creo que tu venganza fue mucho mayor que la mía. Hasta llegué a creer que...

—¿Qué? ¿Que me había quitado del medio? No eres tan importante. Ya no. Ahora si me permites, me gustaría descansar.

Impotente apretó los puños. —Bien. Pasaré a recogerte mañana.

—No es necesario.

Él sintiéndose derrotado salió de la habitación y Byanna volvió la cabeza para mirar el techo mientras una lágrima caía por su sien. Esperaba no verle nunca más porque cada vez que estaba a su lado era una auténtica tortura. Lograría esquivarle, lo lograría.

Capítulo 16

Llamaron a la puerta y ella levantó la vista de los archivos. Una de las empleadas entró en el despacho sonriendo.

—Hola, Sara. ¿Qué ocurre? ¿Ha llegado ya el pedido que hice la semana pasada?

—Oh, no, todavía no, pero hay un hombre que pregunta por ti. Parece abogado.

Se levantó a toda prisa. —Gracias, ahora voy.

La chica se alejó por el pasillo y ella la siguió con el lápiz en la mano. Al salir a la tienda sonrió a Anthony. —Pero qué sorpresa, creía que nos veríamos esta noche.

—Y eso habíamos planeado, pero Jaxon se ha levantado con fiebre. Hemos intentado llamarte, pero saltaba el contestador.

Perdió la sonrisa en el acto. —He venido muy temprano, tengo mucho trabajo pendiente. ¿Pero el niño está bien?

—Oh, sí, un catarro de nada, eso dice el médico. Pero se cancela la cena. Ya sabes, Cassie quiere estar pendiente de él.

—Puedo ir a verle esta tarde y así ella descansa un poco. Incluso puedo hacer yo la cena.

—Sería estupendo, gracias.

—No tienes que darlas, me encantará ayudarlos. Por cierto, ¿ya tienes los papeles del divorcio?

Él suspiró. —Me vas a matar.

—¿Qué pasa?

—Tengo tanto trabajo con las demandas civiles a los seguros, que me ha sido imposible empezar con ellos, pero te prometo que esta semana comienzo con la tramitación.

Sabía que estaba muy liado, en el último mes se había tenido que quedar a trabajar muchas veces. —No pasa nada.

Él sonrió aliviado. —Gracias, eres la mejor. Te veo esta noche.

Sonriendo se volvió y vio un bonito vestido de punto beige. Apretó los labios porque no podía permitírselo. Igual en el futuro, ahora es momento de volver al trabajo.

Entró en la casa de su hermana y dejó caer la mandíbula del asombro porque el salón estaba hecho un desastre. —¿Cassie?

La escuchó vomitar y a toda prisa se quitó el abrigo para correr hacia la habitación donde su hermana estaba arrodillada ante el wáter. —Dios mío, ¿estás bien?

—Malditas náuseas. Me he encontrado mal todo el día.

—Oh, cielo, lo siento. —A toda prisa fue hasta el lavabo y mojó una toalla para pasársela por el rostro. —¿El niño no te habrá pegado algo?

—No, no creo.

—Deberíamos ir al médico, estás muy pálida. —Pasó la mano por su frente y se dio cuenta de que estaba muy caliente. —Tienes mucha fiebre, voy a llamar a Anthony.

—No, está muy ocupado.

En ese momento llamaron a la puerta y Byanna corrió hacia allí para abrirla. Al encontrarse a Jefford suspiró del alivio porque el niño se puso a llorar. —¿Tienes el coche abajo?

—Sí —respondió cerrando la puerta.

—Genial. Yo me encargo de Cassie, tú del niño.

—¿Qué quieres decir?

Corrió hacia la habitación y entró en el vestidor para coger un abrigo.

—¿Qué le pasa al niño?

—¡Cógelo y ponle un abrigo! —Se acercó a su hermana y le puso el abrigo por encima. —Vamos, cielo. —La cogió por los brazos para ayudarla a levantarse y salieron del baño. Jefford con el niño en brazos entró en la habitación. —¿No le has puesto el abrigo? Tenemos que llevarles al hospital —dijo muy nerviosa porque su hermana empezó a sudar con fuerza.

—Nena, cálmate. Llamaré al doctor Carpenter y estará aquí enseguida. Si él lo considera oportuno iremos al hospital.

—Estos ricos —dijo Cassie divertida. —Esto es vida.

—Mierda, me he dejado la agenda en el coche. Voy a por ella. —Le dejó el niño en brazos antes de correr fuera de la habitación y acariciando la espalda de Jaxon miró a su hermana.

—Todo va bien, no te preocupes, esto no es nada.

Forzó una sonrisa. —Claro que sí.

Una hora después el doctor salía de la habitación hablando con Anthony. —Si no mejora con las pastillas que le he dado, quiero que en dos días venga a mi clínica, le haremos unas pruebas.

—Gracias doctor —dijo Anthony abriendo la puerta.

—Le enviaré la factura por correo.

—Por supuesto.

Byanna dio un paso hacia Anthony. —¿Qué tiene?

—Un resfriado y un poco de infección de garganta. Nada preocupante, pero como ha vomitado mucho está algo deshidratada. Si no mejora en dos días...

—Sí, eso ya lo he oído.

Jefford sonrió. —¿Ves como no era para tanto?

Le fulminó con la mirada antes de ponerse muy tiesa e ir hacia la cocina. Anthony le preguntó a su primo —¿Qué hace?

—Ni idea, me ha echado de la cocina solo por ir a por una cerveza. —Sonrió irónico. —Y no me echa de tu casa porque es tu casa, que sino ya estaba fuera.

En ese momento salió de la cocina y empezó a recoger el salón. Anthony se sonrojó quitándose la chaqueta del traje a toda prisa para empezar a ayudarla. —Tengo que encontrar una asistenta cuanto antes.

—¿Y qué ha sido de la que tenías? —preguntó Jefford asombrado.

—Se ha largado de la ciudad. Dice que quiere una vida tranquila y ha vuelto con sus padres.

—Vaya... —dijo mirándola de reojo mientras iba hacia la cocina con algunos vasos. Cuando la perdió de vista añadió en voz baja —Tienes que largarte.

Su primo le miró sorprendido. —¿Perdón?

—Tienes que irte. Cuando no estabas me hablaba, aunque fuera para mandarme a la mierda.

—¿Y a dónde voy a ir?

—Busca una excusa, ¿no eres tan listo?

—Según las noticias el listo eres tú.

—Lárgate a la oficina.

—Está cocinando y huele de maravilla. Cassie es maravillosa, pero la cocina no es lo suyo. Hace días que no como decentemente.

—O te largas o... —La puerta se abrió y Jefford dijo —No pasa nada, me quedo hasta que vuelvas.

Byanna les miró sorprendida. —¿A dónde vas?

—Tuve que salir de la oficina a toda prisa y no terminé una demanda que debo presentar por la mañana. Lo haría aquí, pero es que tengo allí toda la documentación.

—Oh, vaya... Pero puedes cenar antes de irte, ¿no? Estoy haciendo pollo asado.

Echó un vistazo a su primo que le miró mosqueado. —Será mejor que no. Queda una hora para cenar y quiero regresar cuanto antes para estar con Cassie. ¿Os quedaréis con ella mientras tanto?

—Claro, puedo quedarme con ella.

Miró a Jefford. —¿Te quedarás también? Si Cassie necesita algo y el niño llora... Con los dos aquí me quedo más tranquilo.

—Cuenta conmigo, primo. Para eso está la familia.

—Pero tú tienes mucho trabajo también —dijo Byanna irónica. —No hace falta que te quedes. No es la primera vez que están enfermos a la vez y ya me he hecho cargo de todo. Podéis ir los dos.

—No, no tienes por qué hacerte cargo de todo —dijo Jefford . —Puedo ayudar.

Le miró como para helar el desierto y Jefford se levantó del sofá para coger la manta y doblarla. —¿Ves? Mientras hago esto puedes cocinar y eso...

—¿Quieres ayudar? —preguntó con mala leche.

—Pide por esa boquita.

—Hay mucho que planchar.

Parpadeó. —Planchar.

—¿Sabes planchar?

Rio por lo bajo. —Claro que sí, nena. No siempre he tenido asistenta, ¿sabes? Soy tu hombre.

Ella gruñó antes de ir hacia las habitaciones.

—¡Bien! Lárgate, rápido.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó divertido.

—Sí, ¿por qué?

—Como estropees una sola prenda te va a matar.

—No voy a estropear nada. Voy a arreglarlo.

—¿Sabes dónde está la tabla de planchar? —A punto de reírse cogió la chaqueta.

—Lárgate de una vez.

—Vale, vale. Dejarme pollo.

Apenas se acababa de ir cuando ella salió del pasillo con ropa en las manos. —¿Eso es lo que tengo que planchar?

—Esto está sucio. Tu zona de trabajo está por aquí, sígueme.

La siguió hasta la cocina, pero ella pasó de largo por otro pasillo hasta llegar al cuarto de la lavandería. Cuando vio toda la ropa que había por planchar en una pila sobre la lavadora y la secadora abrió los ojos como platos. Byanna dejó la ropa en un cesto ahora vacío. —Menos mal que mi hermana hizo la colada antes de ponerse enferma, ¿no?

—Sí, menos mal.

Ella se acercó a la pared y bajó la tabla de planchar. —Hala, a trabajar.

—¿Tengo que hacerlo aquí? Es claustrofóbico.

Puso los brazos en jarras. —¿Ya estás protestando?

—Era un apunte, solo eso.

—¿Vas a planchar o no?

—Plancho, plancho... —dijo a toda prisa para que no se enfadara más.

Pasó a su lado gruñendo. —Y no quemes nada.

Cuando se quedó solo miró a su alrededor. —Vamos Jefford, has salvado el mundo, esto no es nada.

Byanna reprimiendo la risa caminó de puntillas hasta la cocina.

Una hora después Byanna se acercó. Estaba de espaldas a la puerta en mangas de camisa. Al verle planchar hizo una mueca porque era tan alto que se estaba dejando la espalda pasando la plancha. Había planchado bastante, lo que la sorprendió. Sin querer su mirada fue a parar a su trasero y cientos de recuerdos vinieron a su memoria. —La cena está lista.

Se volvió. —Estupendo. —Desenchufó la plancha y la dejó en el soporte. —Cuanta ropa tiene el niño.

—Se mancha a menudo, está empezando a comer solo.

Él suspiró del alivio al ver dos platos, pensaba que intentaría esquivarle.

—¿Una cerveza? —preguntó ella yendo hacia la nevera.

—Por favor.

Se sentó y ella llevó las cervezas. Que tomara alcohol le recordó al bebé y Jefford apretó los labios.

—Ya le he llevado la cena a Cassie y el niño ya ha tomado el biberón de la noche.

—Bien, ¿te sirvo? Tiene una pinta estupenda.

—No hace falta que me hagas la rosca.

Él apretó los labios. —Al parecer no puedo decir nada.

—Sí, sería lo mejor, para que no pierdas la costumbre, ya sabes.

Apretó los labios poniendo el muslo de pollo sobre su plato antes de servirle las verduras. De repente ella negó con la cabeza y se levantó. —Se me ha quitado el hambre. Que aproveche.

—¿No puedes mantener la compostura y que cenemos como personas normales?

Ella salió al salón sin contestar y Jefford perdiendo la paciencia la siguió. —¡Byanna, ya está bien!

Se volvió con rabia. —¿Ya está bien? ¡Claro que ya está bien! ¡No sé ni cómo tienes la poca vergüenza de estar aquí cuando antes no querías ni verme! ¡Te di lo que querías, déjame en paz!

Al ver su frustración y su dolor le rogó con la mirada. —Podemos arreglarlo.

Espantada dio un paso atrás. —¿Estás loco? ¿Qué quieres arreglar?

—Nena, yo te quiero.

—¿Cómo te atreves? —Con rabia apretó los puños. —¿Cómo te atreves a decirme algo así? Estaba herida, dolida y sola porque me diste la espalda. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Supongo que ya te han dicho que perdí el niño, eso te alegrará! ¿Pero sabes lo más terrible? —Sollozó. —Que en aquel momento yo también me alegré de que me bajara la regla, porque creí que tendría la oportunidad de que me perdonaras.

—Lo siento, nena. —Intentó coger sus brazos. —Te juro que...

—¡Ni te atrevas a tocarme!

En ese momento Cassie salió del pasillo y dijo —Jefford tienes que irte.

—Joder, déjame arreglarlo. Necesito hablar con ella.

—Fuera de mi casa —dijo fríamente. —Sé lo que intenta Anthony y no voy a consentirlo. ¡Fuera!

Sintiéndose impotente dijo —Voy a por mi chaqueta. —Se volvió hacia la cocina y cuando regresó vio como su mujer lloraba abrazada a su hermana. Se sintió un cabrón por haberle hecho tanto daño y ahí se dio cuenta de que lo mejor era cortar por lo sano. Ella no se merecía aquello. Abrió la puerta del piso y dijo —Firmaré el divorcio cuanto antes. Tranquila, que no nos veremos más.

Byanna no contestó demostrando que estaba de acuerdo y sintiendo un vacío enorme cerró la puerta.

Capítulo 17

—¿Qué te parece este? —preguntó su hermana mostrándole un bonito conjunto rosa de pantaloncito corto. —Cuando nazca empezará a hacer calor.

—Es precioso. Se lo regalaré yo.

Ella negó con la cabeza. —No, no hace falta. Sé que estás justa de dinero.

—Eh... que me puedo permitir algún capricho, ¿sabes? —Cogió otro conjunto en blanco y rosa. —¿Y este?

—Demasiado blanco. —La miró de reojo. —Queda una semana para Navidad.

—Sí.

—Vendrás a la cena, ¿no? Necesito tu ayuda. Vienen varios amigos de Anthony y estoy de los nervios.

Sonrió. —Lo harás genial.

—Viene Jefford.

Sintiendo un vuelco al corazón colgó la pequeña percha. —Me lo imaginaba, son familia.

—No te molesta, ¿no? Han pasado dos meses desde que firmasteis el divorcio.

—No, no me molesta. Mientras no me hable.

—Tranquila, que Anthony ya ha hablado con él, además va a traer a su novia.

Se le cortó el aliento y preguntó como si nada —¿Novia?

—Sí, una chica que trabaja de dentista. Al parecer es un hacha en lo suyo. —La volvió a mirar de reojo. —¿Seguro que no te molesta?

—No, claro que no. Además, en algún momento tenemos que volver a encontrarnos. Somos una familia.

Su hermana sonrió aliviada. —Me alegro de que poco a poco lo vayas superando.

—Sí —mintió descaradamente. —¿Vamos a comer algo? —preguntó por cambiar de tema.

—Sí, claro. No tengo que recoger al niño hasta las cuatro. —Soltó una risita. —Y cuando llegue tendré mi casa impecable. Mi marido es un chollo.

—Chica afortunada.

Cassie decidida fue hasta la caja y Byanna sonrió alegrándose mucho por ella. Ya era hora de que tuviera suerte en la vida y Anthony había demostrado que era el marido que necesitaba.

Los invitados empezaron a llegar y ella en la cocina con ayuda de Mildred colocó los canapés. La hija de la asistente haría de camarera con dos de sus amigos y sacó la primera bandeja.

—Han quedado muy bien —dijo Mildred. —Y el pavo tiene un aspecto delicioso.

—Gracias.

—Venga, vete a la fiesta que tú también tienes que disfrutar.

—¿Seguro que no necesitas más ayuda?

—No, de verdad, has hecho muchísimo y ya está todo listo.

Le guiñó un ojo y salió de la cocina. Se sintió algo incómoda porque no conocía a nadie. Cassie se acercó con una sonrisa. —Ven que te presente a uno de los abogados más importantes de la ciudad. Es soltero.

Lo que le faltaba. —¿Es majo?

—Mucho, y muy guapo. —Cogió su brazo para tirar de ella hasta un hombre que les daba la espalda hablando con un grupo de personas. —Robert...

Este se volvió sorprendido mostrando su carísimo smoking y sonrió a su anfitriona. —Te presento a mi hermana Byanna.

—Un nombre precioso —dijo dándole la mano.

Ella se la estrechó. —Gracias. ¿Nos conocemos?

—Sí, creo que nos hemos visto antes.

Entonces se dio cuenta. —Tú representabas a Mike.

Cassie se tensó. —¿Qué has dicho?

—Era su abogado, le vi en la comisaría.

Él carraspeó. —Sí, era mi cliente en aquel momento, pero después dejé de representarle.

—¿No me digas? —dijo ella mosqueada. —Este tío fue quien le sacó de comisaría, Cassie.

—Anthony no me había dicho nada.

—Una cosa es el trabajo y otra muy distinta la amistad. En nuestra profesión debemos enfrentarnos laboralmente a menudo, pero eso no significa que no seamos amigos.

—Entiendo —dijo ella con una cara que decía que no entendía nada. —Que pases una buena noche comiendo el pavo de la mujer a la que intentaste perjudicar.

El tipo se sonrojó con fuerza y ambas se volvieron con la cabeza muy alta. —Será cabrito —dijo Cassie. —Y se atreve a venir a mi casa.

Mejor no decía que lo gordo del asunto era que su marido le había invitado. Al parecer no había nadie perfecto.

Anthony en ese momento estaba abriendo la puerta y sonrió a su primo que estaba guapísimo con un smoking. Pero Byanna casi ni se fijó porque la rubia que llevaba colgada del brazo captó toda su atención y era porque la conocía. Era la tía que había visto en su casa la primera vez que estuvo allí. Al parecer ya le gustaban más sus tetas puesto que le acompañaba. —Mierda —dijo por lo bajo.

Cassie la miró preocupada. —¿Podrás con esto?

—Claro. —Elevó la barbilla. —¿Acaso no puedo con todo? —Cogió una copa de champán de la bandeja que pasaba en ese momento y se la bebió de golpe.

—Tú no estás acostumbrada a beber, se te va a subir enseguida.

—Puedo controlarlo.

—Voy a saludarle.

Genial, volvía a quedarse sola. ¿Qué diablos hacía allí? Jefford se volvió el centro de atención y todos aquellos hombres importantes querían saludarle. Había llegado el héroe. Contemplar como su acompañante estaba encantada con la atención sobre su pareja le revolvió las tripas. Pero lo peor fue como le sonrió como si estuviera totalmente enamorada de él. Volvió la vista hacia Jefford que sonriendo daba la mano al que creía que era un juez y fue cuando sus ojos se encontraron. Avergonzada porque la hubiera pillado observándole agachó la mirada.

—¿Sabes? No me gustaría que te llevaras una mala impresión de mí.

Se volvió y Robert sonrió. —No fue algo personal.

—Para mí sí.

—Lo sé, y lo siento, pero mi profesión es así. —Cogió su copa vacía de sus manos y la puso sobre una bandeja antes de darle otra. —Quiero compensar todo el daño que he hecho, así que te voy a ayudar.

Le hizo gracia. —No me tienes que compensar a mí, ¿pero de todas maneras por qué crees que necesito ayuda?

—Tu exmarido acaba de entrar con una chica preciosa, no me digas que eso no te fastidia. —Ella iba a decir algo. —Aunque solo sea por orgullo femenino esta situación tiene que escocer. —Se acercó a su oído y susurró —Y no puedo consentirlo. Así que me he propuesto ayudarte.

—¿Y en que estás pensando?

—¿No es evidente? —Se apartó para mirarla a los ojos.

—Sí, un poco.

—¿No estás de acuerdo? Será divertido, te lo aseguro, ya me está mirando como si quisiera descuartizarme...

Sin poder evitarlo miró hacia Jefford, que muy tenso se acercaba a ella con la rubia de la mano. Ese gesto era tan íntimo que la recorrió la rabia de arriba abajo.

—Míralo, no ha podido evitarlo —dijo Robert divertido. —Necesita saber si hay algo entre nosotros.

Jefford llegó hasta ella. —Byanna, me alegra verte.

—Hola —dijo de mala gana.

—Beth, te presento a mi exmujer y él es Robert, un abogado con pocos escrúpulos.

—Mucho gusto —dijo agradablemente.

—Ya nos conocíamos.

—¿De veras? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, un día en casa de Jefford. Hablabas de tus nuevos pechos.

Esta soltó una risita sin darle importancia. —Ya lo recuerdo. —Pasó la mano por el pecho de Jefford. —Fue un niño malo esa noche.

Jefford cogió su mano apartándola con delicadeza. —Byanna es la hermana de Cassie.

—¿La hermana de tu primo? Vaya, con esos matrimonios todo quedaba en familia, ¿no? —dijo haciéndose la simpática, pero la cara de vinagre de Byanna y de su acompañante le hicieron perder la

sonrisa poco a poco. Empezó a abanicarse con la mano. —Aquí hace algo de calor, ¿no?

—No —respondieron los tres mientras se retaban los unos a los otros con la mirada.

—Me voy a por algo de beber. —Miró a Jefford que no se movía sin quitarle ojo a Byanna. —Cielo, ¿vienes?

—Ve tú, tengo que hablar con Byanna de una cosa. Robert te acompañará.

El aludido rio por lo bajo. —Será un placer acompañarte, pero no mucho tiempo, no vaya a ser que alguien me quite a Byanna.

Parecía que Jefford quería arrancarle la cabeza. —Para que alguien te la quite, primero debería ser tuya. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Byanna divertida antes de beber de su champán.

No hubo respuesta y Robert se acercó a Beth para ofrecer su brazo. —¿Quieres una copa de champán o algo más fuerte?

—Algo más fuerte, creo que lo voy a necesitar.

Robert se echó a reír mientras se alejaba.

—¿Acaso no recuerdas quién es? —dijo Jefford mosqueado.

—¿Y eso a ti qué te importa? Era su trabajo, no era algo personal.

—¿No es personal que intentara que tu hermana acabara en un psiquiátrico? —siseó.

Se tensó dando un paso hacia él. —Baja la voz, ni se te ocurra humillar a mi hermana. Te juro que como alguien se haya enterado de ese episodio por tu boca, te capó.

—Es evidente que yo lo hago todo mal y tu nuevo amiguito no —dijo con ironía. —Que disfrutes de la noche.

—Lo mismo digo.

Él se volvió y fue hasta Beth que le cogió por la cintura diciéndole algo al oído. Se giró para no ver más y se bebió lo que

quedaba de champán. Robert no tardó en aparecer y ella le mostró su exasperación.

—Venga, quiero ayudar —dijo a punto de reírse.

—No necesito tu ayuda.

—¿De veras? —Bebió de su copa. —Sigues enamorada de él.

—Eso es mentira.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros...

—Pues entonces no hables.

—Pero es evidente que aún hay amor. Y es muy difícil encontrar el amor, Byanna. De hecho, yo he besado muchas ranas intentando encontrar a mi princesa.

—Qué tierno —dijo con burla.

—Hablo en serio. —Que estuviera a punto de reírse la hizo sonreír. —Este año y a pesar de ese periodo de mierda que tuvimos que pasar todos, debí salir con... ¿Cuarenta mujeres distintas? Más o menos.

—Vaya, estoy impresionada.

—Y ninguna me ha llamado la atención lo suficiente como para pensar en presentársela a mis padres, ¿te lo puedes creer?

—No sé por qué, pero me lo creo absolutamente.

—Y no es que no tenga corazón, que lo tengo. De hecho, soy un romántico empedernido.

—¿No me digas?

—Sí, soy de esos que te envían flores y bombones. Me acuerdo de las fechas y nunca llego tarde a una cita.

—Eres todo un regalo para las mujeres.

—Lo sé. Por eso me veo en la obligación de decirte que si aún sientes algo por él deberías luchar.

—Le dejé yo, no tengo que luchar por nada.

—Ah... —Hizo una mueca. —¿Nuestro héroe metió la pata?

—Hasta el fondo.

—Pero no te puso los cuernos —dijo observándola fijamente.
—Te defraudó, ¿no es cierto?

—Has dado en el clavo.

—Creo que está arrepentido.

—Es tarde.

Robert apretó los labios. —Joder, debe ser horrible.

—¿El qué?

—Ser tan exigente contigo misma. Ni te permites dudar, aunque le amas. —Ella palideció. —Han debido hacerte mucho daño.

—Sabes leer muy bien a la gente.

—En mi profesión es necesario. Por eso sé que nunca te enamorarás de nuevo, no te lo permitirás. Piénsalo bien, Byanna —dijo muy serio. —No me gustaría ver como desperdicias tu vida sin amor.

Apretó los labios mientras se alejaba y su hermana se acercó.
—¿Qué te estaba diciendo? Me ha parecido algo muy serio.

—Y lo es. —Se volvió y sus ojos se encontraron con los de Jefford. Él reconoció en su mirada la ansiedad, la pena, pero también pudo ver que se sentía acorralada. Como si algo en su interior le impidiera perdonarle. Jefford separó los labios de la impresión mientras apartaba la mirada como si estuviera avergonzada de haber cedido, aunque fuera solo por un segundo.

Se escuchó un tintineo y todos miraron a Cassie. —¿Podéis sentaros, por favor? La cena está lista.

Iba a buscar su sitio en la larga mesa y cuando llegó entrecerró los ojos porque su nombre no estaba donde ella misma lo había puesto.

—Oh, este es el mío —dijo una mujer sentándose de inmediato. —Qué bonita está la mesa.

—¿Quién ha sido el cabrito...? —La sonrisa maliciosa de Robert al fondo de la mesa se lo dejó muy claro. —¿No se te habrá ocurrido? —vocalizó.

Rio por lo bajo y se sentó dando palmaditas al asiento de al lado. Gruñó caminando hacia allí cuando se dio cuenta de que al otro lado se sentaba Jefford. Ay, madre... Es que era para matarle. Rodeó la mesa, pero su hermana la agarró de la mano deteniéndola.

—Amigos, esta es una noche de celebración y quiero darle las gracias a alguien que siempre me ha apoyado en la vida. Que ha estado en las buenas y en las malas, que me ha enseñado todo y que es un ejemplo a seguir, mi hermana Byanna. —Emocionada la miró a los ojos mientras sus invitados aplaudían. —Gracias a ti conocí al amor de mi vida, gracias a ti he salido adelante y por eso... —Anthony tras su esposa sacó algo del interior del bolsillo de la chaqueta mostrando una hermosa cajita de terciopelo. —Queremos darte esto, para que no nos olvides nunca.

—Sería imposible olvidarlos. —Cogió la caja y la abrió. Eran unos hermosos pendientes de diamantes que enamorarían a cualquiera. —Pero...

—¿Te gustan? —preguntó Cassie sabiendo de sobra que sí.

Asintió reprimiendo las lágrimas. —Son hermosos, gracias. —La abrazó y la besó en la mejilla antes de abrazar a su cuñado. —Gracias.

—Te lo mereces todo —dijo Anthony a su oído antes de apartarse. —Feliz Navidad. —Él miró hacia los asistentes. —Y ahora lo vamos a celebrar con el magnífico pavo que mi cuñada ha preparado. Y os aviso amigos, tiene una mano para la cocina que ni el mejor chef.

Rio sin dejar de llorar. —Exagera. —Fue hasta su silla y Robert como todo un caballero se la apartó para que se sentara. Sin poder evitarlo se los mostró.

—Son fantásticos.

—¿Verdad que sí? —Emocionada cogió la servilleta y se la pasó bajo los ojos limpiando sus lágrimas. —Son muy amables.

—Tengo la sensación de que tú lo eres mil veces más.

—Son preciosos, nena. Feliz Navidad.

Volvió la cabeza hacia él y se le encogió el corazón porque parecía desesperado porque le contestara. —Feliz Navidad.

—¿Por qué no te los pones? A Cassie le gustaría vértelos puestos.

—Oh... —A toda prisa se quitó la perla falsa que llevaba y cogió con cuidado el pendiente. Soltó una risita. —Tendré miedo de perderlos.

—Tienen un cierre muy seguro. —Apartó su melena de su hombro y observó como se lo ponía. —El tamaño perfecto.

—¿De veras?

—Sí, nena —dijo comiéndosela con los ojos.

A Byanna le dio un vuelco al corazón. Robert sacó la cabeza y preguntó —¿Y Beth?

Su hermana sacó la cabeza sentada al lado de Jefford. —Hay más hombres que mujeres, así que la hemos puesto al fondo entre dos de los amigos de Anthony y se lo está pasando muy bien.

Todos miraron hacia allí para verla reír tocando el brazo del hombre que tenía al lado que parecía encantado con ella.

—Sí, sé lo está pasando bien —dijo Jefford. —Suele hacerlo.

Parecía que no le importaba nada. Le sirvieron el vino y ella se puso el otro pendiente.

—Y dínos Jefford, ¿puedes contarnos algo sobre el proyecto que estás haciendo para el gobierno? —preguntó Robert cogiendo su copa.

Notó como se tensaba a su lado y ella dijo sin poder evitarlo —¿No hemos tenido suficiente de ese tema? Estamos en Navidad, intentemos olvidarlo.

Muchos asintieron, pero alguien dijo al fondo —A mí me interesa mucho. Mis negocios se basaban en un porcentaje muy alto en compras por internet.

—Pues tendrá que esperar, amigo —dijo Jefford . —Porque como no se hagan las cosas bien tendrá que cerrar de nuevo todos

sus negocios. E incluso por mucho que me esfuerce por hacer las cosas bien, la posibilidad seguirá existiendo. El peligro no ha pasado y si creen que es así, están muy equivocados.

Se hizo el silencio en la mesa y Anthony forzó una sonrisa.
—Menos mal que te tenemos a ti, primo.

—Sí —dijo ella intentando apoyarle.

Él la miró y sonrió ligeramente antes de que otro metiera baza. —Pero ahora estamos preparados. Ahora sabemos por dónde pueden atacarnos. Con bloquearles el acceso...

—Nada, que no lo entienden —dijo por lo bajo.

—Tendrás que publicar tu libro —susurró.

La miró a los ojos y asintió antes de decir en voz alta
—¿Usted recibía WhatsApps?

—Claro.

—¿Alguna vez abrió un archivo?

—Por supuesto.

—Pues esa es una vía abierta que es prácticamente imposible de detener cuando hay conexión a internet. Esta misma semana hemos descubierto que en el último ataque la IA se distribuía entre los dispositivos a través de videos de reencuentro de familiares con soldados que vuelven de permiso. —Varios murmuraron atónitos.
—¿Alguien ha visto alguno de esos videos? La IA sabía por estadísticas ya publicadas en internet que esas emotivas escenas son muy populares y así se metió en un dispositivo y otro hasta conseguir tanta información que era prácticamente imposible detenerla. Claves de acceso a cuentas bancarias, gustos de los usuarios, qué redes sociales son las más populares. La IA se retroalimenta continuamente. Y tiene un apetito voraz.

—¿Qué provocó exactamente su ataque? Nadie ha dado explicaciones claras al respecto.

—Eso no lo sabremos nunca. Pero cuando la base de datos más grande del mundo te ataca, puede ser porque considera que no

somos necesarios. La IA no tiene sentimientos señores, es como si un cirujano quitara un miembro enfermo, lo hace y punto.

—¿No somos necesarios? —preguntó una mujer atónita.

Byanna dijo —Teniendo en cuenta que somos la especie que más ha destruido el mundo y al resto de las especies, puedo entender que no nos considere necesarios.

—¿Hasta dónde crees que hubiera llegado, Jefford? —preguntó Robert de lo más interesado.

Jefford apretó los labios. —¿Si no la hubiéramos detenido con el apagón?

—Sí.

—Hasta la destrucción, destrucción total.

—Dios mío... —dijo Cassie. —¿Hablas en serio?

—No puedo hablar de ciertas cosas, pero la IA entró en sitios muy sensibles para la seguridad de todos. Y no hablo solo de los americanos. Por eso se desconectó el sistema, porque no quedó más remedio.

Ella se acercó. —Pero dijiste que habías bloqueado los misiles —susurró.

—Eso no significa que no intentara usarlos, nena.

—Tengo la sensación de que debemos agradecerte mucho más de lo que se dice públicamente —dijo el juez antes de levantar su copa. —Por Jefford, gracias por darnos unas navidades, por darnos otra oportunidad. No la desaprovechemos, señores.

Todo se levantaron y elevaron sus copas por él. Sin darse cuenta sonrió orgullosa antes de beber de su vino. Jefford carraspeó incómodo. —Gracias. Gracias a todos.

—¡Cariño eres el mejor! —gritó Beth aún de pie.

—Gracias.

En ese momento salió el enorme pavo y todos exclamaron asombrados antes de aplaudir.

—Dios mío, Byanna, ¿cómo has metido eso en el horno?
—preguntó Beth riendo.

—Con esfuerzo, te lo aseguro.

Todos rieron y mientras la asistente cortaba el pavo Robert se acercó para decir —Si está bueno me caso contigo.

—Para eso tendría que decirte que sí.

—Me da igual, te secuestro.

—¿Eso lo has aprendido con tus clientes? —preguntó Jefford mosqueado.

—Sí, me han dado alguna lección que otra al respecto. Igual a ti te vendrían bien para saber cómo retener a una mujer.

Ella gimió por dentro mientras su ex replicaba. —Lo que puedas enseñarme tú me lo paso por...

—Eh... —Byanna le advirtió con la mirada. —Como le fastidiéis la cena a mi hermana, me vais a oír. Comportaos.

—Lo siento, nena, pero me saca de quicio.

—¿Te saca de quicio que esté cerca de ella o que intente conquistarla?

—Qué vas a conquistar tú, picapleitos.

Encantada por unos celos que no se molestaba en disimular, apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —No seáis pesados.

Robert sonrió con descaro. —Picapleitos, pero de los buenos.

—Sí, eso ya nos quedó claro. Y a Byanna le quedó más claro que a nadie. Nena, no puedes salir con él. ¿A mí me dejas por un malentendido de nada y ahora piensas salir con él?

—¿Malentendido? —Perdió la sonrisa de golpe y siseó —No me hagas hablar.

—Me sentí traicionado.

—Eso ya lo dejaste muy claro.

—Y dolido.

—Jefford...

—Nena, es que si no hablo contigo ahora no hablaremos hasta las navidades del año que viene y no pienso perder el tiempo.

Bueno, aquello era el colmo. Pero como no acabara con eso cuanto antes les fastidiaría la cena a su hermana y a su primo, estaba segura. —¿Quieres hablar?

—Sí.

Se levantó y su hermana que estaba a punto de meterse el tenedor en la boca la vio pasar hacia la cocina. Jefford la siguió a toda prisa y entró tras ella.

—¡Muy bien, habla!

La miró a los ojos. —Te quiero. Sé que no te lo demostré como debería, sé que te hice daño, pero cuando te fuiste sentí que me faltaba la mitad del alma y me di cuenta del error que había cometido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y él dio un paso acercándose. Byanna negó con la cabeza haciéndole palidecer y como si quisiera aumentar su rechazo se volvió para darle la espalda. —¿Sabes, nena? Jamás imaginé que darme la espalda doliera tanto. Jamás creí que doliera así. Intentaba digerir lo de tu embarazo, pero te juro por mi vida que nunca te hubiera pedido que te fueras, hubiera niño o no, porque ya te habías convertido en la persona más importante de mi vida. —Se acercó a su espalda. —No puedo dejar de pensar en ti, no puedo sacarte de mi cabeza desde que entraste en mi vida y aunque no estés conmigo me muero por verte, aunque solo sea en mis pensamientos. Te necesito. Eres la única mujer que encaja conmigo, a la que deseo continuamente y que me hace feliz. Y si tú quieres, si lo deseas, tendremos hijos. —Byanna se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. —No, nena, no llores. No lo digo por intentar convencerte, te juro que no. Esas semanas en las que compartí espacio con Jaxon, me di cuenta de lo bueno que es tener hijos. La felicidad que proporcionan. No solo les rodean las cosas negativas como la responsabilidad, la educación y los berreos. —Ella rio bajo las manos. —Hay muchas cosas más que antes no podía ver y Jaxon me las ha enseñado. —La

cogió por los hombros para volverla y apartó sus manos con delicadeza, pero no le miraba. Desesperado dijo —Lo siento, nena. Siento lo del niño y siento el daño que te he hecho, pero si me das otra oportunidad, me gustaría formar nuestra familia. Una familia contigo. Porque nada me importa más que tú y nada puede hacerme feliz si no estás a mi lado.

Elevó la vista lentamente. —Así que ya no intentas amarme, me amas.

—Sí, preciosa, te lo juro. Jamás volveré a ignorarte y me siento un cabrón por haberlo hecho. —Indeciso preguntó —¿Me darás otra oportunidad?

Le miró como si le estuviera analizando antes de fruncir el ceño. Después de unos segundos consiguió relajarlo e incluso sonreír mientras pensaba que ella tampoco podía olvidarle y las horas que se pasaba viendo la televisión por si salía lo demostraban.

—¿Byanna? ¿No tienes nada que decir?

—Creo que... Lo intentaré.

El grito de alegría en la cocina hizo sonreír a Cassie, a Anthony y a Robert que se levantaron para correr hacia allí. Anthony empujó la puerta y mostró como su primo se comía a besos a su mujer. Cerraron la puerta muy contentos por ellos y Byanna al escucharles gritar de la felicidad en el salón, se apartó para mirarle sonrojada. —Cielo, la fiesta.

—Sí, nena, ahora vamos. Tenemos mucho que celebrar. —Rozó sus labios susurrando —Te amo.

Sintiendo que su corazón gritaba de la felicidad, sonrió. —Y yo intentaré amarte, mi vida. Lo intentaré siempre.

Epílogo

—¡Corre, corre! —dijo bajando del coche y cuando cerró la puerta se dio cuenta de que había atrapado los globos.

—Nena, ¿no has exagerado un poco? —preguntó con una enorme tarta de pañales en las manos mientras intentaba que no se le cayera la correa de la bolsa del bebé.

Abrió la puerta y sacó los cuatro globos de malas maneras. —Si no lo organizo yo no lo haréis bien. Sois tres obsesos del trabajo. Desde que Cassie trabaja en el museo pasa de mí y vosotros no digamos.

—Nena, yo me esfuerzo mucho. Ahora apago el ordenador a las siete.

—Sí, claro. Como que no te he pillado en mitad de la noche delante de la pantalla. —Tuvo que apoyarse en el coche gimiendo de dolor. Él se acercó a toda prisa cogiéndola del brazo.

—Gracias, mi amor, pero como tires la tarta te mato.

Él reprimió la risa. —Preciosa, se te está poniendo un carácter... Menos mal que la niña ya está aquí, que si esperamos dos meses más me comes.

Le miró arrepentida. —¿Pero me sigues queriendo?

—Cada día más.

—Sé que he estado muy gruñona. Lo siento, cielo.

—Sé que lo sientes. ¿Pasamos a urgencias o la tenemos aquí?

—Qué gracioso. —Se enderezó y caminó hacia la entrada.

—¿Sabes que desde que te has casado conmigo de nuevo, tu humor ha mejorado? Hasta me lo han dicho tus empleados.

—Eso ha sido gracias a ti.

Se sonrojó de gusto y se acercó a darle un beso. —Bueno, vamos allá.

—¿Nerviosa?

—Mucho. ¿Y tú?

—Estoy temblando, pero me dejaré la piel para hacerlo por lo menos tan bien como Anthony.

—Serás un padre maravilloso, porque has deseado su llegada muchísimo y como yo, nuestra hija solo necesitará tu amor. —Besó tus labios. —Solo tu amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo

- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrisoka
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)

- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)

- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú deseas de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
- 217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
- 218- Mi otra cara de la moneda
- 219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
- 220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
- 221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
- 222- Algo único (Serie Australia)
- 223- Volver a enamorarte
- 224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
- 225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
- 226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
- 227- Juramento de amor 2 (Serie época)
- 228- Siento tu corazón
- 229- ¿Has pensado en mí?
- 230- La oportunidad de enamorarle
- 231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
- 232- Te siento mío (Serie Texas)
- 233- El uno para el otro
- 234- Mi sueño eres tú
- 235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
- 236- Intentaré amarte (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón

- 13. Lady Corianne
- 14. No quiero amarte
- 15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.